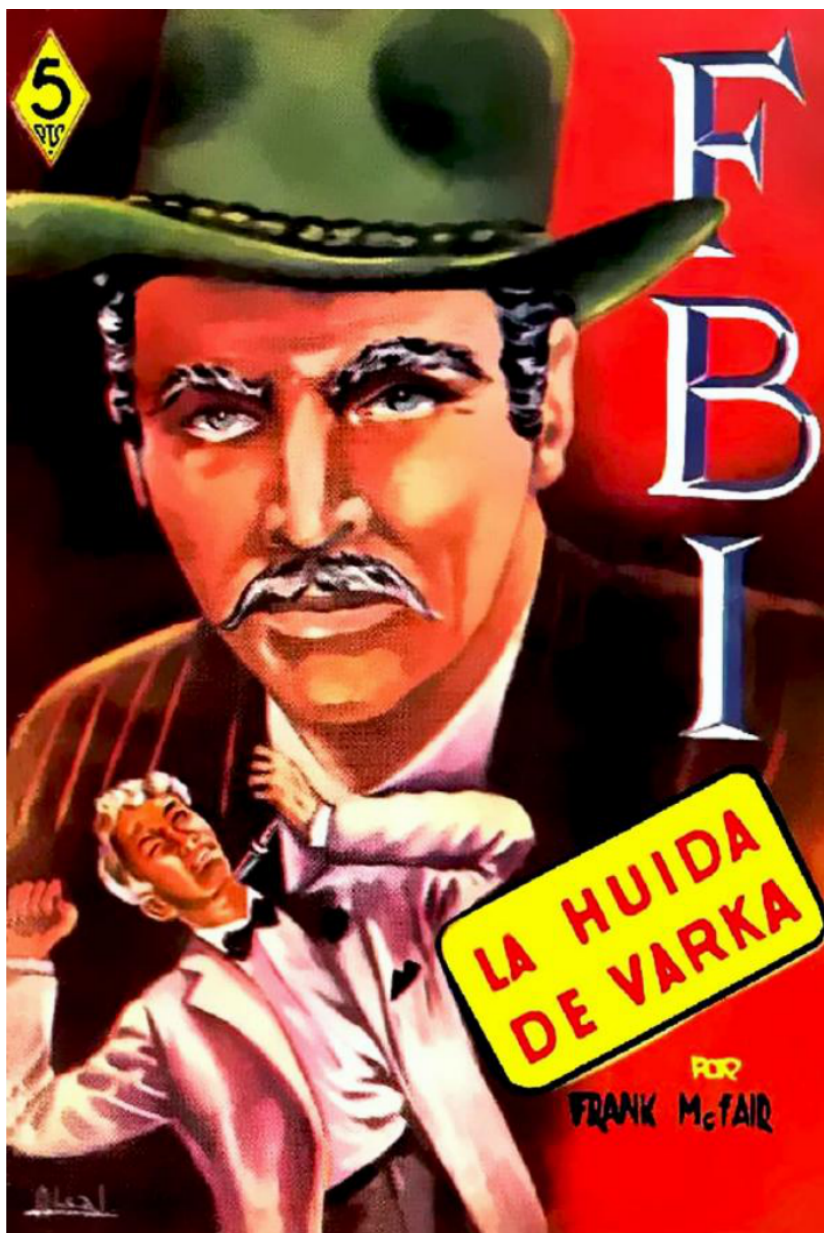




5

FBI

LA HUIDA
DE VARKA

por
FRANK McFAID

Alcal

FRANK McFAIR

LA HUIDA DE VARKA





SAN BERNARDO, 88. - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- 1.—[CULPABLE], por Alf Manz. (5.ª edición.)
- 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
- 3.—EL REY DEL HAMP, por Fred Baxter. (4.ª edición.)
- 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
- 5.—LUCHANDO EN LA BOMBRA, por Frank McFair. (2.ª edición.)
- 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz. (2.ª edición.)
- 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
- 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair. (2.ª edición.)
- 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
- 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
- 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
- 12.—GUERRA DE GANGTERS, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
- 13.—[SANGRE], por Frank McFair. (2.ª edición.)
- 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet. (2.ª edición.)
- 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy. (2.ª edición.)
- 16.—TANGER, por Alf Manz. (3.ª edición.)
- 17.—[TRAIDORI], por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
- 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
- 19.—ALTA TRAIÇION, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
- 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO, por Alf Manz. (2.ª edición.)
- 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
- 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
- 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
- 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
- 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
- 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
- 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
- 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
- 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.

- Núm. 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
» 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
» 32.—NUEVA YORK-SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
» 33.—ENTRE REJAS, por Alf Manz.
» 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
» 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
» 36.—EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
» 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
» 38.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
» 39.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
» 40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
» 41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
» 42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet.
» 43.—TINIEBLAS, por Alf Manz.
» 44.—ESPIAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.
» 45.—FIDELIDAD, por Alar Benet.
» 46.—SIN CUARTEL, por A. G. Murphy.
» 47.—ARMOUR, EXPULSADO, por O. C. Tavin.

En preparación:

LA MAFFIA.

OBRAS PUBLICADAS DE FRANK McFAIR

EN SELECCIONES NEVADA:

«Hombres de rapiña», núm. 47.

«Triple K.», núm. 62.

EN EXTRAORDINARIA DEL OESTE:

«Los libertadores de Texas», núm. 39.

«Viento mortal», núm. 45.

«Cinco ases y el comodín», núm. 55.

«De sangre perversa», núm. 79.

EN F. B. I.:

«Luchando en la sombra», núm. 5 (2.^a edición).

«La ruta de la locura», núm. 8 (2.^a edición).

«¡Sangre!», núm. 13 (2.^a edición).

«Armonías de muerte», núm. 22.

«La muerte alada», núm. 27.

«Contrabando funesto», núm. 31.

«Palestina en llamas», núm. 40.

PRÓLOGO

LECTOR:

Esta novela que va usted a leer ha sido escrita con el deliberado propósito de mostrar al desnudo unas vidas repelentes por su bajeza moral. Lo único que pedimos es que en el corazón de todos los que la lean arraigue firmemente la idea de que el camino del mal nos arrastra de una manera fatal al deshonor y a la desesperación absolutos en la tierra y a la condenación en el más allá, cuando nos presentemos ante nuestro Hacedor.

El autor no ha limado nada en ella. Su pluma no ha ocultado detalle alguno, por repelente que éste fuese. Su deseo, precisamente, ha sido que la misma monstruosidad de sus personajes sirva de contraste con la hombría de bien de los hombres que a todas horas luchan contra los transgresores de la Ley.

Varka Maras no es solamente un hombre o un nombre. Es aquello contra lo que debemos luchar con todas nuestras fuerzas. Lo que ha de ser extirpado de la faz de la tierra para que los hombres puedan vivir en paz. Varka Maras no existió nunca, pero ello no impide para que haya otros como él, a los que es necesario borrar.

La miseria pone más al relieve la riqueza, la sabiduría, la ignorancia. La perversidad, el bien. Y sobre todas ellas resplandece la obra de Dios.

Son, concretamente, estas razones las que nos llevan a publicar esta novela, que encierra la lección de un contraste que, al acentuar la fealdad de un alma, purificará más la del lector.

LA EDITORIAL.

A Sergio y Emily, en recuerdo del día en que unieron
sus destinos.

Frank.

PRELUDIO

El soldado dio rápidamente media vuelta y se enfrentó con la oscuridad, con las densas tinieblas de la campiña. Habían oído algo, un ligerísimo ruido, que podía haber sido producido por un ratón o por un topo; pero el hombre tenía los nervios en tensión. Era un muchacho de unos veinticinco años, con inconfundibles pómulos esclavos, y mechones de pelo color de paja cayéndole por debajo de la gorra.

Por más que contrajo las pupilas, le fue imposible ver nada. Los músculos de su cara perdieron la tensión al no volver a oír lo que le había alarmado, y, despaciosamente, volvió a su posición anterior. Cansado de permanecer en el mismo sitio, y exponiéndose a una buena reprimenda si lo sorprendía un oficial, dio unos pasos hacia la derecha y luego otros hacia la izquierda. A lo lejos divisaba las luces de Vrsac, ya en territorio yugoslavo, y sabía que enfrente debía haber soldados serbios, con las mismas órdenes aproximadamente que tenía él: impedir a todo trance que nadie cruzase la frontera entre Rumania y Yugoslavia. Hacía pocos días, había sostenido un tiroteo con los soldados de Tito, por un incidente fronterizo, y sabía que los esclavos del sur lo asesinarían, si podían.

Él era ruso y no tenía nada que ver con todo aquello. Casi cinco divisiones soviéticas estaban acuarteladas en la Pequeña Valaquia rumana, y él formaba parte de esas fuerzas, en una unidad especial. Es decir, que había sido adiestrado para cualquier clase de lucha, y ésta era una de las razones de que su unidad se encontrase enfrentada a la frontera serbia: que los yugoslavos no se andaban por las ramas cuando se trataba de liarse a tiros con los rumanos, húngaros o albaneses, y éstos no eran lo bastante fuertes como para medirse con ellos.

La noche era maravillosa. Le recordaba a las de su lejana patria,

plena de olores suaves, noche de la estepa.

Cuando el ruido se repitió, lo cogió completamente de improviso.

Al principio no fue más que un susurro apagado, exactamente igual al que podría producir la brisa al agitar los altos tallos de hierba o los finos cogollos de los pinos. Pero, de pronto, impensadamente, «la Muerte» se presentó ante el centinela.

El ruso no tuvo tiempo más que de empezar a decir «¡alto...!», y ya el afilado puñal le atravesaba la garganta, justamente debajo del barboquejo de la gorra de piel. El final de la frase se perdió en un gorgoteo atroz y densas bocanadas de sangre se escaparon de la seccionada yugular. La ametralladora de mano cayó al suelo con blando chasquido, y un momento después, Sacha Kamin, cabo de una unidad especial del Ejército rojo, seguía a su arma.

«La Muerte» se inclinó sobre el caído y le arrebató la pistola y la cartera de buena piel de Rusia, con billetes rumanos y rusos, y la documentación. Tiró ésta, que no le serviría, pues ya tenía otra preparada, y luego alcanzó de nuevo la vertical y echó a andar hacia la orilla del río.

Caminó durante diez minutos y, por fin, distinguió la negrura murmurante de la corriente de agua. Sin henchir todavía, ya que el deshielo aún no había empezado en las cumbres de los Alpes Subcarpáticos, el Carasui era poco más que un arroyo. Siguió por la ribera hasta alcanzar un sitio, en el que, más que verlo, adivinó un poste indicador. Transpuesto aquel poste, «la Muerte» entraría en territorio yugoslavo.

Y transpuso el poste. Ahora, no serían un soldado rumano de redondo casco de acero o un ruso con gorra de piel los que pudieran detenerlo. Sería un miliciano yugoslavo, de grandes bigotes y ojos penetrantes bajo el aplastado kepis. Pero «la Muerte» sabía también cómo evitar estos riesgos.

A menos de diez minutos del cruce de la frontera, distinguió la primera patrulla serbia. Inmediatamente lanzó un suave gemido, y al instante, oyó el rechinar de cerrojos en las recámaras de sus fusiles.

—¡Alto! —ordenó alguien en serbio—. ¡Alto o muere!

—¡Camaradas... —gimoteó «la Muerte»—, camaradas...!

Un círculo de fusiles lo rodeó y una linterna eléctrica dio de

lleno en su cara. «La Muerte» era un hombre de cara delgada, cetrina y pelo muy negro. Dos ojos oscurísimos, sombreados de largas pestañas, abrían dos agujeros en su rostro. Sus dientes, que enseñaba en una mueca servil y dolorida, brillaron a los destellos de la luz.

—¿Quién eres? —preguntó la voz de antes—. Habla o te meto la bayoneta en la barriga.

—Huyo, estoy huyendo —repitió el otro, inclinándose hacia el suelo, como si ya la fatiga lo venciera—. Huyo porque me matarán si me cogen. Huyo de Rumania.

Dos manos ávidas le registraron el pecho y encontraron la cartera que acababa de robar al soldado ruso. La documentación que él puso allí fue leída al momento por otro de los soldados, inclinado sobre el hombro de su oficial.

—¿Tú eres Fiodor Konarski? —preguntó este último—. Y ¿cómo has conseguido el traje de paisano? ¡Vamos, contesta, o te mato aquí mismo y te entierro luego!

—Desvalijé a un campesino —gimoteó «la Muerte»—. Tenía que huir. Me matarían si no huía.

—Unidad especial —leyó el soldado, que conocía la lengua rusa—. Éstos son los que están acantonados en Ogradena. Puede que sepa cosas interesantes.

—¿Hablarás, perro? —preguntó el oficial serbio—. Como no lo hagas te crucificaremos con las bayonetas en un árbol. Cuando estés delante del coronel Stoianov, ¿hablarás?

—Diré todo lo que queráis, camaradas —lloriqueó «la Muerte»—. Todo, todo lo diré, lo juro.

Rodeado de los soldados, partió, camino de Vrsac. Media hora después hacían su entrada en la ciudad. «La Muerte» había escapado de Rumania. En sus finos labios se dibujaba una extraña sonrisa.

El coronel Stoianov, gobernador militar de la Vojvodina yugoslava, miró con cierta conmiseración y desprecio al tipo que tenía delante. Stoianov era un eslavo gigantesco, de pelo oscuro y acorados ojos azules.

—Eres un pobre imbécil —le dijo claramente—. Da gracias a que nosotros no somos asesinos, porque de lo contrario te haría fusilar, aunque nada más fuera para quitar un idiota condenado del mundo.

Durante media hora, le había lanzado pregunta tras pregunta. El

asesino de Sacha Kamin contestó como lo habría podido hacer un ignorante campesino. Dijo que sí, que estaban acuartelados en Ogradena. Que sí, que pertenecía a una unidad especial de asalto. Que sí, que su coronel se llamaba Kurt Majenski. Dijo todo lo que se le preguntó, sin dejar de mirar a su alrededor con aire espantado.

—Encerradme a este estúpido —ordenó, por fin, Stoianov, cansado—. Encerrádmelo y ya veremos lo que hacemos con él.

No lo llevaron a la cárcel de Vrsac, sino a un cuerpo de guardia, en el que pasó la noche. A la noche siguiente partía, con dos policías yugoslavos, para Belgrado.

Entraron en la capital a las tres de la tarde. La ciudad roja desbordaba de animación. Por todas partes, camiones cargados con obreros, que iban a trabajar en los aeródromos y autopistas que se estaban construyendo en las afueras. Obreros con sus gorras de visera y campesinas con pañuelos en la cabeza.

En una «cheka» cercana al edificio del Praesidium, nuevo interrogatorio. Esta vez, más minucioso. Pero toda la habilidad del camarada policía se estrelló contra la aparente y completa estupidez del hombre que se hacía pasar por Fiodor Konarski. También allí se cansaron.

—He huido porque me matarán... Yo no soy comunista. Quise marcharme de Rumania. Me matarían.

—Y pensar que un tipo como éste ha podido pertenecer a un batallón especial... —dijo el policía, volviéndose a sus subordinados—. Me dan náuseas. Di, bicho, ¿hiciste la guerra?

—Sí, camarada. Tiré tiros, corrí, me cogieron los alemanes. Estuve en un campo de concentración. Los rojos me libertaron.

—Yo no resisto más —dijo el policía, fastidiado—. Lleváoslo y que se vaya al diablo.

Pero «la Muerte» no se fue al diablo. Aquella misma noche hizo saber a los policías que tenía un amigo en Belgrado. En efecto, un croata de pelo canoso aseguró haber conocido a Fiodor Konarski durante la guerra, y se ofreció para velar por él y alimentarlo, hasta que encontrase trabajo. La Policía aún se alegró de poder librarse de aquel estorbo.

Pero escasamente seis horas más tarde lamentaron profundamente lo que habían hecho. La radio rumana lanzó al aire la noticia de que Varka Maras había escapado de la cárcel de Turnu-

Severin después de matar a un carcelero. Al mismo tiempo se supo que en la frontera serbio-rumana había aparecido el cadáver de un soldado rojo, al que sus camaradas habían reconocido. Se trataba de Sacha Kamin. Seguía una completa descripción de Varka Maras.

La Policía yugoslava se lanzó tras las huellas, de Varka y del croata, pero ninguno de los dos pudo ser hallado por el momento. Diez días más tarde, el croata fue muerto a tiros en una calle del puerto de Spalato; pero Varka se había esfumado en el aire.

El «*dossier*» de Varka Maras, «*dossier*» que existía en todas las jefaturas policíacas de los Balcanes y de Europa Central, decía, aproximadamente, como sigue:

«Varka Maras, nacido en Turnu-Severin, de padres gitanos húngaros, el día 26 de abril de 1915. Estudiante de Medicina. Acabó su carrera en 1936. Perseguido por la Policía húngara, a causa de haber sido profesor de la “Yanka Puzsta”, la escuela de asesinos. Logró escapar, pasando a Checoslovaquia. Allí colaboró con los alemanes, pero éstos, ante las atrocidades que cometía, lo condenaron a muerte. Logró escapar de nuevo. No se tienen noticias suyas desde 1942, hasta 1945, en que fue detenido por la Policía rumana y llevado a Turnu-Severin para, ser juzgado».

Este hombre era Varka Maras, el ser más peligroso de Europa. Y ahora se había escapado de la cárcel y caminaba hacia algún sitio. ¿Hacia dónde?



¡DIBUJOS ESTUPENDOS!
¡ARGUMENTOS EMOCIONANTES!
¡PRESENTACIÓN EXQUISITA!
Solo en

AVENTURAS DEL F. B. I

INTERMEDIO



L criado, un mayestático individuo que levantaba invariablemente la ceja derecha dos pulgadas sobre la izquierda cuando había de tratar con alguien a quien suponía inferior en la escala social, acentuó aún más este característico desprecio.

—Lo siento... señor; pero míster Vogel está ocupado en este momento. Tengo órdenes estrictas de no molestarlo.

Recalcó la palabra «molestarlo». El individuo que se encontraba en la parte de afuera de la puerta sonrió. Iba vestido con un traje muy usado, roto por varios sitios, y su camisa era un puro pingajo. No se afeitaba desde hacía, por lo menos cuatro días, y su barba crecía negrísima, dando a su cara el aspecto de un ave de rapiña. Dos ojos agudos se clavaron en los del mayordomo, y este personaje no pudo por menos de sentir cómo algo le corría espina dorsal

arriba.

Eran dos ojos muy difíciles de olvidar una vez que se habían fijado en los de uno.

—Tenga la bondad de decir a míster Vogel que está aquí un antiguo conocido suyo —repitió; hablaba el inglés muy lentamente, y esto daba mayor fuerza a lo que decía—. Un amigo, mejor. Dígale: «Yanka». Nada más, por favor.

—Lo siento, señor; pero... —Esta vez había menos firmeza en el tono del criado.

—Diga: «Yanka» —insistió el visitante.

Y su voz tenía un tono tan metálico, que el mayordomo retrocedió un paso. Fue como si le hubiesen golpeado en la cara.

—A... aguarde usted, señor —dijo.

Y cerró la puerta. Al cabo de tres minutos apareció de nuevo. Venía bastante agitado.

—Tenga la bondad de pasar.

El visitante siguió al mayordomo a través de una serie de enormes salones amueblados con lujo sobrado. Luego, un pasillo y, por fin, una puerta de tallado roble. El criado llamó a la puerta, y una voz recia invitó a pasar. El visitante entró.

Ninguno de los dos hombres, ni el que llegaba ni el que se sentaba tras de la enorme y encristalada mesa de despacho, habló hasta que el criado hubo salido. Entonces, el recién llegado se aproximó lentamente al otro.

Éste era un hombre de unos sesenta y cinco años, alto y fuerte, ventripotente. Sus cabellos eran aún muy espesos e iban tomando el característico color plata de un hombre que fue muy rubio.

—De manera que... no has muerto —dijo.

No era una pregunta, era una afirmación. Su mano, grande y pesada, se extendió sobre la mesa y estrechó la larga y fina del visitante.

—No, Richard. Casi estuve a punto de morir; pero... bueno, podría decirse que soy un resucitado.

Richard Vogel tuvo una ligera sonrisa.

—Necesitarás ayuda.

—Sí.

No había habido entre ambos hombres ningún gesto amistoso, aparte del apretón de manos. Parecía, sencillamente, que estaban

hablando de negocios. El visitante se inclinó sobre la mesa, cogió un cigarrillo de una cajita, lo encendió y se sentó en un sillón. Richard Vogel le contemplaba especulativamente.

—¿Cómo lograste escapar?

—Suerte y... habilidad. Me metieron en la cárcel de Turnu-Severin, que es justamente la ciudad en que nací. Y, para más, la ciudad en que más... gitanos hay en el mundo —sus manos hicieron un gesto relampagueante—. Pues algunos de ellos me ayudaron. Maté a un carcelero y luego me proporcioné papeles de un soldado ruso que murió en un... accidente. Luego, hube de... accidentar a otro. Y, por fin, me escapé a Yugoslavia. Y aquí estoy.

—No me refería a eso —dijo Vogel—. Ignoraba que te hubieras logrado ir salvando hasta ahora. Suponía que alemanes y rusos te perseguirían con toda la saña, que pudieran.

Varka Maras sonrió comprensivamente.

—Sí —dijo—. Pero pude despistarlos. Ahora necesito tu ayuda. ¿Me la darás?

Vogel lo pensó un momento. Al fin, dijo:

—Desde luego, sí —meditó de nuevo y, pon fin—: Escucha, Varka: es algo que te gustará.

Durante más de una hora, Richard Vogel estuvo hablando lenta y cuidadosamente. De cuando en cuando, el gitano asentía con la cabeza, y en algunas ocasiones, sonrió. Cuando hacía esto, su dentadura destellaba entre la negrura de su barba crecida.

Cuando Vogel acabó, alargó la mano.

—Creo que he llegado... oportunamente.

—Muy oportunamente —asintió el otro.



Ha salido

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡DIBUJOS DE UN GRAN MAESTRO!

¡ARGUMENTOS EMOCIONANTES!

PRECIO: ¡1,25 ptas.!

I



ABÍA ya, por lo menos, tres automóviles delante de la puerta de la casa, así que el cuarto coche tuvo que quedar estacionado un poco más allá. El conductor se apeó, y del interior salieron otros tres individuos, que se dirigieron al portal. Llevaban ligeros trajes de verano y los sombreros echados muy adelante, para que las alas ocultasen en lo posible las facciones. Cuando llegaron al número 81 de Pell Street, tocaron en la puerta tres veces seguidas. Al cabo de diez segundos, otras tres veces, y, al cabo de otros diez, una más. La puerta se abrió, como si el que había dentro estuviera esperando nada más que aquel golpecito, y los tres tipos penetraron en la casa. Uno de ellos, un hombre fornido, de hombros muy anchos, golpeó al portero en la espalda.

—¿Qué hay, mi viejo? ¿Qué diablos venimos todos nosotros a hacer aquí? ¿O no sabes nada?

El viejo portero, en mangas de camisa y con la funda-sobaquera para la pistola en su debido sitio, no sonrió siquiera.

—Pasad, muchachos. Ya os enteraréis más tarde de lo que os quieren.

El hombre de los hombros anchos siguió por un estrecho pasillo, hasta desembocar en una sala de reducidas dimensiones. Había allí otros dos tipos, que les hicieron un gesto de saludo.

—¡Hola, Toby! Cada día, más gordo. ¿Te prueban los macarrones de papá Cagliari?

El de los hombros anchos sonrió, mostrando unos dientes imperfectos.

—De primera. ¿Qué quieren los patronos? —preguntó.

—Y yo qué sé. Por la afluencia de nenes parece que vamos a ir a prender fuego a Center Street con toda la fuerza dentro. Anda, pasa dentro con tus chicos. Yo espero a Peter.

De aquella sala se pasaba a otra de colosales dimensiones. Una sala que parecía haber sido construida para un «cine». Una gran cantidad de sillas estaban apiladas contra las paredes, y en el fondo de la habitación había una tarima como las que sirven para dar conferencias. Y en la tarima, una mesa.

Habría unos veinte o veinticinco hombres allí, fumando y charlando perezosamente. Uno o dos portorriqueños, algunos inconfundibles italianos, y el resto, de cien sangres diferentes. Pero todos tenían algunas cosas en común. Los sombreros y la vigilante expresión en la mirada. No tenía nada de particular. Ahora, la mayor parte de ellos estaba en estado de tregua, pero solamente un mes atrás, los hombres de Toby Garden habían ametrallado en Chicago a cinco de los gorilas de «Krak» Simple, por unas pequeñas diferencias de apreciación. Así, al menos, decían los de Toby. Pero, ahora, «Krak» Simple se aproximó a Toby y le tendió una mano llena de pecas.

—Saluda. Toby. ¿Qué tal esos asuntos?

—Sabrosos —respondió Toby, muy sonriente—. ¿Sigues ordeñando a esos buenos chicos de tenderos?

—Cómo no. Pagan y encima sonríen y me invitan a comer de cuando en cuando. Toby, sé buena persona. ¿Qué diablos quiere el

jefe? Estamos aquí todos los «bonitos» que sirven para algo en Nueva York, Chicago y San Luis.

—Sé tanto como tú, «Krak». Aguarda: ahí viene el viejo.

Nadie se puso en pie ni se quitó el sombrero, pero cuando la puertecilla que había en el fondo de la tarima se abrió, todos miraron en aquella dirección, expectantes. Dos hombres entraron. Uno de ellos era un tipo de cara pálida, de unos cuarenta años, de pelo escaso y rubio y ojos azules. El otro...

El otro era muy interesante. Lo primero que se veía de él eran unos enormes bigotes grises y unas cejas desaforadas, con unos pelos casi tan largos como rabo de rata y un sombrero, por debajo del cual se escapaban mechones de un cabello muy parecido al del bigote y las cejas. Mientras el que iba con él saludaba con la mano a los circunstantes y se ponía tras de la mesa, él estuvo mirando a su alrededor, fijando su vista en cada uno de los hombres allí presentes. Toby Garden, tuvo un ligero estremecimiento cuando aquellos ojillos negros y duros, que recordaban los de una serpiente, se posaron en él.

—¿Quién demonios es ese tipo? —preguntó, un poco avergonzado de su debilidad, en voz baja, a «Krak».

—Ni idea; pero fíjate: el bigote, las cejas y, me lo apuesto, el pelo, son postizos. Y mal hechos. No engañaría a un niño. No pensará pasar delante de un «poli» con esa facha.

—No —contestó Toby, que siempre se había distinguido por tener una cabeza un poco más inteligente que los demás—. Pero ¿a que no podrías reconocerlo si lo vieras sin esas cosas?

—Cierto —reconoció «Krak»—. ¡Cristo, no podría!

—A no ser por los ojos —prosiguió Toby meditabundo—. Y tiene la piel muy oscura. Algún italiano.

—Ni idea. Calla; el viejo parece que va a soltar un discurso.

Todos los asistentes habían ido cesando en sus conversaciones. El hombre de la cara pálida, el jefe, los miró un momento, y luego rompió a hablar. Su voz era sonora, voz de un hombre acostumbrado a soltar discursos ante multitudes.

—Bueno, chicos: no me voy a perder ahora en circunloquios. Os he reunido aquí porque tengo un trabajo que habréis de efectuar entre todos. Ese trabajo es... bastante complicado, y yo necesito un jefe de coordinación y de enlace conmigo. Hubiera podido elegir a

cualquiera de vosotros, pero he preferido tener otro hombre, y que vosotros podáis ocupar vuestros puestos. Sé que puedo confiar en vosotros. Aquí, muchachos, os presento al que desde ahora será mi coordinador. Es decir, todo lo que haya que hacer lo sabréis por él. Y habréis de obedecerle, porque lo que él ordene estará respaldado siempre por mí. Bueno: aquí lo tenéis. Se llama señor Smith. Claro, ya sabéis, es un nombre supuesto, pero tan bueno como cualquier otro para entenderse.

El señor Smith adelantó un par de pasos y se enfrentó, sonriendo, a la concurrencia.

—¿Cómo estáis? Veo que hay entre vosotros... ¿cómo diría?, gente de pelo en pecho. Me alegraré de trabajar con vosotros. Será un placer.

Hablaba el inglés lentamente, machacando con fuerza las palabras, y un lejano, exótico acento se le advertía en ocasiones.

—No es italiano —dijo Toby—. Maldito si sé de dónde ha salido ese tipo. Pero sí sé que no me gusta.

Se adelantó y, con las manos en los bolsillos, preguntó, encarándose con el jefe:

—Bueno, míster Bailey, ¿qué es lo que quiere usted decir? ¿Va a venir míster Smith con nosotros cuando tengamos que convencer a algún tendero reacio para pagar?

—O ¿vendrá conmigo y mis «bonitos» cuando haya que emplear la «mitra» por la calle? —interrogó un italiano de atezada cara.

—No —dijo míster Bailey, el jefe, sonriendo torcidamente—. Hará lo que buenamente crea; pero sobre todo... «os enseñará nuevas maneras de matar», sin ser descubiertos.

Había acentuado la última frase. Algunas risas se elevaron entre los cuadrilleros.

—Hombre —dijo el italiano—. ¿De dónde viene? Me comprometo a enseñarle un par de docenas de maneras diferentes de matar en unos cinco minutos.

Los hombres del italiano rompieron en carcajadas. El calabrés Coria sabía algo de la vida.

Míster Smith no dejó a míster Bailey que contestara. Se bajó de la tarima y anduvo, a pasitos cortos y calculados, para hacer mayor efecto, hasta ponerse enfrente del italiano. Sus ojos, sombreados por unas pestañas que darían envidia a una artista de «cine», se

clavaron en los de Coria.

—Usted será el primero que venga conmigo, señor —dijo fríamente—. Pero tenga en cuenta que, si no puede usted hacerme aprender algo nuevo, y yo sí...

Coria se sentía respaldado por sus hombres, y aunque le atemorizaba un poco la mirada de serpiente de Smith, trató de fanfarronear:

—¿Qué? —preguntó provocativamente.

Míster Smith pareció considerarlo como haría con un insecto de especie conocida, pero que hiciera algo que se saliera de lo corriente. Los hombres habían abierto un ancho espacio semicircular entre ellos, y se mantenían a la expectativa. Coria había sido, antes de ingresar en el «gang» de Bailey, el terror de San Luis.

—¿Saca usted la pistola con mucha rapidez? —preguntó, al fin, Smith.

Coria no se molestó en contestar de palabra. En vez de ello, al segundo siguiente tenía en la mano una automática «Colt», de mediano calibre.

Míster Smith pareció profundamente sorprendido y admirado.

—¡Caramba! Por favor, ¿podría hacerlo otra vez?

Coria, sonriendo maliciosamente, volvió a guardar la pistola, extendió la mano para que Smith pudiera ver lo que iba a hacer y se preparó para actuar.

No pudo. La cosa fue tan rápida, que, en realidad, nadie, sino Toby Garden, que estaba muy atento a lo que iba a ocurrir, se dio cuenta de cómo sucedió. Y aun así, un poco borrosamente, debido a la rapidez de ambos.

A pesar de que Coria, hombre experimentado, se había colocado a una prudencial distancia de Smith, éste actuó como si, en realidad, ambos hubieran estado juntos, separados por sólo unas pulgadas.

La mano izquierda de Smith, larga y delgada, se dirigió como un rayo a la garganta del italiano, pero, por uno de los lados. Al mismo tiempo, el cuerpo hizo un brusco quite para prevenir posiblemente el tiro, si Coria disparaba, y, seguidamente, se colocó a su espalda de un salto.

El resultado fue éste: Coria se sintió cogido del cuello por una

mano, que debía de ser bastante dura, pese a su delgadez, y, al mismo tiempo, dos dedos muy largos se le incrustaron en los ojos, colocados tan especialmente, que las uñas, bastante crecidas, le vaciarían las órbitas al menor movimiento. La pistola del italiano estaba todavía a la altura de su pecho, pues aún no había logrado extender del todo el brazo armado.

—¿Aprieto? —preguntó suavemente míster Smith.

Luego, de pronto, soltó a Coria. Pero antes de hacerlo le hundió el pulgar y el índice de la mano izquierda detrás de las orejas, arrancándole un estertoroso grito de dolor.

Luego, Smith, sin volver la cabeza, subió a la tarima. Entonces habló de nuevo.

—Amigos, espero que el ejemplo de vuestro compañero os sea de mucho provecho. Amigos, he tenido que lidiar con gente que no podía usar en todo momento la pistola o la ametralladora, y, por tanto, había de aguzar el entendimiento constantemente. Yo enseñé a aquellos hombres. Ustedes y yo nos llevaremos bien, muy bien, si a ninguno se le ocurre dudar de que una orden que yo de no sea del todo... aceptable. ¿Cómo se llama usted, señor? —añadió, volviéndose a Coria.

Éste tenía un gesto hosco; pero era evidente que no deseaba ponerse a mal con Bailey.

—Fortunato Coria —respondió.

—Muy bien, míster Coria. Trabajaremos juntos en la mejor armonía, ¿verdad?

Para los hombres del italiano, no cabía la menor duda de que su jefe mataría a míster Smith a la primera ocasión. Pero también le sabían cauteloso. Por eso no les extrañó verlo asentir.

—Ahora —dijo Bailey—, los jefes. Toby, «Krak», Coria y Jimmy Corrigan, pasad a la otra habitación. Vosotros, chicos, podéis charlar un rato, hasta que os marchéis. Pedidle al portero algo para la sed.

Bailey salió, seguido de Smith, por la puerta detrás de la tarima. Los cuatro jefes nombrados marcharon a la habitación trasera, que ahora estaba vacía. Toby palmeó la espalda de Coria.

—Bueno, chico, no lo tomes así. La próxima vez...

—Ese tío es de cuidado —dijo «Krak», muy pesimista—. No me gustaría tenerlo como enemigo.

—Algún día me las pagará —dijo Coria tensamente—. Pero, por ahora, veremos lo que quieren hacer.

El objeto de su discusión se hallaba en aquel momento hablando con Bailey y con Richard Vogel. Éste parecía muy satisfecho de lo que oía.

—Le juro, patrón, que fue estupendo —decía Bailey—. No dejó al chico moverse, y le hubiera saltado los ojos si llega a hacer un movimiento. Pero ¿qué diablos le hizo después? Gritaba como un niño al que le quitan el pecho. Por cierto, que tendrá que tener cuidado. Coria es mal enemigo.

Smith sonrió, y sus ojos se clavaron en Vogel.

—Ya sabe míster Vogel que sé defenderme, ¿no es así?

El grueso Richard asintió contento.

—Ya lo creo. No te preocupes, Bailey. Id ahora a hablar con ellos, pero procura que no haya ningún muchacho cerca, porque me voy a marchar. Si algún chico me ve, habrá que... pasaportarlo.

—De acuerdo, patrón. ¿Les decimos todo?...

—Lo suficiente para que luego no vayan a cometer errores por falta de información. Pero no hace falta que nombres a la Policía Federal, ¿eh? Demasiado pronto se darán cuenta de que tendrán que pegarse con ellos.

—«O. K.», patrón. Hasta la vista.

—El martes, en mi casa.

Vogel salió, contoneando su gruesa tripa. Bailey y Smith entraron en la habitación donde estaban los cuatro jefes de «gang». El primero tomó asiento a la mesa e indicó a los demás que lo imitaran. Por una casualidad, Coria quedó situado al lado de Smith, quien lo miraba atentamente. El italiano se sonrojó con violencia, y pareció dispuesto a decir algo, cuando Bailey empezó a hablar.

—Bueno, chicos: ya sabéis que controlo todo el juego en Nueva York. Como sabéis, esto da mucho más que «proteger» tenderos y encierra menos peligros. A todos vosotros os conviene, ¿no es así?

Asintieron.

—Pues bien. Apenas se abran de nuevo las Sesiones del Senado, unos cuantos senadores poco... ¡hum...!, patrióticos, presentarán un proyecto de ley para evitar el juego. No nos conviene, naturalmente, que este proyecto de ley sea ni siquiera discutido en la cámara. ¿Sabéis ya lo que quiero decir?

Asintieron.

—Pues, al trabajo. Dos de esos senadores viven aquí, en Nueva York. Los nombres y direcciones de los otros los iréis sabiendo según ya vaya siendo necesario. Recordadlo bien. Siempre que se pueda emplear la astucia, no utilizéis jamás la fuerza, ¿entendido? Seré inflexible con aquél, que, por pura brutalidad, haga andar mal el negocio.

Toby Garden asintió pensativo.

—¿Cómo se llaman esos dos senadores? —preguntó.

Míster Bailey echó una ojeada a una libretita de apuntes. Míster. Smith, sonrió. En aquella libretita no había ningún nombre apuntado, pero todo aquello daba mayor respetabilidad a los jefes.

—Sus nombres son: Ulises T. Bryan y Marko Megara.

Esta vez míster Smith no sonrió. Miró fijamente a Bailey como si temiera haber oído mal y las largas pestañas negras cayeron sobre los ojos, velándolos. Ni un solo músculo había cambiado en su cara. Solamente aquella mirada.

—¿Cuándo empezamos a trabajar? —preguntó Coria.

—Míster Smith hará los planes. Ahora, yo me voy.

Míster Smith le cogió del brazo.

—Un momento, Bailey, tengo que decirle dos palabras.

Ambos se alejaron un poco y Smith bajó la voz.

—Acaba usted de pronunciar un nombre, Bailey, el de Megara. ¿Sabe usted de dónde procede ese hombre?

—¡Oh! Yo qué sé. De algún endiablado lugar de Europa. Y perdone.

—De nada —míster Smith sonrió tan cruelmente que incluso el corrompido Bailey se estremeció—. Es que, verás, Bailey, ese apellido es griego, pero en Grecia sólo lo usan los gitanos. ¿Ha comprendido?

—Bueno, y qué.

—Nada. Me acercaré a míster Megara como un... compatriota, suyo, podríamos decir. Y la cosa será más fácil.

Bailey apenas pudo reprimir una mueca de asco ante tamaña maldad.

—Bueno, lo dejo a su gusto, Smith. Ya sabe que el asunto está en sus manos.

Y se alejó. El portero le oyó murmurar cuando salía algo así

como: «Sería como si yo me dedicase a cargarme americanos en algún país extranjero... ¡Culebra!».

Míster Smith volvió con los otros. Sus ojos negríssimos los fueron calibrando, pesando y midiendo. Los cuatro hombres se sintieron como chiquillos ante aquellas pupilas brillantes.

—Bueno, caballeros. Se reunirán ustedes aquí dentro de cuatro días. Usted, míster Coria, sabrá ya dónde vive míster Megara y habrá tratado de conseguir un plano de la casa. Usted, míster Garden —lo miró de nuevo. Ya lo había calibrado como al más inteligente de todos—. Usted no haga nada por ahora. Pueden retirarse. ¡Ah!, y, míster Coria, usted traerá también una lista de las actividades normales del senador Megara. Quiero decir, lo que suele hacer por las mañanas y por las tardes. No creo que le sea muy difícil, ¿verdad? Puede interrogar discretamente a las criadas. Con esos ojos y ese pelo tan rizado debe ser usted una tentación para las chicas de las cocinas.

Coria se puso en pie de un salto y llevó la mano al sobaco Toby le sujetó rápidamente.

—Quieto maldito —le dijo. Y volviéndose a Smith—. Escuche, míster, usted manda y nosotros obedecemos, pero no se figure por eso que puede meterse en las cosas personales de cada uno. No se lo aconsejo, de veras.

Smith encendió un cigarrillo y lo miró un poco burlonamente.

—¿De veras? —preguntó—. Lo tendré en cuenta, míster Garden. Se cierra la sesión.



NIÑO:
Ahora estas a tiempo de coleccionar
AVENTURAS DEL F. B. I.
¡MAGNÍFICOS Y VALIOSOS REGALOS!

II



CTUBRE Wyatt se apeó del coche, echó la llave al encendido, cerró la portezuela con un fuerte golpe y se metió en la casa. Ascendió los tres tramos de escalera estrecha y crujiente y se encontró ante la puerta del estudio. Golpeó impacientemente sobre uno de los entrepaños y, como no recibiera inmediata respuesta, volvió a llamar, esta vez con una de las esquinas de su cigarrera de plata. El resultado fue una verdadera tormenta de ruidos en la vieja casa.

Por fin se abrió la puerta y una cabeza despeinada asomó con gesto malhumorado. No obstante, al ver de quién se trataba, se dulcificó su expresión.

—Hola, Octubre. Anda, pasa y no sigas intentando echarme la puerta abajo.

Red Caldwell —sus padre tuvieron la humorada de llamarlo así

al ver el color de su pelo— era un hombre de unos treinta años, alto, con un pecho tan amplio como un tocadiscos de níqueles y una cara pecosa en la que brillaban dos ojos azules que contemplaban al mundo riendo siempre. Bueno, siempre cuando no estaba enfadado.

Octubre pasó, golpeando airoosamente el suelo de madera con sus altos tacones. Avanzó por un largo pasillo hasta hallarse en un estudio de pintor y allí se volvió hacia Red, brillándole los ojos con furia apenas contenida. Hasta ese momento no se dio cuenta de que había una tercera persona en la habitación, un hombre de unos cuarenta años, alto y delgado, con el pelo ya un poco escaso en las sienes.

—Hola, Octubre —saludó.

Octubre se volvió hacia él y le tendió la mano, mientras Red silbaba por lo bajo y se encogía de hombros como el que espera un golpe.

—Hola, Jim —dijo ella. Luego, se volvió de nuevo.

—Mira, pelirrojo del diablo, sí crees que me vas a volver a tener una hora parada con el coche en una esquina donde parece que se dan cita todos los vagos de Nueva York, estás más equivocado que un mono que coge un cacahuete vacío.

—Verás, yo... —empezó Red—. Pues, bien, yo... tuve que...

La joven aguardó esperando unas disculpas que no acabaron de cuajar. Por fin, impulsivamente, le aseguró:

—Esto se ha acabado ya. No me importaría que salieras a veces con alguna chica guapa, pero que me engañes con la pintura no voy a consentirlo. Vete a comer a

«Maximo's»

con un tubo de blanco de plata colgando de cada brazo. A mí, no.

Y ya, bastante tranquilizada, se sentó en una silla.

Red Caldwell llevaba unos pantalones azules de mecánico y una camisa a grandes cuadros rojos y negros. En cambio, Jim iba correctamente vestido con un conjunto castaño claro. Fue este último el que habló.

—Tienes que dispensar a Red —dijo—. Ayer estuve también yo aquí y no dejé de pintar en toda la tarde.

—La verdad es que olvidé la cita —añadió Red por su cuenta, volviendo al lienzo en el que estaba trabajando. Con grandes manchas de color, aparecía en él un paisaje del Middle-West. El

efecto era notable incluso para un profano y Octubre Wyatt no lo era en modo alguno.

—Eso es lo que me da más rabia —contestó la joven—. Si siquiera lo hiciese adrede... Pero no, se le olvida, que es bastante peor. Es como si una no existiera y yo sí que quiero existir.

Miró al cuadro con expresión interesada y se acercó para verlo un poco mejor. Movi6 la cabeza afirmativamente.

—Eso está bien, pelirrojo.

Red intentó atraerla hacia sí cogiéndola por el talle, pero Octubre se desasíó con violencia.

—A mí no me toques, macaco. Te juro que es la última vez que...

—Ya sé, ya sé, que te tengo esperando una hora en cualquier sitio de Nueva York. De acuerdo, querida. Te lo prometo formalmente. Palabra de caballero inglés.

—Tú eres inglés, pero no caballero —respondió la joven—. Vete al diablo. Ahora mismo nos vamos a almorzar por ahí.

Jim Tolliver se echó a reír. Las peleas entre Red Caldwell y Octubre eran muy excitantes. Llevaban seis meses prometidos y hasta ahora habían reñido no menos de veinte veces y se habían devuelto los anillos otras tantas. Pero siempre acababan entre risas y besos.

—Bueno, palomos —dijo levantándose—. Yo os dejo. El deber es el deber y el mío me reclama.

—No me digas que estás hoy de servicio —interrumpió Red dando un enérgico brochazo a una esquina del lienzo y consiguiendo así crear en el espectador la idea de una granja.

—El tío Sam no descansa nunca —le aseguró Tolliver—. Hay veces en que creo que equivoqué mi camino cuando entré a su servicio, pero eso pasa enseguida. El caso es que tengo que pasar me por Center Street para echarle una ojeada a unos cuantos papeles. Más vale que no dejes solo a ese perdulario, Octubre —aconsejó a la joven.

—Que intente él plantarme otra vez y verá quién soy.

—Ya estoy regenerado —repuso Red Cadwell muy convencido—. Antes de conocer a Octubre estaba tan harto de ver caras bonitas que a veces me marchaba un rato al Zoo para mirar a los monos. Ahora no.

—Pues siempre me miran por la calle como si fuese Joan Fontaine —aseguró ella contoneándose con gracia—. Incluso hoy mismo, un individuo que salía del despacho de mi tío abrió unos ojos como tejos cuando me vio. Y los suyos no estaban nada mal, os lo aseguro. Eran negros y brillantes y tenían unas pestañas tan largas que se hubieran podido atar fardos con ellas.

—Algún italiano —dijo Red distraídamente.

—No, conozco bien a los italianos. Pero, hablando en serio, no me gustó su manera de mirar. Parecía que estaba dispuesto a saltar sobre mí en cualquier momento.

—¿Sí? Me hubiera gustado que lo hiciera. Probablemente lo habrías sacado por la ventana con dos buenos puñetazos. Si vuelve por allí, avísame. Me acercaré para ver si te mira de nuevo.

—Un senador tiene que recibir gente muy rara —dijo el federal volviéndose, ya con el sombrero puesto—. Pero yo creo que tu tío, Octubre, abusa de ello.

—El tío Marko es la mejor persona que he conocido jamás. Ni siquiera mi padre era tan bueno. Estoy segura de que si no fuera porque su fortuna personal es enorme, ya se habría quedado en la calle de tanto como da a los demás.

—Pues al único a quien no quiere dar nada es a mí —refunfuñó Red Caldwell empezando a amoscarse.

Octubre le puso la mano en el musculoso brazo.

—Es que tú quieres llevarte lo que él llama su tesoro —dijo sonriendo con ternura—. Pero no te preocupes, querido. Un día u otro, el tío Marko cederá y podremos casarnos.

—Espero que sí. De lo contrario, y pese a toda su bondad, sería capaz de retorcerle el cuello —avisó Red volviéndose a su pintura, ya un poco más calmado.

Jim Tolliver, el agente federal, sonrió y se despidió. Un momento después los jóvenes quedaban solos.

—Vamos, pelirrojo —dijo ella arreglándose el carmín de los labios—. Ya me estás llevando a «De Pablo» para almorzar.

Red dio unas últimas pinceladas y se limpió las manos en el traje. La joven lo miró críticamente.

—Mira —le dijo—, soy capaz de ser tan bohemia como cualquiera, pero con ese traje no voy a ninguna parte contigo. La última vez por poco nos piden la documentación un oficial de

policía.

Red hizo un gesto ambiguo y encogiéndose de hombros, pasó a las habitaciones de dentro para vestirse. En aquel momento, el teléfono, situado en un rincón del cuarto, empezó a sonar intermitentemente. Octubre se dirigió al aparato y lo cogió.

—Me figuraba que estarías ahí, querida —dijo la voz al otro lado del hilo—. Creo que te he dicho muchas veces...

Octubre no le dejó acabar.

—Mira tío, también hemos discutido de esto muchas veces. ¿Te importaría que no volviésemos a hacerlo?

La voz sonó con acento impaciente.

—Quiero verte, Octubre. Y quiero verte ahora.

La muchacha iba a responder, cuando apareció Red, abrochándose la chaqueta. Se había quitado la camisa a cuadros y aparecía casi correctamente vestido, con la corbata perfectamente anudada.

—¿Quién es? No debes coger mi teléfono, porque podrías enterarte de cosas que a lo mejor no te gustarán.

—Es el tío Marko —repuso ella desalentadamente, tapando el auricular con la mano—. Quiere verme ahora mismo. Se ha figurado que estaba aquí.

—Ya eres mayorcita, ¿no? —refunfuñó el inglés—. Mira, vamos a hacer una cosa. Iremos a ver a tu tío y le diremos lo que pensamos hacer. Si se pone demasiado difícil, nos casamos sin más ni más.

Ella movió la cabeza.

—Me temo que eso sería imposible. Él es mi tutor y hasta que no cumpla veinticinco años no podré tener ni un céntimo mío.

Red Caldwell la cogió en sus brazos y la besó rápidamente.

—Yo gano lo suficiente para los dos, querida. Anda, vamos. Ya verás cómo logramos convencerlo.

Salieron a la calle Bleecker, repleta de gente a aquellas horas. Greenwich es el Montmartre neoyorquino, el lugar donde viven todos los artistas y los que intentan pasar por tales. Allí, los pintores exponen sus obras en medio de la acera, al no tener tienda donde hacerlo. Se ven barbas largas, blusas indescritibles y muchachas de aire alegre o huraño, según hayan vendido o no una tela. Las modelos negras, de cinturas increíblemente estrechas y caderas de ánfora, pasan entre la multitud, en busca de alguien que las desee

para posar.

Octubre ya estaba acostumbrada a este ambiente. Conocía a Red Caldwell desde hacía seis meses y había tenido ya tiempo suficiente para darse cuenta de que su prometido era un bohemio completo. Pero estaba tan enamorada de él que no podía hacer otra cosa, sino amoldarse a sus gustos. Además, Red era, como había dicho él antes, un caballero por su nacimiento.

El «Plymouth» convertible los llevó rápidamente desde la calle de Bleecker hasta la de Christopher, para salir a la Sexta Avenida, pero antes de llegar a ésta, en el cruce con la Séptima, un sitio bastante peligroso para maniobrar por la congestión de vehículos, Octubre frenó bruscamente.

—Avisa cuando vuelvas a hacer eso —dijo Red un poco molesto porque había estado a punto de meter la larga nariz por el parabrisas—. No es necesario que te dejes las llantas pegadas al asfalto con esos frenazos.

—Me había parecido ver al hombre que te dije antes, el de casa del tío Marko, ¿recuerdas? —se disculpó ella, señalando hacia el aguzado esquinazo de la plaza Sheridan.

—No te entretengas en eso ahora, querida. Vamos a ver a ese... tío tuyo.

El senador demócrata Marko M. Megara, conocido por sus colegas como «M al cubo», vivía en la Sexta Avenida esquina a la calle Cincuenta y Tres. Cuando sus padres llegaron de Grecia, vendían tapices orientales en las calles de Nueva York. La gracia cimbreada de la madre de Marko atrajo la atención de un anticuario viejo y la tomó como dependienta. Tan buena maña se dieron ambos esposos Megara en vender y comprar, que al cabo de pocos años habían conseguido duplicar el capital inicial. Y cuando el anticuario viejo murió, al carecer de hijos, dejó su tienda a sus empleados. Pasados apenas veinte años desde su llegada a América, eran ya millonarios.

Marko se educó en los más puros principios americanos. Fue a una escuela pública, luego a la universidad, estudió leyes y por fin se presentó como candidato a la senaduría por Nueva York, en compañía de su amigo Ulises T. Bryan. Ambos fueron elegidos.

Red y Octubre se apearon del coche y subieron las cuatro gradas que conducían a la casa. El criado griego de míster Megara les abrió

la puerta y saludó a la joven. Era un hombre viejo, de grandes bigotes, que apenas sabía hablar inglés, a pesar de llevar veinte años en Norteamérica. Los jóvenes pasaron al salón y un momento después el senador se reunía con ellos.

Saludó a Red con una ligera inclinación de cabeza, fríamente, y se volvió a su sobrina.

—He de hablar contigo «a solas», Octubre —dijo. Era un hombre alto, con ligera tendencia a engordar. Su cara, un poco congestionada, hablaba de una constitución linfática. Dos ojos oscuros brillaban bondadosamente bajo las espesas cejas.

—Pues hemos venido «los dos» para hablar con usted —dijo Red adelantando la barbilla agresivamente. Como la mayor parte de los ingleses de buena cuna, solía ser bastante paciente, pero en el momento en que se le excitaba demasiado, embestía como un toro y ya no soltaba su presa.

—No tengo nada en absoluto de qué tratar con usted, caballero —dijo Megara estirándose y abombando un poco el pecho—. Pero si hemos de hacer una escena, usted la presenciara. Octubre, te ruego que no sigas tratando a este caballero. Más que ruego, esto es una orden.

—Octubre no va a admitir órdenes de usted de ahora en adelante, viejo chiflado —dijo Red, dando un paso hacia delante con tan amenazadora expresión que míster Megara retrocedió sin querer. El criado del senador, el griego Andros, se agachó como un animal dispuesto a saltar, a la menor señal de peligro para su amo. Pero ya Red había recobrado un poco de calma.

—Lo siento —dijo cerrando con fuerza la voluntariosa mandíbula—. Perdí los estribos, señor, pero es que Octubre representa mucho para mí y...

Todo el mundo sabía que Marko Megara era el más bondadoso de los hombres. Pero había sentido, desde el momento en que lo conoció, una feroz antipatía por el pintor inglés. Quizá influyese en ello el desprecio de todo hombre práctico por los artistas, pero el caso es que así era. Y estaba decidido a que Octubre Wyatt, sobrina de su difunta mujer, no se casase con él.

—No tengo nada más que añadir, caballero. Deseo a usted muy buenos días.

Red Caldwell dio media vuelta y marchó a grandes zancadas

hasta la puerta de la habitación. Allí se volvió con gesto decidido.

—No se saldrá con la suya —dijo claramente—. Octubre y yo nos casaremos «pese a quien pese». Ven, Octubre.

Megara intentó retener a su sobrina por el brazo, pero la joven se desasíó. Había lágrimas en sus ojos. Fue hasta Caldwell y, poniéndose de puntillas, lo besó.

—No te preocupes, querido, todo se arreglará un día u otro.

Cuando Red se hubo marchado, Octubre se llevó un pañuelo a los ojos. Marko Megara había criado a aquella muchacha, porque los padres de ella murieron en un accidente poco tiempo después de nacer. Él y su esposa, que no tenían hijos, adoraron desde el primer momento a aquel monigote que hacía de ellos lo que le parecía. Por tanto, algo se rompía dentro de su pecho cuando la veía llorar. Se acercó a ella y le puso la mano en el hombro. Octubre, instintivamente, lo rechazó. Aquello fue como una puñalada para el viejo.

—No llores, «*baby*» —dijo, nombrándola como hacia su esposa—. No puedo ver cómo lloras. Todo esto, ya lo sabes, lo hago siempre por tu propio bien.

—Estoy empezando a dudarlo —dijo ella clavándole los límpidos ojos azules—. Sí, empiezo a dudar de que lo hagas por mi propio bien. Sabes que no podría ser feliz más que casándome con Red y tú lo odias a él. Está bien, tío Marko, creo que algún día te arrepentirás de esto.

El viejo jugueteó un momento con una mascarilla azteca de obsidiana que estaba sobre un mueble.

—Bien sabe Dios —empezó—, que odio hasta la sola idea de que puedas algún día verte unida a un hombre para el que sólo existe la pintura. Este hombre no vacilará en abandonarte aunque estuvieras en tu lecho de muerte, con tal de poder satisfacer lo que él llama su arte. Sería capaz de robarte a ti los colores de las mejillas si pudiera trasladarlos a un lienzo para dar a este mayor verismo. He conocido demasiados artistas para no saber todo esto perfectamente. Pero, tú ganas, hija. Cásate con él si es ése el único medio de ser feliz. Sólo te pido que... no te alejes demasiado.

Esta vez, las lágrimas de la joven fueron únicamente de alegría. Se abrazó a su tío y apretó la mejilla contra el pecho de él. Marko Megara le acarició los cabellos suavemente.

—Anda, ve a buscarlo y díselo. Yo tengo que trabajar y necesito tranquilidad. He de terminar el informe para cuando se reanuden las sesiones del senado. Tú, Andros, puedes marcharte al cine.

El griego era un apasionado de las películas trepidantes, y el senador sabía que ya no volvería hasta muy avanzada la noche. No era, en realidad, más que un pastor de las montañas del Epiro, con fuerzas de toro y alma de niño. Había estado a punto de matar a Caldwell cuando éste amenazó a su amo, a quien adoraba. Hizo un gesto de aquiescencia y salió. Un momento después, Octubre, ya preparada, con los labios repintados, descendía la escalera saltando gozosamente. Marko Megara, desde la puerta de su despacho, la vio salir y una sonrisa un poco dolorosa se insinuó en sus finos labios.

—Si ese hombre la hace desgraciada —dijo—, ¡como hay Dios que lo buscaré y lo mataré como a un perro!

Andros volvió y se quedó mirando a su amo. Era evidente que aquel hombre primitivo entendía mejor al senador que a ninguna otra persona. Quizá se debiera esto al cariño que le tenía.

—¿No quiere nada? —preguntó.

—Nada —respondió Megara distraído—. Puedes marcharte. No te necesitaré ya. ¡Ah! Y deja la ventana del despacho abierta. Hace demasiado calor.

El criado lo miró de nuevo, fijamente y por fin salió. Abrió la ventana y luego, silenciosamente, se marchó a la calle.

Marko se sentó ante su mesa y de uno de sus cajones, cerrados con llave, sacó un legajo de papeles, documentos, fotografías y expedientes. Se arrellanó cómodamente y empezó a leer.



NIÑO:
Ahora estas a tiempo de coleccionar
AVENTURAS DEL F. B. I.
¡MAGNÍFICOS Y VALIOSOS REGALOS!

III



ADIE en absoluto reparó en los dos hombres que, al obscurecer, llegaron a la esquina de la Sexta Avenida, y la calle Cincuenta y Tres. Uno de ellos era de mediana estatura, con un negro sombrero echado hacia adelante, enormes bigotes lacios y mechones de pelo saliendo del sombrero. Su acompañante era un poco más alto y esbelto. Ambos atravesaron el jardincito y llamaron a la puerta suavemente. Y entonces, sus maneras dejaron de ser naturales. El hombre de los bigotes se deslizó rozando la pared hasta llegar a una ventana entreabierta por la que se escapaba un rayo de luz difusa.

Sin hacer el menor ruido, separó más las dos hojas —se trataba de una ventana francesa— y miró. De espaldas a él, había un hombre trabajando, sentado ante una mesa de despacho. Un gato no

hubiera hecho menos ruido que el que hizo Varka Maras, alias «míster Smith», para colarse dentro. Su compañero, el que quedaba fuera, esperó, pegado también a la ventana. Ambos eran completamente invisibles desde la calle.

Algo, quizá eso que se ha dado en llamar sexto sentido, hizo que el senador Megara se volviese de pronto. Allí, detrás de él, había un hombre cuyo contorno veía vagamente. En la mano del visitante brillaba algo metálicamente. Marko Megara no era un hombre cobarde. En la guerra de 1914, su valor había sido suficientemente probado y unas cuantas cruces reposaban en uno de sus cajones. Pero ahora, un estremecimiento recorrió su espalda dorsal.

—¿Quién es usted? —preguntó roncamente—. ¿Cómo ha entrado aquí?

El otro no respondió, adelantó un paso y entonces la luz de la mesa cayó sobre él. En la mano llevaba una pistola y algo en aquellos ojos hizo dar un salto al senador.

—Usted —empezó a decir, cuando otro hombre saltó por la ventana.

—Sí, yo —repuso Varka suavemente apoyando su pistola en el vientre de Megara—. No le aconsejo que se mueva, senador. Siéntese.

—Salgan de aquí inmediatamente o llamaré a la Policía —ordenó Megara, con voz no del todo firme—. Salgan si no quieren...

Fortunato Coria lo empujó brutalmente, haciéndole caer en la silla. Megara abrió la boca para gritar, pero no llegó a terminar el movimiento.

Una mano pesada le golpeó en la boca con fuerza, haciéndole rechinar los dientes.

—Venimos por esto que tiene usted encima de la mesa, míster Megara —dijo el gitano cogiendo los papeles y guardándoselos en el bolsillo de la chaqueta—. Ha sido usted muy imprudente, mucho. Y ahora...

Mientras Coria sujetaba al senador, Varka sacó de otro bolsillo una serie de cosas. La primera era una cuerda muy gruesa y bastante corta. La segunda, un palo redondo de unas siete pulgadas de longitud, con dos muescas. Las ágiles y delgadas manos de Maras efectuaron rápidamente el trabajo, mientras el italiano lo miraba con asombro.

Varka Maras pasó la cuerda alrededor del cuello del senador y anudó las dos puntas al palo, sujetando éste al respaldo del sillón. El total formaba una especie de torniquete. No tuvo más que dar dos vueltas, para que la maroma se ajustase perfectamente al cuello de su víctima, apretándolo un poco nada más. Los ojos de Megara casi se salieron de sus órbitas al comprender lo que pensaban hacer aquellos dos individuos. Había oído hablar del «garrote» demasiadas veces para no saber lo que significaban aquellos preparativos.

—Veo que ya se dio cuenta, míster Megara —dijo Varka arrastrando las palabras—. Sólo que esto es una variante de mucho interés. Como verá, la cuerda está muy mojada, casi chorreando agua. Se irá secando poquito a poco, poquito a poco y según se vaya secando, Irá encogiéndose. Cuando acabe de encogerse, usted... ¡Oh! Y verá; tendrá tiempo de pensar en toda su vida anterior con mucho detenimiento, porque esto tardará unas horas en encogerse. Con mucho detenimiento, míster Megara.

Fortunato Coria, el «gangster» calabrés, sintió que le corría un escalofrío por la espalda. Nadie le había dicho nada de lo que iban a hacer en aquella casa, aun cuando se imaginaba que sería matar a alguien por los métodos comunes. La crueldad de Maras le hacía sentirse como un niño pequeño.

—¿Por qué hace usted esto? —preguntó el senador con voz un poco estrangulada—. ¿Por qué, en nombre del Cielo? Vino usted a pedirme ayuda y yo se la di. ¿Por qué quiere usted matarme?

—Para evitar que hable —contestó el gitano mientras le ataba las manos y los pies al sillón y lo amordazaba—. Cuando se encuentre su cadáver sabrán que usted ha muerto a una cierta hora. Digamos, por ejemplo, a las once o doce. Entonces, todos tendremos coartada. Nadie se imaginará que en realidad, «ha muerto bastante antes». ¿Que por qué hago esto? Porque me pagan para hacerlo. Usted hablaría en el Senado y hablaría contra el juego. Y eso, amigo mío, hay que impedirlo a toda costa.

El senador Megara hizo un violento esfuerzo para desatarse, pero las cuerdas se lo impidieron. Su rostro se tornó púrpura.

—Vamos, míster Coria —ordenó Varka Maras—. Aquí ya no tenemos nada que hacer. «Jo napot, drága» —añadió volviéndose al senador—. Buenas tardes; para usted serán las últimas.

Y se dirigió a la ventana. Coria lo siguió, pero al llegar al hueco,

se volvió y miró también a Megara.

—¡Santa Madonna! —dijo en voz lo suficientemente alta para que el gitano lo oyese—. Preferiría pegarle un tiro en el estómago antes que hacerle eso.

Desde el jardín le llegó la voz de Varka:

—Venga usted, míster Coria o no respondo. Vamos, baje ya.

Un momento después, ambos estaban en la calle.

—Y ahora, a buscar nuestra coartada, «drága». Deberá usted reunirse con la mayor cantidad posible de personas... decentes, que luego puedan testificar su absoluta falta de vínculos con la muerte de ese pobre hombre.

Coria se lo quedó mirando mientras el gitano se alejaba, con el ceño fruncido.

—«¡Porco stregone!» —murmuró—. Tan fácil como hubiese sido emplear la cuchillo o la pistola.

El llamarle brujo puerco no era una simple frase de Coria. Es que se había quedado tan profundamente escandalizado por la bestialidad del gitano, que empezaba a tenerle un terror loco. Montó en su auto y partió hacia el bar de papá Cagliari... Era aquél el punto de reunión de la mayor parte de los cuadrilleros italianos en Manhattan. Pero jamás nadie tuvo nada absolutamente que decir del viejo Cagliari. La Policía hacía alguna que otra vez una redada en el bar, situado en la calle Baxter, enfrente de Columbus Park, se llevaba a algunos rateros o a un «gangster» que no hubiera andado lo suficientemente vivo, y dejaba que las cosas siguieran su curso, porque tenía varios confidentes listos, aunque nadie supiera quienes eran.

Toby Garden se hallaba en uno de los reservados, con su lugarteniente. Fortunato se dejó caer en el sucio diván y pidió a papá Cagliari una botella de vino de Capri.

—¡Cielos! —dijo—. En mi vida vi otro hombre nacido de madre que tuviera tan pocos sentimientos humanos. Es como si estuviera uno constantemente al lado de una serpiente. ¡Santa María! Ha conseguido meterme miedo a mí.

—Cuéntame —dijo Toby. Éste parecía un poco serio. El calabrés se lo explicó.

—Dentro de un rato —terminó— saldré al bar para que todo el mundo me vea.

—Nunca maldeciremos bastante el momento en que llegó ese hombre aquí —dijo Toby, sombríamente—. Se ha convertido en la sombra negra de Bailey.

—Un día, cuando salga a trabajar con él, le meteré un cuchillo en la espalda. O lo hará cualquiera de mis muchachos. Luego, habrá sido un accidente.

—He estado pensando, Nato —dijo Toby pensativamente—. Y he echado una ojeada a algunos periódicos viejos. En uno de ellos encontré un artículo muy interesante, mucho.

Coria lo miró con asombro.

—¿A qué me vienes con ésas? No tengo tiempo ahora para ocuparme de historias y menos si son viejas. Cuando me acuerdo de aquel pobre hombre, me dan ganas de volver y darle de puñaladas para que no siga sufriendo. Te lo juro.

Toby sonrió torcidamente. Un momento después, Coria, terminada su botella, salió al bar. Allí, ante la obesa presencia de papá Cagliari y de otros diez o doce hombres, estuvo hasta que las primeras luces del alba anunciaron la salida del sol. Luego se fue a su casa, a dormir.

Un aullido espantoso rasgó la caliginosa noche, al mismo tiempo que la habitación se inundaba de luz. Un hombre maduro, con los cabellos en desorden y ojos en los que brillaba la locura, se precipitó hacia delante, hacia aquella silla en la que otro hombre permanecía sentado en una extraña actitud, con la cabeza muy derecha y los ojos desorbitados. Una parte de la lengua le sobresalía, tumefacta, entre los amoratados labios.

Los roncoss aullidos continuaron, mientras Andros trataba de quitar el torniquete del cuello de su amo. El policía de guardia en la esquina de la calle Cincuenta y Tres, llegaba corriendo, seguido por dos o tres personas que también lo habían oído.

Los engarabitados dedos de Andros no consiguieron deshacer los nudos marineross que Varka Maras apretase. Por eso, los golpes del policía en los entrepaños de la puerta y el ronco zumbars del timbre, llamaron la atención del griego antes de haber podido librar a su amo de «aquello».

Andros se lanzó a la puerta y la abrió. El fornido policía, un irlandés de rojos cabellos, lo apartó brutalmente del paso.

—¿Qué pasa para berrear así, viejo? ¿Te estaban comiendo los

gatos?

Una chaparrada de palabras griegas cayó sobre él. Con ademán conminatorio cogió a Andros por el brazo.

—Habla en cristiano. ¿Qué ha pasado?

El policía ya conocía a Andros, por haberlo visto muchas veces cuando el griego salía con su carrito para hacer la compra de los víveres. Imaginó que no era el griego a quien ocurría algo.

—Mi amo —jadeó el pastor—. Mi amo —hablaba con mucha dificultad en inglés. El policía, impaciente ya, lo apartó y se lanzó hacia el despacho, única habitación en la que veía luz. Al mismo tiempo, volviéndose hacia los curiosos les ordenó que no se movieran de la puerta.

Al entrar en la pieza, lanzó un silbido y, a pesar de su experiencia, se estremeció, porque la cara del senador Megara era horrible de ver. Inmediatamente, reaccionando, se aproximó hasta darse cuenta de que allí no había nada que hacer. Entonces, se volvió a Andros.

—El teléfono, viejo —pidió.

Cogió el auricular y marcó.

—Ponme con la seccional de la calle Cincuenta y Uno, muchacha —pidió a la telefonista de turno. Al cabo de un rato agregó—: ¿El teniente Johannsen? Aquí Mike, teniente. Tengo aquí un buen bollo delante de la nariz, señor. Han asesinado al senador Megara o como se llame, ese que vive en la esquina de la Sexta y la Cincuenta y Tres. Y, feamente que lo hicieron, sí, señor, muy feamente.

Colgó y se dirigió hacia los curiosos que cada vez se amontonaban en mayor número ante la puerta, pese a que la hora estaba ya muy avanzada.

—Fuera de aquí todos —ordenó—. Cuando vengan los autos patrulleros no quiero ver a ningún cristiano por estos alrededores.

Una vez que los fotógrafos hubieron acabado de tirar placas y los peritos en huellas de llenarlo todo de polvo, el teniente Johannsen, un escandinavo gigantesco, se volvió a Andros.

—Bueno, ahora nos va a decir todo lo que sepa. Procure hablar claro, abuelo y de no olvidarse de nada.

El griego había estado todo el tiempo sentado en una silla, insensible, con la cabeza caída sobre el pecho. Incluso los

endurecidos policías habían sentido compasión ante aquel dolor agudo y callado.

Por un momento no contestó. Al fin, levantó la cabeza y fijó los desvaídos ojos en el teniente.

—Él mató a mi amo —dijo—. Él lo hizo. Yo oí que lo dijo. Él lo ha matado.

—Bueno, de acuerdo, abuelo, pero ¿quién diablos es «él»?

—Él —Andros se levantó, con los ojos fijos y a pasos pesados se dirigió hacia la puerta—. Él lo hizo y yo voy a matarlo. Ahora.

Mike, el policía irlandés, se le echó encima para sujetarlo, pero ninguno de ellos sabía las enormes fuerzas del viejo pastor del Epiro. Éste, se le sacudió cómo podría hacerlo un San Bernardo con un lulú y continuó. Entonces, tropezó con el teniente Johannsen. Intentó hacer lo mismo con él, pero un puño gigantesco, parecido a una clava, lo golpeó en la mandíbula.

—Lo siento, abuelo —dijo el teniente inclinándose sobre él y poniéndolo en una silla—, pero no me gusta que la gente se vuelva loca cuando yo los interrogo.

Andros abrió los ojos y los fijó en su interlocutor. El teniente le puso un cigarrillo en los labios.

—¿Quién cree usted que fue, abuelo? —preguntó.

—Red.

—Bueno, y ¿quién es Red?

—El prometido de la sobrina de mi amo. Red... no me acuerdo. Él fue, él lo mató. Discutieron esta mañana. «Se arrepentirá» —dijo Red. Y entonces lo mató para que se arrepintiera...

—Este hombre está chiflado —dijo Mike.

En aquel momento, el médico que estaba inspeccionando el cadáver del senador levantó la vista.

—No lo golpearon más que en la boca, con algo blando. Luego le ataron al sillón, le pusieron el torniquete y... ¡clink!

—¿Cuánto hace que murió, doctor?

—No lo sé. Pero no pasa de una hora. No lo creo, al menos. Aún no empezó el «*rigor mortis*». El hombre tenía una constitución bastante robusta.

—Y, además, era senador —dijo el teniente, pensativamente—. Creo que a los federales les interesaría esto. No sé por qué me parece que lo voy a proponer. ¿Qué te parece?

—Allá usted, Claro que más vale ponerlos sobre aviso. Usted verá.

—Por de pronto, voy a charlar un poquito con ese Red «Comosellame». Quizá pueda decirme un par de cosas. Muchachos, intentad descubrir quién es, y en cuanto lo sepáis, decídmelo —descolgó el auricular—. Póngame con Center Street, señorita. ¿Jefatura? Póngame con el inspector Tolliver, de los federales.

Sonó un fuerte golpe en la puerta y Red fue a abrir. Ante él vio dos hombres, ambos de paisano, con sombreros y las manos en los bolsillos del gabán. Los dos parecían muy decididos.

—¿Red Caldwell? —preguntó uno de ellos, el más grueso.

—Yo soy —repuso el pintor, apartando de su frente el mechón de cabello rojizo—. ¿Qué se les ofrece? Si no me equivoco son policías.

El grueso le enseñó una chapa rápidamente.

—Tiene que venir con nosotros a la Jefatura. Ha de hablar con el teniente Johannsen. Ahora, enseguida.

Red Caldwell era inglés y conocía perfectamente sus derechos.

—¿De veras? Enséñeme la orden de detención. O, por lo menos, dígame por qué he de acompañarlos. Si no, no los seguiré ni en broma.

—Es para echarse a llorar —dijo el policía—. No le llevamos detenido, míster, sino ocurre, solamente, que el teniente Johannsen quiere hablar con usted un ratito. Amistosamente, como si dijéramos. ¿Qué, viene?

Red vaciló, pero solamente un momento.

—Está bien, iré con ustedes.

Media hora más tarde estaban en la Jefatura. El teniente Johannsen se encaró con Red Caldwell casi amigablemente:

—Bueno, amigo, ya sé que es usted extranjero y procuraré molestarle lo menos posible, pero tengo que cumplir con mi deber. ¿Sabe por qué le he llamado?

—No tengo ni la menor idea —contestó el pintor, fijando en él sus ojos azules—. Pero espero que me lo diga. De lo contrario me marcharé inmediatamente.

—No me impaciente. Quiero enterarme de qué es lo que sabe usted de la muerte del senador Megara.

Red saltó de su asiento, quedando en pie. Sus ojos fulguraron.

—¡Váyase al diablo! No sé ni de lo que me está usted hablando.

—Anoche mataron al senador Megara, ahorcándole en su propia silla de trabajo. Alguien le oyó a usted discutir con él unas horas antes y amenazarlo. Quiero únicamente aclarar el asunto. ¿Por qué lo mató?

Red entornó los ojos. Ya se había tranquilizado mediante un poderoso esfuerzo de voluntad.

—¿Me está acusando, teniente?

El teniente Johannsen no se atrevió a ir más lejos. Ya estaba comprobando que aquel hombre era difícil de intimidar.

—No, amigo, no intento acusarle. Preguntaba, nada más. ¿Quiere decirme lo que hizo ayer, a las once p.m., aproximadamente? Digamos, para ser más exactos, de las diez y media hasta las once y cuarto o cosa así.

—Hasta esa hora estuve pintando en mi estudio. Y más tarde, también. En realidad, puedo decir que estuve pintando desde las nueve p.m., hasta la una y media a.m. ¿Le basta?

El teniente Johannsen quedó un instante pensativo.

—Sí y no. ¿Había alguien con usted?

—Mi perro.

—No sea bromista. Quiero a alguien que haya estado con usted todo ese tiempo.

—Lo siento, no le puedo servir. Estuve solo.

En aquel momento se abrió la puerta del despacho y entró un hombre alto, que parecía bastante enfadado.

—Hola, Jim —le lanzó Red por encima del hombro—. Aquí me tienes, tratando de demostrar a tu amigo que yo no maté al senador. Escuche, hombre de Dios, el senador es... era, tío de mi prometida. No suponga que yo voy por ahí deshaciéndome de mis futuros parientes, para evitarme complicaciones posteriores.

—El asunto es más serio de lo que te crees, Red —dijo Jim Tolliver—. Quisiera que dijeras al teniente Johannsen todo lo que sepas.

Red Caldwell empezó a perder la poca paciencia británica que poseía.

—¿También tú? —preguntó, ferozmente—. ¿También crees tú que he matado al tío de Octubre? Nunca hubiera creído que, bajo tu apariencia de hombre aficionado al arte, hubiera un auténtico

policía, tan polizante como ese pasmarote que tenemos ahí delante —añadió, señalando con gesto ofensivo al teniente—. No tengo nada más que decir, sino que yo no lo maté, y que me importa un rábano lo que hayan podido decir. ¿Por qué no le preguntáis a Octubre? Ella estuvo conmigo hasta las nueve. Luego tenía que ir a casa de una amiga, en Ellis Island, donde pasaría la noche.

—¿Por qué amenazó usted al senador Megara? —preguntó Johannsen.

—Yo no lo amenacé, cabeza de piedra —gritó Red, poniéndole el puño bajo la nariz—. Pruebe a decir eso y le sacudiré un poco.

La mano de Tolliver cayó sobre su hombro pesadamente.

—Alguien te oyó hacerlo, por lo visto, Red. Y te agradecería que no nos insultases. A nada bueno puede conducir eso. En cuanto a Octubre, dentro de poco estará aquí, porque ya le hemos mandado aviso. Cálmate y procura recordar todos los detalles de tu conversación con el senador. Discutisteis por Octubre, ¿no es así?

Caldwell bajó la cabeza, un poco avergonzado por su arrebato.

—No podía ser por otra cosa. No quería que nos casásemos. Ya sabes lo que se dice en esos casos: «Se arrepentirá usted», etcétera, etcétera, pero, en realidad, no es eso lo que se piensa.

—¿No? —volvió a preguntar el teniente Johannsen.

Red se puso en pie y se le quedó mirando peligrosamente. Jim Tolliver hubiera debido advertir al teniente que con Red no se gastaban ciertas bromas.

—Repita eso, estúpido —le lanzó casi mordiendo las palabras— y le enseñaré algunas cosas que no sabe. Como, por ejemplo, la manera como me hacía yo con cascos de policías ingleses las noches de regatas. Y ellos no eran alfeñiques, precisamente.

Jim Tolliver lo sujetó fuertemente del brazo.

—¿Callarás ya, maldito? —gritó—. Escuche, Johannsen, no podemos hacer nada todavía, porque supongo que no querrá usted acusar formalmente a Caldwell.

Johannsen movió la cabeza.

—No, en efecto. Quiero tener la seguridad de que ha sido él o de que no ha sido. No me gustaría meterme en un bollo con un juez un poco quisquilloso. En cuanto a usted, amigo, cuando acabe esto, me explicará esas amenazas personalmente.

Red Caldwell salió, acompañado de Tolliver, y Johannsen los

siguió con la vista, hasta que se perdieron en un recodo del corredor. Luego llamó a Mike.

—¿Te has enterado ya de las visitas que tuvo el senador ese día? ¿Te lo dijo el diablo del griego?

—Sí, señor. No tuvo más que dos visitas: una, la primera, a las diez de la mañana; otra, la de Caldwell, que Dios confunda, con la chica, a las tres. Eso es todo.

—¿La primera?

—El griego se lo explicará mejor, señor; lo he traído aquí.

Andros pasó, con su lento y balanceante característico andar. El teniente lo hizo sentarse, y le preguntó acerca de aquella primera visita.

—Era un hombre más bien pequeño —dijo Andros, recordando con paciencia tenaz—. Cuando le abrí la puerta y notó mi acento, me dijo: «Dobro vece» (buenos días). Yo entiendo bien el serbio y le contesté también, y pareció muy satisfecho. Luego entró al despacho con mi amo y allí estuvieron hablando mucho tiempo.

—¿Qué aspecto tenía?

—Más bien pequeño, con traje negro... gastado. Sombrero negro, y largos bigotes, como los campesinos de mi país. Ojos muy negros. Era un... un...

—¿Un...? —lo animó Johannsen.

—Un g... no me acuerdo cómo se dice en inglés. No, no era serbio, aunque hablaba bien este idioma. Ni griego. Yo creo que iba a pedir dinero a mi amo. Ayuda. Siempre ayudaba mi amo a los g...

Mike empezó a impacientarse.

—Vamos, viejo, trata de recordar. ¿Un... qué?

—No me acuerdo. Mi amo siempre los ayudaba, porque sus abuelos también lo fueron. Iban por los caminos en carros. En Grecia he visto muchos.

—¿En carros? —preguntó Johannsen.

Mike tuvo una súbita ocurrencia.

—¿Gitano? —preguntó.

Andros movió la cabeza afirmativamente.

—Eso es, «gypsie» —dijo—. Estoy seguro. Era un gitano.



CHICOS Y MAYORES
VEN Y LEEN
AVENTURAS DEL F. B. I.

IV



17 de junio de 1950:

EL «New York Courier»,

«Acusado del asesinato, ha sido detenido el pintor inglés Red Caldwell. Se acusa de haber matado al senador Marko M. Megara, crimen que recordarán los lectores. El senador Megara apareció en la silla del despacho de su casa, con un torniquete al cuello, estrangulado y con las ropas empapadas en agua. Red Caldwell acababa de reñir con él por cuestiones familiares, y la Policía piensa que pudo volver y matar al viejo. Pero el crimen no parece obra de un hombre exasperado momentáneamente, sino el trabajo de una

inteligencia cruel y fría. Eso, al menos, es lo que ha dicho el inspector Tolliver, de los federales. Y nosotros nos inclinamos a pensar lo mismo. Caldwell no parece en absoluto el hombre capaz de asesinar a otro fríamente, aun cuando, enfurecido, podría ser peligroso. A este respecto, informamos a nuestros lectores que, durante el careo preliminar, Andros Zacariades, el criado griego del senador Megara, se lanzó sobre Caldwell como una fiera, intentando matarlo y acusándolo de haber asesinado a su amo. Ante esta acusación, Caldwell repelió la agresión y se enzarzaron en una pelea a puñadas. Cinco robustos oficiales de Policía pudieron separarlos a duras penas, pero, entre, tanto, habían medio deshecho el mobiliario de la oficina.

»El juicio tendrá lugar a primeros de julio, cuando la Policía haya recopilado pruebas firmes, y ampliado las circunstanciales».

Ambos hombres bebieron sus vasos y Richard Vogel volvió a llenarlos. Varka Maras, sin peluca ni cejas y bigotes postizos, estaba sentado en un sillón, echado, casi mejor dicho, porque tenía las piernas extendidas ante sí en una posición que, evidentemente, no debía ser nada incómoda.

Richard Vogel terminó de hojear el diario y levantó la vista, sonriendo.

—Muy bien, Varka, muy bien. Has hecho las cosas mejor aún de lo que yo esperaba. Y bien sabe Dios que esperaba que las hicieses bien.

—No costó mucho trabajo... El hombre estaba ten aterrado que ni se le ocurrió gritar siquiera. Imagínate. Claro que antes... de morir, le dije cómo moriría. Así, murió dos veces, en realidad.

—¿Qué coartada tienes?

—La mejor. Estuve jugando al póker en mi pensión, con un viejo militar retirado, de la Legión americana; un corredor de Bolsa y una respetable señora, ya bastante... entrada en años. Pondrán las manos en el fuego. Según el médico, murió a las once o cosa así. Pues desde las nueve y media yo estuve jugando, hasta casi las

doce.

Richard Vogel rió abiertamente. Por una puerta a medias disimulada entre los artesonados y librerías, apareció Bailey, la cabeza visible de la organización Vogel. Al entrar se quedó mirando curiosamente a Varka.

—Eres un diablo —dijo Richard—. Creo que tendré que agradecer al Destino el haberte puesto en mi camino.

—No te olvides de agradecermelo también a mí —repuso el otro—. Necesito mucho dinero.

—Lo tendrás. A propósito, Varka: ¿por qué molestas a los hombres que trabajan contigo? Tengo un buen elenco de «guapos» y no me gustaría verlo deshacerse.

Varka Maras levantó las cejas, irónicamente:

—¿No sabes, Richard? Se debe siempre ofender a los demás, aun cuando no sea más que por cuestión de principios. Además, ofendiéndolos se adquiere sobre unos indudable victoria psicológica. Luego, a moverlos, como juguetes mecánicos.

—Tenga usted cuidado con Coria, «míster Smith» —avisó Bailey, moviendo la rubia cabeza, en la que ya raleaba el pelo—. Un día se cansará de sus bromas e insultos y le clavará un puñal en la espalda o lo matará de un tiro.

Varka Maras rió insultantemente.

—¿Ése? —preguntó, con un desprecio que azotaba como un látigo—. No es más que un «gigoló», al que enseñaron a manejar las pistolas. Un cobarde gimoteante. Pero si casi se volvió atrás cuando lo de Megara. Le vi en la cara las intenciones de despachar al senador a tiros o puñaladas; pero, claro, si lo llega a hacer lo mato allí mismo. Por cierto, que es una idea. Un día mataré a uno de los «gangsters», de una manera científica, claro está, y lo dejaré junto al cadáver del senador que sea. Todos creerán en un mutuo asesinato.

Bailey se estremeció, pero Vogel se limitó a mover la cabeza negativamente:

—Ni pensarlo, Varka. Necesito a todos mis muchachos. También necesito...

—Sí, ya lo sé. Liquidar esa casa de juego en... ¿cómo se llama?

—Hackensack —dijo Bailey, sombríamente.

—Eso es. Bien; como de costumbre, me llevaré a Coria, y esta vez también a Toby Garden. Es necesario que vayan aprendiendo un

poco.

Vogel volvió a reír, con aquella risa profunda que parecía salida del propio estómago.

—Sí, eso es, querido Varka; debes enseñarlos muy bien, por si acaso algún día te coge la Policía «a ti».

Hackensack se puede casi considerar como una barriada de Jersey City. Al final de la amplia avenida que la divide en dos, en la confluencia de la carretera número cuatro, hay un espeso bosquecillo de álces y pinos. En el centro de este bosquecillo, un gran hotel de ese estilo seudocolonial español, de que tanto gustan los americanos ricos. Aparentemente, aquello era un lugar de recreo, con un laguito artificial, donde se podía pasear en barca, nadar, un campo de tenis y todo lo necesario, en fin, para hacerla lo más cómoda posible.

Pero, por la noche, se jugaba allí y, además, se jugaba fuerte. La Policía había hecho la vista gorda hasta entonces, porque sacaba buena tajada y, además el asunto era discreto. Se apostaban grandes sumas, es cierto, pero sin escándalo y «casi sin trampas».

El automóvil, negro, cerrado, un «cupé» «De Soto», se detuvo a la entrada del bosquecillo de pinos y cuatro hombres descendieron de él. Uno de los hombres llevaba a la espalda algo así como una mochila de gran tamaño, y otro, un largo tubo enrollado. Los otros dos llevaban ametralladoras ligeras.

La pálida luz de la luna iluminó la cara del de la mochila. Espesas cejas, bigotes colgantes y mechones de cabello gris escapándose por debajo del sombrero. Los otros llevaban pañuelos en la cara, pero el hombre del tubo enrollado tenía la inconfundible obesidad de Toby Garden.

Casi a la entrada de la casa, les cerró el paso un hombre. Iba vestido de etiqueta y sus anchos hombros hablaban de una fuerza de toro.

—Lo siento, caballeros, este lugar es particular. Habrán de retirarse enseguida.

Fortunato Coria le metió el cañón de la «Mitra» en el costado y las manos del otro se alzaron instantáneamente. Luego, el italiano le golpeó fuertemente en la cabeza y el grupo prosiguió su camino en silencio.

Al llegar al amplio porche que se extendía ante la casa, se

detuvieron, pero nada más que un momento. Luego, Coria avanzó hasta la puerta y la golpeó. Una mirilla se abrió en la parte superior de los paneles y una cara asomó por ella, tratando de ver a los visitantes. No fue más que un momento, pero ya la ampolla de gas narcótico que el italiano llevaba en la mano derecha estalló a un centímetro de su cara. El vigilante se vino al suelo, tras un momento de vacilación, y entonces, el compañero de Coria, uno de sus hombres, cuya pistola ametralladora estaba provista de un tubo silenciador, envió una chaparrada de balas contra la cerradura, haciéndola saltar con fuertes crujidos y desgarrar de hierro. Al instante, los cuatro hombres entraron violentamente en la casa.

Estaban en un salón enorme, a lo largo de cuyas paredes se alineaban sofás y sillones. De la habitación vecina les llegó el monótono chasquear de las bolitas de ruleta y el canto de los «croupiers». Pero los ruidos de la ruptura de la puerta debían haber sido oídos, porque un hombre, igualmente en traje de etiqueta, apareció en la puerta de comunicación. La pistola del ayudante de Coria envió su carga en su dirección y el hombre se dobló en dos, rodando de una manera grotesca al suelo. Charles Meadows, el hombre que no había querido ser integrado en el sindicato de juego formado por Vogel, había muerto.

Se oyeron gritos de mujeres, rodar de sillas por el suelo y hubo una desbandada general hacia la puerta, pero allí estaban Varka y los suyos. La gente, al ver las amenazadoras bocas de las ametralladoras, palideció, y los hombres levantaron las manos.

—Que nadie se mueva —ordenó Coria—. Vayan, uno a uno, poniéndose en aquel lado de la pared. ¡Vamos, de uno en uno!

La masa obedeció, temblorosa. Uno a uno fueron pegándose a la pared, adonde el extendido índice de Coria les ordenaba. Y, en aquel momento, resonó el primer disparo.

El hombre de Fortunato había intentado entrar en el salón de juego, pero los «croupiers» y algunos de los empleados estaban armados de pistolas y dispararon sobre él, hiriéndolo en un brazo. Fue entonces cuando los aterrados espectadores vieron algo que les heló la sangre en las venas.

El hombre de los largos bigotes, aquel que llevaba la extraña mochila a la espalda, avanzó un paso, seguido por el que portaba el tubo. Adaptó éste rápidamente a un caño que sobresalía de la

mochila y apuntó hacia el salón de juego. Fue algo horrible. Una llamarada cegadora, súbita, de cerca de veinte yardas de longitud, surgió de la boca de «aquello» y fue a incrustarse silbando en la pared frontera del salón de juego. Se oyó un grito atroz, inhumano, cuando la onda de fuego alcanzó a uno de los «croupiers», y el chorro saltó sobre una mesa, detrás de la cual se habían parapetado varios de los hombres de Meadows. La madera ardió con ásperos crujidos y los artesonados de la pared empezaron a echar humo. El calor era horroroso en la habitación y el espectáculo tan repugnante, que dos mujeres se desmayaron. Uno de los empleados de Meadows, un hombre de cabello cano que ardía ferozmente, se precipitó, lanzando ululantes gemidos, hacia delante, y todos pudieron ver claramente cómo de las órbitas de sus ojos saltaban llamas azules.

—¡Fuera de aquí! —ordenó la voz del hombre del lanzallamas.

Y los cuatro asaltantes retrocedieron, de espaldas hacia la puerta, mientras el salón de juego se tornaba en horno incandescente y humeante. Los agudos y martirizadores gritos de las mujeres se superponían, excitando los nervios, ya medio deshechos, de los hombres. Y entremedias de aquella batahola, los asesinos se retiraron.

Subieron al coche rápidamente, y el conductor —Coria— empujó el acelerador casi al mismo tiempo que daba vuelta al encendido. El «De Soto» dio un salto hacia delante, como un caballo, y partió, en el momento en que la aterrorizada manada de gente empezaba a salir buscando el aire puro. Dentro quedaban algunas mujeres desmayadas o heridas por los pisotones.

Una llamarada ascendió hacia el cielo cuando las lenguas de fuego que lamían el tejado tropezaron con el depósito de petróleo para las motoras del lago. Aquella llamarada fue vista perfectamente desde Manhattan, a siete millas de distancia.

Cuando los bomberos llegaron, la casa y parte del pinar eran pasto de las llamas y había no menos de diez víctimas. Todo ello, en el espacio de pocos minutos. El automóvil de los asaltantes estaba ya en Newark; llegó a Elizabeth a las doce y media. Y a la una, deshecho ya el grupo, cada uno tomó el «ferry» de Staten Island a Brooklyn.

Fortunato Coria, más que escandalizado por la matanza, estaba

verdaderamente aterrorizado por la maldad de Varka Maras. En su cerebro, bastante sencillo, en realidad, se estaba abriendo paso la idea de que aquel individuo solo podría conducirlos a la ruina o a las manos de la Policía. Toby Garden, más listo que él, lo resumió en unas cuantas palabras:

—Ese hombre es todo él «malo», «Nato». No tiene ni una sola fibra de bueno dentro del cuerpo. Mira: nosotros hemos hecho muchas cosas durante nuestra vida, pero cuando lo necesitábamos, no por gusto. Tengo un par de chicos en casa, un par de angelitos, que no tienen ni idea de que su padre es... bueno, lo que sea. Puedes asegurar que, a veces, siento deseos de...

—Estás hablando demasiado, Toby —dijo el calabrés, abruptamente. Nadie más que él sabía de aquella muchacha de su tierra, la de los ojos negros como las noches de luna, a la que abandonó cuando embarcó para América, hacía ya más de veinte años. Si se hubiera casado con ella, puede que ahora tuviera un par de «bambinos» o tres—. De nada sirve lamentarse, cree yo. Pero ese hombre...

Toby lo miró atentamente. Por fin pareció decidirse:

—Escucha, «Nato». Hemos trabajado juntos varias veces, y en ocasiones, tuvimos alguna diferencia. Aquello ya se solucionó, y no creo que tú fueras a traicionarme ahora.

—Un calabrés no traiciona jamás —anunció Coria, tocándose el pecho con una mano. Un siciliano, puede; pero un calabrés...

—Bueno, escucha: ¿te has dado cuenta de que los dos hombres a los que tenemos que matar son senadores? Esto nos va a echar encima a...

—¿La Policía? Bueno, ¿y qué?

—No, a los federales. Al

F. B. I.

Coria se irguió en su asiento.

—¡No!

—Sí, y no tardando mucho. Ya lo verás. Puedo decirte que si la cosa se pone fea, me vuelvo a Chicago volando. No quiero líos con el Gobierno. De la Policía te escapas mejor o peor, pero de los federales...

Coria quedó en silencio unos segundos.

—Hablaré con mis «bonitos» —dijo, por fin—. Tampoco a mí me

gusta eso. Siempre he procurado no tocar cosas que hiciesen intervenir a los federales. No son gente de fiar. Lo cogen a uno, aunque uno se meta tres yardas bajo tierra. No, gracias. Hablaré con los chicos y ya veremos lo que se hace. Podemos obrar juntos, Toby.

—Eso espero. Bueno; me parece que ya es hora de irse poniendo al cuello la cebadera. Te invito a tomar algo en lo de papá Cagliari.

—Si es que puedo pasar bocado. ¡«Porca vita»! Cuando me acuerdo de aquel olor, me parece que no voy a poder comer carne nunca más.

Jim Tolliver palmeó afectuosamente la espalda de Octubre, pero su cara continuaba seria.

—Vamos, vamos, Octubre, un poco de valor.

La joven lo miró con los ojos cuajados de lágrimas. Estaban en una droguería de la calle Cuarenta y Cinco y Tolliver había pedido un par de helados de fresa. El de Octubre estaba aún intacto.

—No puedes comprenderlo, Jim. Es como si a una le cayese el mundo encima de pronto, sin avisar. El tío Marko... muerto —la palabra salió trabajosamente de sus labios—, y... Red, acusado de su muerte. Creo que... que no voy a poder soportarlo.

Sus labios temblaron un momento y Jim comprendió que sólo la fuerza de voluntad de la muchacha le impedía, echarse a llorar allí mismo. Llevaba dos días, desde que detuvieron a su prometido, sin dormir y casi sin poder pensar. Como ella decía, aquello había sido demasiado duro para poder asimilarlo de una sola vez.

—Escucha, Octubre —le dijo, mientras encendía un cigarrillo y contemplaba fijamente la llama del encendedor—: no debes preocuparte tanto. Aunque parezca que no, en este país hay Justicia. Y esa Justicia trabaja de tal manera que, mientras no se demuestre lo contrario, un hombre es inocente. Tenlo en cuenta.

—Pero tú crees también que él es culpable —le acusó la joven, mirándolo con dureza—. Tú, su mejor amigo.

—Tienes razón. No en que crea que él es culpable, sino en lo de que soy su mejor amigo. Y es por eso por lo que estoy trabajando a toda presión, créeme. Escucha...

Ella cogió lentamente la copa del helado y la hizo girar pensativamente entre sus dedos.

—Escucha —repitió Jim Tolliver—: estoy muy preocupado por una cosa Yo sé que Red jamás hubiese asesinado a tu tío. Red es

hombre capaz de pegar una paliza a otro en un momento dado, pero no es de los que matan. Y la manera como asesinaron a tu tío...

—¡Por favor, Jim! —suplió ella, estremeciéndose.

Dos lágrimas pesadas se pegaron a sus párpados.

—Bueno, pues eso. Aquello revela una mentalidad criminal. Si le hubiesen dado un tiro al senador, yo hubiera pensado que podía haber sido cualquiera: un ladrón, un cuadrillero, un «gangster»... No, el que hizo eso no podía prescindir del toque espectacular. Pero hay algo que me llama mucho la atención. Dos cosas: la primera, que tu tío recibió una visita el mismo día de su muerte. Tú misma nos hablaste de ella a Red y a mi aquella mañana, en el estudio de tu prometido. La segunda es algo que me anda rondando por la cabeza desde que Johannsen me lo explicó.

—¿Qué es ello, Jim?

—Nada, una tontería, pero que no encaja dentro del cuadro creado por el asesino. «¿Por qué tu tío tenía toda la pechera de la camisa mojada?».

—Quizá se desmayó y le hicieron volver en sí echándole agua. ¡Oh Jim, es horrible! Pensar en lo que debió sufrir el pobre hombre, tan bueno, cuando apretaron aquella cosa horrible... ¡Yo... creo que no voy a poder resistirlo!...

Jim le palmeó una mano cariñosamente, Como podría haberlo hecho un padre.

—Calma, nena. Esas dos son las cosas que yo quiero averiguar. Y tú puedes ayudarme. ¿Lo harás?

Él sabía perfectamente que poca ayuda podría esperar de la joven, pero quería, sobre todo, hacerle olvidar aquellos horrores al ponérsela trabajar en algo absorbente. Octubre remeció la cabeza afirmativamente.

—Magnífico —dijo él—. Verás; ante todo vas a procurar meter en la cabeza de Andros que Red no mató al senador. Ten en cuenta que él será un testigo de cargo en la acusación, y un testigo muy importante. Procura enterarte, por todos los medios, de algo referente a aquélla, visita que tuvo tu tío por la mañana. Si lográsemos dar con ese hombre... No es que vaya a suponer que él sea el asesino, pero tal vez podría explicar algunas cosas. Y luego, Red hace todo más difícil con esa actitud suya. Se ha peleado con

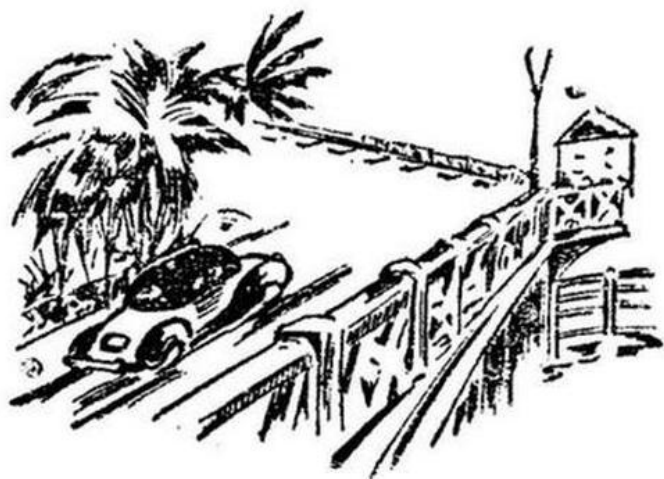
Johannsen, que es un buen muchacho, y parece dispuesto a pegar fuego a la seccional de Policía. Ten en cuenta que yo, hasta que se reciban noticias de Washington, no estoy vinculado directamente con el caso. Por eso es por lo que tengo que andar con pies de plomo.

La muchacha dejó la copa en la mesa y se puso en pie.

—Gracias, Jim —dijo, sencillamente—. Has sido una gran ayuda para mí y haré todo lo que pueda. Dime tú lo que he de hacer.

Él sonrió.

—Así me gustas más, Octubre. Escúchame atentamente...



Por 1,25 pesetas
LOS PADRES PUEDEN REGALAR
A SU HIJO LO MEJOR DE LO MEJOR:
Un cuaderno de
AVENTURAS DEL F. B. I.

V



A joven caminó rápidamente hasta alcanzar su coche, aparcado una manzana más allá, y el hombre que leía el periódico, apoyado contra el poste de anuncios, dobló la hoja y la siguió perezosamente.

Aún no hacía demasiado calor en Nueva York, a pesar de lo avanzado del mes de junio. Una fresca brisa venía del Atlántico y la mañana estaba verdaderamente espléndida, con un intenso olor a jazmines que le llegaba desde el cercano parque Hamilton.

Al trepar al vehículo pudo ver, antes de dar la vuelta a la llave del encendido, que el hombre del periódico se metía en un coche negro parado al lado del cordón de la acera, y sonrió. Sabía que aquel hombre había sido puesto allí por Jim Tolliver para protegerla, pero de qué tenía que protegerla era algo que no sabía aún.

Decidió acercarse a su casa, para hablar con Andros. Por regla general, ella vivía en un departamento, amueblado, en la calle Dieciocho Oeste, pero pasaba grandes temporadas en casa de su tío Marko, al cual no le gustaba que ella viviese sola. Ahora, pensó, era la ocasión.

Guió a través del tráfico, no muy numeroso a aquellas horas, hasta alcanzar la calle de Lafayette, donde se vio atrapada al cerrarse el paso de carruajes delante de ella. Y el coche negro continuaba pegado a su parachoques posterior.

Cuando llegó a la casa de la Sexta Avenida vio que el criado griego tenía echadas todas las cortinas de las ventanas y estas cerradas. Hubiera creído, sin duda, que era una falta de respeto para con su amo muerto, el haberlas tenido abiertas. Las madreselvas, bañadas por la ligera lluvia de la noche anterior, exhalaban un perfume un poco turbador, tal era su exuberancia.

No necesitó llamar, porque ella siempre llevaba una llave en el bolso. Con el rabillo del ojo vio cómo el coche negro se había detenido en la manzana vecina, en el apeadero del Hotel Warwick, donde su conductor pensó que pasaría inadvertido.

Cuando entró, una escena extraña se ofreció a sus ojos. Andros estaba sentado en un sillón del «*hall*», con la cabeza entre las manos, y la cocinera negra, la gorda Emancipación, estaba diciendo algo, con su voz de registro agudo y cadencioso. Al oír la entrada de la joven se volvió hacia ella.

—Señorita Octubre —dijo—: gracias a Dios que viene usted. No sabe lo cansada que estoy, tratando de que este cristiano coma algo, y nada, que no lo consigo. A ver si usted puede hacer que entre en razones, señorita Octubre, porque si no se va a morir mismamente como un gorrión en invierno.

Octubre le hizo señas de que los dejara solos y se inclinó sobre la abatida figura de Andros.

—Escucha, Andros —le dijo, dulcemente—: nada lograrás dejándote morir de hambre. En vez de ello podrías ayudarme a encontrar al malvado que... mató al tío Marko. ¿Verdad que sí lo harás, querido?

Él levantó los ojos oscuros, que brillaban como carbunclos.

—No me dejaron matarlo a mí mismo, señorita Octubre —dijo, en su espantoso inglés—. Yo quise matarlo, pero no me dejaron.

Ella dio un paso atrás, horrorizada.

—Pero ¡por Dios, Andros!, estás completamente equivocado. ¡Red no fue quien mató al tío, estoy completamente segura! —En un raptó se arrodilló ante el viejo y le cogió las rodillas con ambas manos—. Te estoy diciendo la verdad, Andros; te la estoy diciendo. Red no pudo hacerlo porque nos íbamos a casar. Ha sido otra persona, otra... —Una frase de Jim Tolliver se le vino a la memoria. Dudó un momento en acusar a un inocente, pero era tal su fe en la inocencia de su prometido, que la vacilación no fue más que instantánea—. ¿No recuerdas, Andros —preguntó—, que el tío Marko recibió una visita aquella mañana? ¿No lo recuerdas? Tú mismo lo dijiste a la Policía. ¿Qué quería ese hombre? ¿Lo sabes?

El viejo pastor continuó mirándola fijamente, pero nada en su rostro decía si la creía o no. Al fin habló:

—Seguramente venía a pedir dinero al señor Megara. Algunas veces vinieron otros hombres como él, otros... gitanos, y siempre los ayudaba, y el señor Megara le ayudaría también a él, ¿por qué había de matarlo?

Sí, claro, exactamente lo mismo pensaba Octubre, pero sabía que si se perdía aquella oportunidad, se volvería loca al pensar en su Red en la cárcel y su tío muerto.

—Si quería ayudarlo, mi tío habrá apuntado su dirección en alguna parte, algo... —dijo, desesperadamente—. Voy a buscarlo. Quisiera, Andros, dar con el paradero de ese hombre. Quizá él pudiera ayudarnos, decirnos algo.

El griego se levantó pesadamente y la siguió hasta el despacho. Algo espeso y cálido subió a la garganta de Octubre cuando vio aquella habitación, tan querida para su tío, vacía. La Policía había registrado todo con su minuciosidad acostumbrada, sacado fotografías, y podía estarse casi seguro de que nada había escapado a sus ojos. Octubre dirigió una desamparada mirada a su alrededor. Luego, de pronto, tuvo una inspiración.

Cogió el teléfono y marcó un número. Una voz femenina le contestó casi al instante.

—¿Eres tú, Linda? —preguntó Octubre—. Avisa al señor, pero date prisa.

Un momento después, una voz varonil, ligeramente ronca, pero dotada de un tono persuasivo, como aquel que ha tenido que hablar

mucho en público, llegó a su oído:

—¿Octubre? Siento, hija mía, que no hayas venido a casa. No me gusta pensar que estás sola ahí, en ese caserón... Lamento mucho lo ocurrido, querida.

—Gracias, míster Bryan. No vivo aquí, sino en mi departamento. No debe usted preocuparse por mí. Míster Bryan... quería preguntarle si sabe usted algo por lo que... hayan podido... bueno, por lo que alguien se haya creído obligado a hacer esa cosa horrible con el tío Marko.

Ulises T. Bryan, senador, con Marko Megara por el Estado de Nueva York, no contestó de momento. La pausa que siguió hizo acelerar los latidos del corazón de la joven.

—No sé quién pueda haberlo matado, querida Octubre —dijo por fin—. Yo estoy tan sorprendido como tú. Tu tío era un hombre, que, prácticamente, carecía de enemigos. Cumplía siempre con su deber, era desprendido y generoso con los demás... Jamás atacó a nadie duramente en el Congreso. No, nunca lo hizo. Y sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué? —preguntó Octubre, desesperanzada.

—No puedo hablar por teléfono, querida. Y aún es algo que no sé si debiera decirte. Pero comprendo, querida, que te encuentras en una posición muy difícil. Ya he visto por los periódicos que Red está detenido. ¿No crees tú que...?

—No —cortó, secamente, ella—. Red no ha sido. Fue algún otro, alguien que tenía interés en que el tío Marko desapareciese. No se libraron de él en un momento de acaloramiento, míster Bryan; lo lucieron fríamente, gozándose en ello. La misma Policía opina así —añadió, impulsivamente.

—Octubre —la voz de míster Bryan se suavizó mucho—: hazme un favor. No me he atrevido a decirlo todavía, porque la Policía no debía enterarse, pero, en alguna parte del despacho de tu tío, tiene que haber un legajo de papeles. Lo reconocerás, porque en la primera página, y en la portada, está escrita la palabra «*Affaire*». Así, nada más, sin especificar qué clase de asunto es. ¿Quieres buscarlo? Confía en mi Octy; esto es muy importante.

—Espere un poco —la muchacha, casi jadeando por la excitación, se dirigió a la mesa de su tío y empezó a abrir los cajones, de los cuales el precinto policíaco había desaparecido hacia

algún tiempo.

Uno tras otro, los fue revisando sin encontrar nada. Los oscuros ojos de Andros seguían sus movimientos vigilantemente.

—¿Qué busca? —preguntó, por fin, acercándose a ella.

—Unos papeles que el tío Marko debía tener, aquí, en la mesa —dijo la joven, agudamente—. No los encuentro...

—Vi que tenía unos papeles cuando yo me marché aquella tarde —dijo Andros, trabajosamente—. Eran grandes, amarillos.

Octubre corrió al teléfono.

—Míster Bryan: ¿eran unos papeles amarillos los que tenía que haber aquí? ¿Folios?

—Sí, Octy —la voz de Bryan sonaba también muy agitada, como si estuviese conteniéndose—. ¿Los tienes, querida, los tienes ahí?

—No, míster Bryan, no los tengo. Pero Andros se acuerda de ellos. Esos papeles estaban encima de la mesa del tío Marko cuando... aquella tarde horrible.

—Los tendrá la Policía, Octy, querida, ¿no podrías...? Quiero decir, conoces a alguien de la Policía, ¿verdad? ¿No podrías intentar que te dijese lo que han hecho de ellos? Es muy importante.

—¿De qué se trata, míster Bryan? —preguntó Octubre, un poco fríamente.

—Era el trabajo en que estábamos ocupados, querida —respondió el senador, con un suspiro—. Si la Policía no lo tiene, toda nuestra labor de un año se habrá perdido.

—Espere un momento —repuso ella—. Voy a llamar a Jim Tolliver. —Si alguien sabe algo, él es.

—Esperaré tu llamada. No tardes, por favor.

La joven colgó y pidió comunicación con Center Street. Al cabo de un momento, la grave voz de Tolliver llegó a su oído.

—Escucha, Jim —dijo ella—: acabo de hablar con el senador Bryan, el compañero de tío Marko.

Y le puso al corriente de la conversación. Jim la escuchó sin hablar, hasta que ella terminó. Luego dio un silbido.

—Espera, que preguntaré a Johannsen —pidió. Aún no habrían transcurrido tres minutos, cuando ya estaba de vuelta—. Fue revisado perfectamente el escritorio de tu tío. «No había en él» papel alguno de esas características.

—¿Entonces...?

—Un tanto a favor de Red, querida. El asesino, no otro, fue quién se llevó esos papeles. ¿De qué habrían podido servirle a Red? ¿No te ha dicho el senador qué habla en ese legajo?

—No.

—Espérame en tu casa. Voy allí al instante. Y escucha, bajo ningún pretexto trates de quitarte de encima al hombre que puse para que te siguiera, ¿comprendes? O mucho me equivoco, Octubre, o... bueno, no me gustaría verte sola. Estamos luchando contra alguien que no tiene ningún escrúpulo, ninguno en absoluto.

—Descuida, Jim.

Octubre colgó el teléfono y la voz de la criada negra de Bryan le contestó. El senador, dijo, estaba en aquel momento tomando su medicina. Octubre sabía que Bryan era hiperclorhídrico, y que los médicos le habían avisado sobre la conveniencia de cuidarse de su estómago. El exceso de jugos gástricos es una de las principales causas de las úlceras de estómago.

Un momento después oyó la voz de Bryan. En ella se revelaba una gran ansiedad.

—¿Qué hay, querida?

—No había ningún papel de éstos en el despacho de mi tío Marko —repuso ella.

De una manera vaga, por la excitación de los dos hombres, Octubre se había dado cuenta de que aquello revestía una gran importancia. En qué pudiera consistir tal importancia, era lo que no sabía.

—¿Estás segura? —preguntó el senador, casi en un susurro.

—Sí, míster Bryan.

Hubo un silencio.

—Está bien, Octubre; está bien. Creo que ahora sé por qué mataron a tu tío.

—¿Cómo? —preguntó incrédulamente, latándole con violencia el corazón.

—No puedo decirte nada, querida, por ahora. Ya lo sabrás más adelante.

—Pero no podrá ocultarlo por mucho tiempo, míster Bryan. Un policía va a venir a mi casa ahora. Y supongo que querrá hablar con usted.

Hubo una pausa y Octubre creyó percibir la voz de Linda, la

criada de Bryan, decirle algo a su señor. Luego, el senador habló de nuevo:

—Si no hay más remedio, querida, hablaré con ese policía. Pero quizá no sea necesario.

Oyó el «clic» del auricular al ser cortado y ella colgó, a su vez. Luego se volvió hacia Andros:

—Procura acordarte, Andros, y decirme si notaste algo de particular en aquel hombre.

—Era un gitano —respondió él—. Con largos bigotes grises. Y no sé nada más.

Jim Tolliver llegó casi enseguida, en un coche negro; conducido por un agente uniformado de la Policía Metropolitana. Octubre le esperaba en la puerta y subió rápidamente. La distancia hasta la casa del senador Bryan no era larga, ya que vivía en la Cincuenta Oeste. Cruzaron Broadway, y allí, un tapón de coches los hizo esperar cerca de cinco minutos ante el Capitol. Un momento después llegaban a la casa de Bryan.

Linda, una esbelta negrita de unos veinte años, les abrió la puerta y pasaron al «*hall*». El senador se reunió con ellos al cabo de un par de minutos.

—Le presento al inspector Tolliver —dijo Octubre, mientras Bryan estrechaba la mano de Jim—. Él cree que usted posee información que podría ayudar algo al pobre Red. ¿No es así, míster Bryan?

El senador era un hombre de gran corpulencia, evidentemente muy aficionado a los placeres de la mesa; de rostro rubicundo y cabeza casi calva. Ahora parecía casi congestionado.

—No sé, querida —empezó, con aquella voz que empleaba para convencer a los republicanos en el Congreso—, si lo que voy a decir al inspector puede o no ayudar a tu prometido, pero sí, quizá, a esclarecer la muerte de tu tío. Esa muerte que ha hecho vibrar de indignación el corazón de todos los hombres honrados del país. Esa muerte alevosa que...

—Míster Bryan —intervino Tolliver—. Perdone, pero ¿qué es lo que puede decirnos?

—A ello voy, señor. Esto no es, desde luego, una noticia oficial, ni yo hago esta comunicación con vistas de que sea publicada por la Prensa. Bien al contrario mi deseo es que se guarde el más absoluto

de los silencios sobre esta espontánea declaración por mi parte.

La ampulosidad verborreica del senador estaba sacando de quicio a Tolliver, pero ya había calado a su hombre. Sabía que era muy inteligente, pero que sus oyentes se dormían en el Congreso muchas veces, y él quería estar muy despierto.

—Y ¿es? —preguntó.

—Una vez contando con la garantía de que no será aprovechada mi declaración —de interés nacional, por otra parte— para alimentar las columnas de los rotativos, ávidos de sensacionalismo, pasaré a decirle, inspector, que el trabajo que nos ocupaba a mi desgraciado amigo, el senador Megara, y a mí... ¡Ah, gracias, Linda querida! —La criada negra acababa de entrar llevando una bandeja, en la que había una cajita, un vaso de agua y una cucharilla. El senador abrió la caja, y con la paletita de cristal, sacó una cierta cantidad de polvos blancos—. Mi estómago —aclaró—. Mi hiperclorhidria me hace sufrir mucho. He de tener gran cuidado con lo que como y tomar bicarbonato cada cierta cantidad de tiempo.

Echó el bicarbonato en el agua, lo revolvió rápidamente y lo tomó de un solo trago. Por regla general, en esta operación siempre queda cierta cantidad de polvo formando una especie de barrillo en el fondo del vaso, pero no ocurrió así en el del senador Bryan. Sin duda tenía ya una costumbre, que databa de muchos años.

—Jamás lograré acostumbrarme a este execrable sabor —aclaró, carraspeando—. Bueno, inspector, continuando con lo que le decía, añadiré que el asunto que nos ocupaba era de la mayor importancia. En los documentos desaparecidos estaba todo lo que habíamos logrado reunir, con la ayuda de algunos elementos policíacos, sobre el nuevo sindicato de juego formado aquí, en Nueva York, y que tiene ramificaciones en Chicago y en San Luis.

Tolliver puso los labios como si fuera a silbar, pero ningún sonido salió de ellos.

—¿Pruebas? —preguntó.

—Algunas, aunque esperábamos reunir más. Hay un hombre, antiguo contrabandista de licores cuando la prohibición, un tal Vogel, que ha logrado reunir en uno solo a los...

Tolliver no le dejó acabar. Se dirigió al teléfono y pidió comunicación con Centre Street. Un momento después la obtenía.

—Escuche, Johannsen. Tengo algo para usted. ¿Ha oído alguna

vez hablar de Vogel?

—¿Vogel? —preguntó el teniente—. Claro que sí. Es un punto de cuidado, pero no tenemos nada contra él por el momento. Si me va a decir que ha unido a todos los cuadrilleros del este y del centro del país, puede guardárselo. Pero los tenemos vigilados a todos. Los principales, Coria, Simple y Garden están, bajo perfecta vigilancia.

—El senador Megara fue muerto por eso —repuso Tolliver—. Alguno de ellos ha podido...

—Ni pensarlo. Tienen sus coartadas perfectamente en regla... No crea que nos dormimos en la seccional, Tolliver. También nos ganamos el sueldo, a veces.

El senador Bryan intervino:

—Mañana quizá pueda decirle algo más, míster Tolliver. Esta tarde tengo un compromiso. Si su amigo de la Policía quiere, puede venir también. Haré todo lo necesario para que la muerte de mi llorado compañero sea no vengada, sino ejemplarmente castigada, cual corresponde.

Tolliver y Octubre se miraron desalentados cuando se encontraron de nuevo en la calle.

—Nada que hacer sobre esto, querida, hasta tanto no hayamos hablado de nuevo con ese grandilocuente padre de la patria. Parecía que estaba en el Congreso.

—Estoy desesperada, Jim —afirmó ella, moviendo la cabeza de un lazo para otro tristemente—. A tío Marko lo asesinaron para cogerle aquellos papeles, ¿no es así?

—Y claro.

—Pero los que han podido quitárselos tienen sus coartadas, ¿no es así?

—No tanto, querida. Tienen sus coartadas los jefes, según Johannsen, pero han podido hacerlo algunos de los «peces» pequeños. No te hagas mala sangre, Octubre. Ya verás cómo acabamos por solucionar esto. Anda, te invito a comer.

VI



L hombre de los grandes bigotes grises y de las colgantes greñas del mismo color trepó los tres escalones que conducían a la puerta de la casa del senador Ulises T. Bryan y llamó suavemente con el timbre. Iba encorvado, como correspondía a un hombre de mediana edad y de aspecto cansado como el suyo. No obstante, dos ojos penetrantes, negros como tizones, observaban todo lo que ocurría a su alrededor, sin perder un solo detalle. Así pudo ver el oscuro «De Soto» de Coria, en el que esperaban el italiano y Toby Garden, con las ametralladoras portátiles preparadas bajo los asientos. Tenían los dos órdenes de proteger a todo evento la retirada de «míster Smith», si éste se veía en un apuro; pero, a pesar de ello, el asesino parecía muy tranquilo y seguro de sí mismo. Toby Garden y el calabrés no podían por menos de admirar la maravillosa serenidad de aquel

hombre, al que empezaban a cobrar un pánico espantoso.

Coria era el más ardiente de ambos y por eso odiaba a «Smith» más de lo que jamás odiara a hombre alguno. El gitano le había hecho emprender la conquista de la cocinera de Bryan, una napolitana metida en carnes, y las mujeres gordas le sacaban de quicio. Pero había tenido que obedecer, porque de lo contrario hubiese tenido que ponerse enfrente de Bailey, y eso no lo haría por nada del mundo. Suponía la muerte, pese a que su banda era todavía fuerte.

Gracias a la cocinera, se había enterado de toda la vida íntima del senador Bryan. Su aguda hiperclorhidria, la que él se imaginaba secreta, manera con que se atiborraba de alimentos que el médico le tenía absolutamente prohibidos y algunas otras debilidades del grande hombre. Había transmitido estos datos a «míster Smith» y éste había sonreído apaciblemente. Ahora, por lo visto, iba a poner en práctica su idea.

Linda abrió la puerta y miró con sospecha al visitante. Ella era una negra de ciudad y odiaba a todos aquellos que parecían vagabundos. Cuando iba a cerrar la puerta, diciendo que allí no se daría para una taza de café, aunque hubiera que fregar platos, el individuo metió un pie por la rendija de la puerta y la empujó ligeramente.

—Dígale a su amo que deseo verlo, negra, y dese prisa. Me llamo «míster Smith» y puedo decirle algo importante.

Nada más injurioso para una persona de color que se le llame «negro». Incluso entre ellos mismos lo emplean para insultarse, y ningún blanco, en su sano juicio, sería capaz de insultar deliberadamente a un «moreno» llamándolo así. Linda se puso gris y abrió la boca para lanzar un chorro de frases sabrosas, aprendidas cuando tenía doce años, en Harlem, pero la mirada de serpiente de Varka Maras la hizo echarse hacia atrás como si le hubiesen dado un golpe en el estómago. Eran los ojos de un loco o de un maniático homicida. La pobre Linda no sabía que ésa era de las habilidades que más satisfacían al médico gitano, poder impresionar a los demás con sus ojos de demente, cuando, en realidad, se hallaba en uso de sus perfectas facultades mentales.

Al hacerse atrás la muchacha, él pasó dentro y cerró la puerta a sus espaldas, siempre sin quitarle los ojos de encima. La joven abrió

la boca para gritar, sintiéndose aterrada, pero él, entonces, compuso su rostro de nuevo.

—Vamos, anda, hija mía, vete a avisar a tu amo, y date prisa, como una buena esclava que eres. Vamos, hija de perra negra.

Míster Bryan había oído las voces y salió de su despacho. Su imponente estatura y su abdomen prominente parecían darle una cierta superioridad psicológica sobre Varka Maras, pero quien pensase esto, estaría completamente engañado. Desde el primer momento fue el hombre de mediana estatura quien cogió las riendas de la situación.

—Míster Bryan, ¿no es así? —preguntó cortésmente, quitándose el sombrero.

El senador asintió con un recio cabezazo y levantó las cejas interrogativamente. Pero todo esto, que siempre imponía a los contribuyentes, no pareció surtir ningún efecto en el visitante.

—Deseo hablar con usted, señor. A solas.

El senador, reparando en la cara de rabia y terror de su doncella negra, se volvió hacia ella:

—¿Qué ocurre, Linda, hija mía?

—Ese hombre me insultó —dijo ella, pronunciando trabajosamente—. Me insultó y me llamó hija de... perra.

—¿Eso es cierto? —preguntó el aturdido prohombre, volviéndose hacia Varka Maras.

Éste sonrió amistosamente.

—Sí, claro. Siempre se debe poner en su sitio a los esclavos. Creo que quería insolentárseme y me adelanté, eso es todo. Míster Bryan, necesito hablar con usted urgentemente y a solas. Es algo muy importante, relacionado con un trabajo suyo.

Al senador se le habían quitado las ganas de preguntar más. El oír llamar esclava a su criada le había cortado la respiración. Dio media vuelta y se introdujo en su despacho. «Míster Smith» dirigió una nueva mirada de través a Linda y lo siguió, cerrando luego la puerta tras de sí.

Míster Bryan se volvió, en el centro de la habitación, y se le quedó mirando, procurando poner en su gesto toda la desaprobación necesaria por la conducta de «Smith», pero éste no hizo el menor caso.

—Escuche, senador —dijo—: yo puedo facilitarle algunas

pruebas de las que usted andaba buscando, juntamente con el senador Megara. Pruebas muy importantes.

El senador sintió que su enojo desaparecía. Pero aún le quedaban algunas dudas.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Y cómo?

—No interesa el cómo, míster Bryan. Sólo interesan los resultados. Como es natural, yo habría de cobrar bien.

Bryan cogió la cajita de plata de encima de la mesa, echó una paletadita de bicarbonato en un vaso de agua, y lo bebió rápidamente. Los ojos de Varka, brillantes y negros, no perdieron un solo movimiento. La caja quedó abierta, encima de la mesa.

—¿Me pagará usted bien... senador? —interrogó «míster Smith» suavemente.

—La propia satisfacción del deber cumplido por un ciudadano... —empezó el senador Bryan, cuando el otro le interrumpió, un poco brutalmente:

—Déjeme de pamemas. Yo lo que quiero es dinero. Lo demás...

E hizo además de escupir. Bryan pareció muy escandalizado por aquella conducta, pero le interesaba profundamente las noticias que pudiera proporcionarle aquel individuo. Sabía, que si triunfaba, seguramente llegaría a la presidencia de alguna de las comisiones senatoriales para el extranjero, y ésta era su mayor ambición. Se puso en pie e irguió su alta estatura.

—Modere sus palabras y sus acciones, caballero —dijo, elevando la voz—. Pensaré lo que conviene hacer y...

Terminando la frase con la mano, se volvió a la ventana y miró un momento por ella. Sabía el efecto psicológico que tiene sobre las personas el ver a un hombre importante meditando.

Pero Maras se preocupaba muy poco en aquel momento por las sutilezas psicológicas. Llevaba unos voluminosos gemelos de puño de camisa, de fabricación rusa, y a uno de ellos se dirigió velozmente su mano derecha. El gemelo representaba la media luna horizontal, acostada debajo de la cruz, un dibujo en relieve, copia exacta del que campeaba sobre el Kremlin antes de la revolución. El fino, delgado dedo del gitano, apretó la cruz y, silenciosamente, el gemelo se abrió en resorte.

La cajita de plata conteniendo el bicarbonato estaba a un codo de distancia de él. No tuvo más que avanzar la mano y dar media

vuelta a la muñeca, para que del gemelo cayese un fino polvo, que destelló ligeramente a la luz solar. En el momento en que Varka Maras retiraba la mano, Ulises T. Bryan se volvió, cansado ya de dar la impresión de meditar. Pudo observar el final del gesto de Varka, pero el gitano era demasiado listo para dejarse coger. Una brusca transición en la retirada del brazo llevó su mano hasta la caja de cigarrillos y retiró uno de éstos. Con mano firme lo encendió.

—Debo decirle que quizá pudiésemos llegar a un arreglo, míster...

—«Smith».

—... «Míster Smith», siempre que sus pretensiones no fuesen demasiado onerosas para mí...

Varka Maras se levantó de su silla, donde se había sentado poco antes, y se estiró tranquilamente.

—Necesito diez mil dólares, míster Bryan. Diez mil dólares en dinero contante y sonante o en un cheque de viajeros. Comprenderá que después del paso que voy a dar, mi vida correría peligra si me quedase aquí. Diez mil.

Antes de que pudiese pensar siquiera en protestar el senador, «míster Smith» estaba ya en la puerta.

—Mañana lo veré a usted, señor. Si me da usted seguridades en lo del dinero, yo mismo le traeré las pruebas dos horas después. Me fío de su honorabilidad, míster Bryan.

Dio vuelta al picaporte y salió, dejando al otro sumido todavía en la confusión que le había producido la elevada cantidad que citara. Linda estaba en el «hall», toda temerosa, pero decidida a decirle dos o tres cosas fuertes, si es que tenía ocasión para ello.

Pero no la tuvo. Al pasar Varka por su lado, le echó una mirada de través, y los oscuros ojos destellaron.

—Adiós, «negra» —dijo, ofensivamente, y salió a la calle, dejándola completamente trastornada.

Siguió por la calle Cincuenta, hasta doblar por la Novena Avenida, y, en la Cuarenta y Nueve, casi delante del Hotel Columbus, vio el coche de Coria. Subió a él tranquilamente y se sentó entre el italiano y Toby Garden.

—Listo —dijo. Se volvió a Coria y le miró fríamente—. Sus informes, conseguidos por intermedio de esa cocinera, gorda como una vaca, me han sido de bastante utilidad. Me acordaré, para

utilizarlo a usted en otros servicios parecidos.

Toby Garden se tiró en plancha, para evitar que Coria sacase su pistola e intentase acabar allí mismo con «míster Smith». Éste sonreía socarronamente, pero sus penetrantes pupilas no se apartaban ni un momento de las del italiano. Se le veía preparado para cualquier cosa.

—Quédese callado, «míster» —gruñó Toby entre dientes—. Quizá la próxima vez no sujete a mi amigo.

—Tanto peor para él, míster Garden. Y no quiero más disputas. Soy muy libre de decir algo, si así se me ocurre, y a ustedes les toca obedecer y callar, ¿entendido?

Hubo un largo silencio, mientras el coche corría a velocidad moderada por la Octava Avenida. Únicamente, al llegar a la calle Cuarenta y Una, Toby habló, pero sin mirar a Varka, clavando los ojos en la alta silueta del edificio McGraw:

—Aún no comprendo bien lo que ha hecho usted con ese hombre, «míster Smith». Creo haber oído algo de veneno. ¿O no es así?

Varka Maras se echó a reír silenciosamente, enseñando aquellos dientes lobunos que parecían pintados de fósforo, tanto brillaban.

—Son ustedes unos niños de pecho jugando a los hombres malos —dijo, sin dejar de reír—. No, no ha sido veneno lo que puse al alcance de ese hombre, pero lo matará con tanta seguridad como si lo fuese, y los dolores serán mayores. No tengo inconveniente en decirles que lo que ese hombre ingerirá, probablemente dentro de unos minutos, no es otra cosa que «polvo de brillantes».

Calló un momento. Sus dos acompañantes la miraban con los ojos muy abiertos, sin comprender.

—Sí, «caballeros». ¿Acaso no saben ustedes lo que es «polvo de diamantes»? Muy sencillo. Si ustedes fueran un poco más cultos, estarían enterados de que el diamante es el cuerpo más duro que existe. Cogiendo unos cuantos brillantes de esos que cuestan cinco o seis dólares, cantidad ínfima, si a ello vamos, machacándolos cuidadosamente, se obtiene un polvo casi impalpable, que, mezclado al azúcar o a algún otro cuerpo pulverulento, produce en los intestinos y en el estómago desgarraduras, úlceras atroces. La muerte, «caballeros», es segura casi siempre. Pero si el que toma, el polvo ese es hiperclorhídrico, es completamente segura. El exceso

de ácidos en el estómago ayuda eficazmente al Gran Tránsito. Los dolores, no necesito añadirlo, son de los más horribles que darse pueda.

Toby Garden tragó saliva con movimientos epilépticos mientras Coria se ponía, rígido en su asiento. La calma, y casi se podría llamar alegría, de aquel hombre era pavorosa. Relataba los sufrimientos a los que acababa de condenar a un ser humano como si estuviera enunciando un problema, biológico relativo a un insecto.

—¿Qué, qué les parece a ustedes? —preguntó, mirándoles con sus ojos, sombreados por las largas y negras pestañas—. Veo, míster Coria, que todo aquello de que hablaba el día que tuve el honor de conocerle, aquello de que usted se bastaba a sí mismo para eliminar un enemigo, no pasaba de ser pura jactancia. Un tiro de revólver o pistola lo da cualquiera. Un arma, en manos de cualquier patán, puede ser mortífera, pero ¡ah!, es más necesario aún saber prevenir las consecuencias del paso que se va a dar. Conmigo, señores, tendrán ustedes, siempre que obedezcan ciegamente mis órdenes, una ayuda segura contra la Policía.

Toby Garden se inclinó hacia, adelante. El automóvil pasaba entonces ante el Hotel New Yorker y el chofer hubo de frenar, para sortear el abigarrado tráfico. Luego torció hacia la calle Treinta y Tres, para detenerse, por fin, en la estación Pennsylvania.

—La Policía, no, «míster Smith» —dijo—. Los federales.

Varka Maras los miró atentamente.

—Oí hablar de ellos —dijo—. Qué, ¿son tan listos como dicen?

—Más. Los más modernos métodos de trabajo policíaco son juegos de niños para ellos. De cada cien casos de los que han intervenido, noventa y nueve han sido aclarados, y el delincuente llevado a la «tostadera» o a un penal, depende de su «trabajo». Siempre hemos procurado mantenernos al margen del F.B.I. Y hasta ahora lo habíamos conseguido, hasta que usted...

—Nosotros seremos ese uno por ciento, míster Garden —dijo Varka—. Sí; es decir, yo, desde luego. En cuanto a ustedes, si empiezan a echarse atrás, no podría saberlo. No me gusta trabajar con cobardes...

—¿Cobardes? —preguntó ferozmente Coria, llameándole los ojos de indignación—. ¿Quién es cobarde? Yo doy la cara; con mí

«mitra» me enfrento a cualquier nacido de madre y peleo con él limpiamente, cara a cara. No echo... polvos en los vasos de pobres viejos, para que sufran más que si los mataran de un tiro. Vuelva a decir eso de cobarde y...

—¿Y... míster Coria? —preguntó suavemente el otro, acercando mucho su cara a la del calabrés.

Toby Garden hizo de nuevo el papel de buen samaritano con su compañero. Le puso la mano sobre el brazo y le dijo:

—Basta, Nato. Lo que menos necesitamos ahora son peleas. Ya hablaré con Bailey de esto.

Guardaron silencio, mientras «míster Smith» descendía y se metía en los gigantescos hangares de la estación. Siempre lo hacía después de los golpes, y tanto el italiano como Garden habían llegado a creer que vivía fuera del Estado.

Pero, ahora, algo rondaba en la cabeza del «gangster» de Chicago.

—Síguelo sin que se dé cuenta —ordenó al hombre que se sentaba al volante, uno de sus propios muchachos.

El joven, un chico de unos diecinueve años, con cara de matón en ciernes, se bajó apresuradamente y se perdió entre el gentío, rastreando su presa, como pudiera hacerlo un indio. Toby se volvió a su compañero:

—¿Conforme, Nato?

El calabrés extendió su mano. Su mandíbula se agitaba todavía en un tic mecánico, debido a la rabia que lo poseía.

—Conformes, Toby. Quitaremos a ese perro de en medio. Sabremos dónde vive y una noche...

—Exacto. Y yo me vuelvo a Chicago al momento. No quiero más líos en los que pueda intervenir el Gobierno. A mí que me den policías, de paisano o de uniforme, pero que no me pongan delante a ningún sabueso federal, porque no muevo el gatillo.

Varka Maras avanzó entre la congestión de personas que llenaban el inmenso «*hall*», al que daba luz la gigantesca vidriera de Poniente. Se puso ante una de las filas, para sacar billetes; pero, al minuto siguiente, pasó a otra. Luego, con lentitud estudiada, se dirigió a la segunda salida, sobre la calle Treinta y Una, al lado de las líneas para Long Island.

El muchacho de Toby no lo había perdido de vista y se dio

cuenta perfectamente del manejo de Varka. También él temía a aquel hombre, de revueltos y postizos cabellos grises, que le daban el aspecto de un profesor descuidado. Le temía, porque sus maldades habían corrido entre todos los cuadrilleros de los «gangs» de Bailey, pero también sabía que su jefe se enteraba de que si no había cumplido sus órdenes, cualquier mañana aparecería en el Hudson con una bala en el vientre. Con Toby no se jugaba. Así, pues, lo mejor era seguir al gitano, procurando que éste no lo viera.

La calle Treinta y Dos se ve cortada bruscamente en su trayecto por la estación y la oficina de Correos. Varka dobló su esquina y se dirigió por ella hasta, por la acera del Hotel Pennsylvania, y de los Almacenes Gimbels, que con sus enormes escaparates parecían un agujero en el gigantesco edificio. Pasó ante un bar y se metió bruscamente en él. El chico de Toby hizo lo mismo en la acera de enfrente, hasta que vio un «taxi», que se detenía junto al cordón de la acera. Atravesó ésta rápidamente y se metió en él. Se le había ocurrido que, si «míster Smith» tomaba alguno, más valía estar prevenido.

Así fue. Varka Maras salió del bar encendiendo un cigarrillo y le hizo señas a un «taxi» amarillo. Los dos «autos» empezaron su recorrido, sorteando el tráfico, y, con gran sorpresa del muchacho, el coche perseguido no hizo más que una carrera muy corta: hasta la calle Treinta y Una, esquina a la avenida Lexington. Allí vio descender al gitano y encaminarse lentamente hacia la calle Treinta, esquina a la Sexta. Y allí acabó su vigilancia. Vio cómo llamaba a la lujosa casa y cómo le habría un mayordomo.

Esperó. Una, dos horas, dos horas y media.

Varka llegó directamente al despacho de Richard Vogel y éste se levantó para saludarle. Bailey estaba con él e hizo una seca inclinación de cabeza al gitano, que éste contestó en la misma forma.

—Hecho —dijo Varka escuetamente, mientras encendía un cigarrillo de los de Vogel. Esperó un momento, y añadió—: Mañana, pasado mañana o, todo lo más, al otro día tendrás noticias de la trágica y cruenta muerte de míster Ulises T. Bryan, senador demócrata por el Estado de Nueva York. Muerte, por otra parte, completamente natural, al ser el finado hombre de delicado estómago y amigo de comer demasiado a espaldas de su médico.

Richard Vogel rió, con aquella risa profunda heredada de su padre, alemán. Aunque incapaz de cometer un crimen tan horrendo como los de Varka Maras, se divertía con la desfachatez del médico gitano y la manera como contaba sus bestialidades.

—Muy bien, querido Varka. Lamenté mucho no haber podido continuar aquellos edificantes cursillos en la «Yanka Puzsta». Pero ¡ah!, el deber me llamaba para rellenar de alcohol los sedientos gznates de mis compatriotas. ¡Ah, magníficos tiempos aquéllos! Me acuerdo de aquel... ¿cómo diablos se llamaba?...

—Janko Stropenko, el profesor dálmata, ¿no es eso?

—¡Ah, sí, magnífico él! Jamás permitía que ningún alumno se escapase de probar sus famosas llaves de «*jju-jitsu*». Algunos brazos rompió, ¿eh?

—A Janko lo mataron los alemanes cuando se empeñó en utilizar a los prisioneros yugoslavos de los campos de concentración como objetos de disección. Les iba cortando los miembros y les iba sacando las vísceras, para ver cuánto tiempo durarían vivos. A uno le cortó ambos pies y le hizo andar cien metros sobre los muñones, para comprobar el desgaste de los tejidos. Pero el coronel alemán director del campo no entendía de esa clase de bromas, y cuando tuvo noticias de ello, lo mandó fusilar en el acto. Los alemanes, y perdona, son muy débiles de espíritu.

Vogel rió de nuevo profundamente. Aquélla era la clase de chistes que le agradaban. En cambio, Bailey estaba francamente escandalizado por los barbarismos de Varka Maras.

—Si eso es debilidad de espíritu —dijo, sin poderse contener—, entonces reconozco que soy un débil de espíritu. El coronel alemán se portó como... —dudó antes de pronunciar la palabra—, como un ser humano.

—Sí, pero no como un científico —retrucó Varka Maras—. Hubiera sido muy conveniente dejar a Janko Stropenko continuar sus estudios en vivo Janko era un magnífico anatomista. Por cierto, esto me recuerda que los muchachos se están poniendo un poco nerviosos. Hoy, Toby Garden y Coria estaban sumamente temerosos de que la Policía Federal americana interviniera en nuestros inofensivos negocios. Habrá que pasaportar alguno.

—Basta ya de tanto matar —dijo Vogel, al que las lágrimas le caían por las gordas mejillas y la panza le bailaba a causa de la risa

—. Se los puede calmar de otra manera. Toby es inteligente, ¿verdad, Bailey?

—Sí que lo es. Quizá el más inteligente de todos.

—Pues hablarás con él y acallarás sus temores. En cuanto a Coria...

—Coria es un animal, que para contar más de diez ha de descalzarse —intervino Varka—. La próxima vez que vuelva a mirarme como si quisiera comerme crudo, voy a hacer tal escarmiento con él, que los demás perros de la cuadrilla me lamerán las botas. ¿Qué hay de lo del incendio?

—Nada. La Prensa está muy asustada, preguntándose dónde vamos a ir a parar. Nada importante. Únicamente que una mujer dio tu descripción completa. Las greñas, el bigote y las cejas. Pero añadió que tu estatura pasaría de los seis pies. Estaba loca de miedo.

Varka sonrió, mientras se ponía en pie.

—Que me busquen. Ni los federales ni lo Policía me encontrarán jamás. Han dado demasiada importancia a su F.B.I. Nada podrá contra un antiguo profesor de la Yanka Puzsta.

—Espero que sea así —salmodió fervorosamente míster Bailey, elevando los ojos al techo.



EL F. B. I.
la organización de contraespionaje más famosa
del mundo, vive y emociona en
AVENTURAS DEL F. B. I.
¡LO NUNCA VISTO POR 1,25 PESETAS!

VII



IM Tolliver entró en el despacho de Johannsen, donde el teniente de la Metropolitana, que estaba llenando unos formularios, levantó la vista y saludó a su colega del F.B.I.

—Hola, Tolliver, Siéntese y fume. ¿Quiere algo?

—Hacerle unas preguntas y quizá una sugerencia.

—Pues quítese el peso de encima de los pies y despáchese a su gusto.

Jim se sentó y encendió un cigarrillo.

—¿Qué hay de Caldwell, Johannsen?

El teniente pareció un poco fastidiado.

—Mire, Tolliver, ese hombre podrá ser un pintor de genio, no lo niego; pero, como ciudadano, es un desastre. Cuando salga de la prisión, si es que es inocente, yo mismo iré a buscarlo vestido de

paisano y le daré una paliza. Yo creo que ya no quedan en el vocabulario inglés palabras ofensivas que no me haya lanzado a la cara. Todavía me pongo colorado de algunas de las cosas que me ha dicho.

—El chico es inocente, Johannsen.

—Bueno; eso ya, se demostrará en el juicio.

En aquel momento se abrió la puerta y entró un ordenanza con un largo telegrama oficial, que presentó al teniente. Éste silbó por lo bajo al leerlo y luego se lo pasó a Tolliver.

—Vaya —dijo éste, al terminar de leerlo—. Esto quiere decir que Washington se propone intervenir en el asunto. Ya me parecía a mí que se retrasaban mucho en mezclar al F.B.I., en el asesinato de un senador.

—Pues le cae a usted buen trabajo encima. Menos mal que Caldwell es amigo suyo, si no, ya le iría aconsejando que comprase árnica.

—No lo crea. Verá cómo no se me pone difícil. Todo es saber llevar a los ingleses. Son sumamente susceptibles, en lo que se refiere a sus derechos y demás. Escuche, Johannsen: ahora trabajamos los dos juntos y más vale que se vaya empapando de una idea: Red Caldwell no mató al senador Megara. Éste fue asesinado por otra persona. Hace pocas horas, el senador Bryan me comunicó que Megara y él pensaban presentar un informe completo sobre un nuevo sindicato de juego, dirigido por ese Vogel. Alguien de éste mató al senador y se llevó los papeles, no le quepa la menor duda. No tiene usted más que hablar un rato con Bryan y éste le convencerá.

—Nada me gustaría más que Caldwell fuese inocente, Tolliver, porque anhelo con todas las fuerzas de mi corazón darle una paliza por sus insultos.

El teléfono instalado sobre su mesa empezó a zumbear intermitentemente. La enorme manaza de Johannsen lo acercó a su oído. Escuchó un momento y luego le pasó el «micro» a Tolliver sin decir palabra. Éste oyó la voz de Octubre, que parecía presa de gran excitación:

—¡Oh Jim, me alegro de encontrarte! Me acaba de telefonar Linda, la criada del senador Bryan, y me ha dicho que éste está muy enfermo. Una ambulancia se lo ha llevado al Hospital Bellevue.

—¿Bryan? —preguntó Jim, casi con un rugido.

—Sí, por lo visto ha tenido vómitos y una hemorragia intensísima y le están haciendo una transfusión de sangre. He telefonado al hospital y me han dicho que está muy grave.

—No te muevas de tu casa, querida, para nada en absoluto y procura que Andros no esté nunca lejos de ti. Las cosas se van precipitando y mentiría si dijera que no me imaginaba algo así.

Colgó el teléfono y se enfrentó con Johannsen:

—Vamos, amigo; el senador Bryan está muriéndose y, o mucho me engaño, o algo tiene que ver su amigo Vogel con ello.

—Ni lo piense, Tolliver; todos tienen sus coartadas en regla.

—Pues alguno se ha escapado sin pagar. Vamos al hospital.

Un coche policíaco, conducido por un agente de uniforme, enfiló la calle de Lafayette, con la sirena lanzando estremecedores alaridos. Los oficiales del tráfico frenaron éste en el cruce con la Cuarta Avenida y dejaron pasar el coche, a través del tapón de vehículos.

El ayudante del director los recibió en una sala completamente del gigantesco edificio. Recordaba perfectamente el caso del senador Bryan, porque él mismo había hecho el primer reconocimiento.

—Las radiografías indican una gran perforación pilórica, y, para hablar en términos más comprensivos, que el esfínter, que permite el paso de los alimentos al duodeno, está casi por completo perforado. Esto ha dado lugar a vómitos de sangre y hemorragias, de las que creo muy difícil que se recupere —movió la cabeza de un lado a otro—. Jamás vi una cosa parecida —afirmó.

Jim Tolliver sacó un cigarrillo y lo encendió nerviosamente. A su lado, el pachorrudo Johannsen se mantenía inmóvil, con los ojos fijos en el módico.

—Y, doctor, dispense la pregunta —preguntó el agente federal—; pero ¿hay alguna posibilidad de que esa muerte no sea natural?

El doctor lo miró atentamente, como si no comprendiera bien.

—El senador Bryan es un hiperclorhídrico —dijo, por fin—. Pero aun así, no he logrado comprender todavía bien cómo no se dio cuenta antes de su úlcera de píloro. Me parece imposible, porque el esfínter está en tal estado que los dolores son agudísimos, de los más horribles que uno pueda imaginar. No, eso se ha producido

repentinamente. Y ahí está lo que me tiene extrañado.

Tolliver se puso en pie, vigilante como un gato.

—¿Quiere decir que nunca vio otro caso parecido, doctor?

—No. Y creo que ninguno de mis compañeros tampoco. Verá, inspector: en el Bellevue tenemos la bibliografía más extensa del mundo. Ningún trabajo me cuesta asegurarle, que, al menos en países civilizados, jamás hubo nada parecido. Y, por cierto, no me gustaría que se repitiese en otras personas. Debe ser horrible.

—Doctor —dijo Jim Tolliver, solemnemente—: tenga usted contacto continuo con la Policía y, si ese hombre muere, se le hará la autopsia.

—¿Autopsia? —preguntó el médico, aturdido.

—Así es, doctor.

—Pero... pero ¿qué es lo que piensa usted encontrar en él? Puedo asegurarle que no lo envenenaron, si es eso lo que le preocupa.

—Lo sé, lo sé, doctor; pero no me quedaría tranquilo si no le hiciese la autopsia en caso de que muriera.

—No se meta en compromisos, Tolliver —intervino Johannsen—. Si se enteran los periódicos se van a lanzar como fieras sobre nosotros, acusándonos de no dejar descansar a los contribuyentes ni aún después de muertos.

—Si el F.B.I., hubiese temido a la Prensa, no sería ahora lo que es, Johannsen. Si es necesario llegaré hasta Washington, pero no lo creo preciso. Tengo autoridad para ello.

—Está bien... —empezó a decir el doctor, cuando una esbelta enfermera de crujiente uniforme se acercó y le dijo algo, inclinándose sobre él. El médico se sobresaltó.

—Inspector, ¿quiere usted esperar un momento? Me comunican que el senador parece bastante mal, pese a la transfusión. Y operarlo es imposible por el número de perforaciones. Nosotros no podemos hacer nada por él, sino aliviarle los dolores en lo posible. La morfina se encarga de ello.

Mientras el médico estaba fuera, los dos policías no hablaron hasta que Johannsen por fin tocó en la rodilla a su compañero.

—No se preocupe tanto, Tolliver; pero ¿no podría decirme qué es lo que espera, encontrar? ¿Por qué no ha de ser un caso de los más naturales? El cuerpo humano, a veces, nos gasta esas bromas.

—No sé qué diablos es lo que espero encontrar, Johannsen. ¡Ojalá lo supiese! Sólo sé que es muy extraño que los dos senadores hayan muerto tan a punto para los negocios de Vogel: uno, asesinado por quien tiene coartadas para demostrar que no estuvo en casa del senador... y otro... otro, de una manera que un médico ha juzgado rarísima. ¿Qué pensar?

El ayudante del director volvió a entrar con aire pensativo.

—Puede usted disponer del cuerpo para la autopsia, inspector, si es que la va a llevar a efecto por fin. El senador ha muerto ya. Bastante ha durado, si ha de creerme usted.

La Prensa no se enteró de las sospechas de la Policía sobre la muerte del senador Bryan, hasta que se hizo la autopsia al cadáver. Jim Tolliver y el teniente Johannsen estaban juntos interrogando a Linda Johnson, la criada del senador, cuando el médico del F.B.I., entró en el despacho, bajándose todavía las mangas de la camisa.

—Muerte producida por ataque de uremia, hemorragia y vómitos, debido a una perforación particularmente enorme del pilono. ¿Causa? Podría ser hiperclorhidria, aunque se me hace cuesta arriba pensar que ese hombre haya podido tener guardada una úlcera así tanto tiempo. Pero eso es cosa de usted, Tolliver.

—¿No encontró nada, doctor? Algo... algo que se saliese de lo corriente.

—No, hijo. Nada. Dígame si es que esperaba usted algo especial y qué sería ello.

Jim Tolliver se alzó de hombros con ademán desesperado.

—Ni yo mismo lo sé, doctor; pero casi podría asegurar que a ese hombre lo ayudaron a presentarse ante su Hacedor. Y no me pregunte por qué, Johannsen, porque no lo sé.

—¿Ayudarlo? —preguntó el doctor, con expresión extraña.

—Sí.

—Mire, hijo, morirse de úlceras estomacales es corriente. Lo que no es comente en absoluto es que un hombre que no ha tenido nunca eso, se le presente de pronto una particularmente peligrosa. No, eso no es común, pero tampoco es una prueba. Ésos son los hechos, inspector. Pensaré si es que alguna cosa especial pudo ayudarlo, como usted dice, y lo consultaré con especialistas de estómago e intestinos. Es lo más que puedo hacer.

Cuando el médico se marchó, Jim Tolliver llamó a casa del

senador Bryan y ordenó a la negra Linda que fuese a Jefatura. Media hora después, la desconsolada morenita estaba ante él, retorciendo nerviosamente su vestido. Tenía un gran miedo a la Policía y se imaginaba que iban a someterla al «tercer grado» y les costó bastante trabajo calmarla. Por fin pudo decir que el senador jamás se había quejado de otra cosa, sino de su ardor casi perenne de estómago. Luego, por uno de esos impulsos difíciles de explicar, como no sea por la impresión que le había hecho, relató la visita de aquel indeseable. Al oír su descripción, bastante gráfica, por cierto, Johannsen y Tolliver se miraron significativamente.

—El mismo —exclamaron al tiempo.

Tolliver se puso en pie y empezó a pasear por el despacho.

—Johannsen —dijo—: antes sólo tenía sospechas. Ahora estoy seguro. El senador Bryan fue... —Se acordó de la presencia de la negra y se volvió a ella—. Espere fuera, preciosa, haga el favor —dijo. Y en cuanto salió—: El senador Bryan fue asesinado. ¿Nos encontraríamos, si no, ante el mismo individuo?

Johannsen consideró la cosa por unos momentos.

—Tenemos que encontrar a ese desmelenado —dijo por fin—. No descansaré hasta no haberle hecho sentarse en esa silla y preguntado algunas cosas. No me gusta, que aparezca un mismo hombre cuando han ocurrido dos muertes un poco misteriosas. Y, además, ahora caigo.

Cogió el teléfono y pidió un número a la centralita. Al minuto siguiente estaba hablando con alguien.

—Oiga, Velilla, necesito que se pase usted por mi despacho un momento. No es cuestión más que de unas preguntas. Y tráigase una copia del informe de lo que ocurrió en Hackensack hace unos días. Aquello de la sala de juego, ya recuerda.

Velilla era un judío alto y de hombros caídos, con una larga nariz sobre la que cabalgaban unos lentes de pinza. Parecía un inofensivo burócrata, pero era, en realidad, uno de los más inteligentes inspectores de la Metropolitana. Estrechó la mano a Tolliver y dejó encima de la mesa unos cuantos papeles.

—Aquello fue algo nuevo entre los métodos de los «gangsters» —dijo, sentándose en una silla y encendiendo un cigarrillo—. Estamos acostumbrados a las pistolas ametralladoras, a las granadas de mano y a las bombas retardadas. Incluso a los cuchillos y fusiles;

pero, la verdad, lo de Hackensack fue un poco fuerte —se volvió a Tolliver, al ver que Johannsen ya estaba enterado del asunto—. Imagínese que regaron a cinco hombres y una casa con un lanzallamas, probablemente del tipo de los que usamos nosotros en el Pacífico contra los japoneses. Según las declaraciones de los testigos que no se desmayaron, aquello debió ser algo horrible.

—Dígale al inspector Tolliver lo del tipo que manejaba el chisme —intervino el teniente.

—Una mujer nos lo describió como una especie de gigante —ya lo dijeron los periódicos—, con unas repulsivas greñas grises, unas enormes y truculentas cejas y unos bigotes que no le debían dejar comer tranquilo si no se los sujetaba antes con algo. Ése debía ser el jefe de la cuadrilla. Los demás llevaban pañuelos en la cara. Por otra parte, uno de los hombres que resultó herido en el pataleo que armaron cuando vieron incendiarse la casa, asegura que el «lanzador de fuego» no era tan alto. Más bien, bajo. Como estaban muertos de miedo, aún no sabemos quién de ellos tiene razón. Lo ignoro. Probablemente, ninguno de ellos.

—Uno, sí, el herido —dijo Tolliver—. Inspector, hemos de cazar a ese hombre sea como sea. Ha asesinado a dos senadores en poco tiempo.

Vetilla lo miró rápidamente y afirmó con la cabeza.

—Escuchen —dijo, inclinándose hacia ellos—: nadie se pasea por las calles de una ciudad como Nueva York con todos esos añadidos pilosos, y menos si es alguien que debe procurar pasar inadvertido. Ésa es mi idea. Saben lo que quiero decir, ¿verdad?

Tolliver pensó un momento:

—Sí, creo que sí. Esas barbas y demás eran postizas, ¿no es eso?

—Exacto.

—Entonces, tenemos lo siguiente: un hombre de ojos negros y brillantes, de estatura baja, más bien delgado. Poco es, pero en Washington quizá puedan darnos algún informe más. Vamos a tener que trabajar duro, Johannsen, pero creo que, al fin, los atraparemos. Por de pronto, vigíleme perpetuamente a Vogel y a los suyos. «Tienen que ser ellos los instigadores» o, de lo contrario, esto no tiene sentido de ninguna clase. Y estén al tanto de si aparece por allí ese maldito asesino.

El dinamismo de Tolliver había galvanizado a los otros a la

acción. Velilla salió del cuarto, y Johannsen empezó a dar órdenes a toda velocidad. Unos momentos después, el telégrafo empezaba a crepitar intermitentemente, cruzando despachos entre Washington y Nueva York. El F.B.I., la Policía que tiene a su disposición los mejores y más modernos métodos de trabajo, empezó a agitarse y a dar señales de presencia.

Los escasos datos que se tenían de Varka Maras fueron confrontados con miles de fichas en pocos minutos, pero ninguno de aquellos sospechosos podía ser el asesino de los dos senadores. Se sabía dónde estaban todos y qué es lo que hacían actualmente.

«Pelo negro». Al instante, la máquina respondía eléctricamente, y cientos de fichas de hombres de pelo negro eran revisadas.

«Ojos negros, de largas pestañas». Más fichas quedaban descartadas.

«Estatura regular, tirando a baja». Un montón de fotografías de italianos estaban ahora sobre la mesa. Pero las declaraciones de Andros eran terminantes. Se trataba de un gitano.

Son muy pocos, en realidad, los gitanos que habitan América, y en los archivos de la Policía Metropolitana y del F.B.I., no había ninguna ficha que correspondiese a alguien de esta raza. Consultado de nuevo el griego, volvió a afirmar. Era un gitano, pero no griego ni serbio. Ignoraba de qué país podría proceder.

Tolliver, sentado ante una mesa, con la cabeza cogida entre las manos, reflexionaba profundamente. Tenía que enfrentarse con un hombre sin ningún escrúpulo, en absoluto; con un hombre muy inteligente, que había empleado medios de matar hasta entonces desconocidos en el país. Un hombre que había cometido aquellos crímenes disfrazado, para luego poder pasar inadvertido. Eso indicaba una inteligencia fuera de lo común. Una mente fría, analítica, perteneciente a un hombre de una raza cuyas características él desconocía por completo. Jamás en su vida había visto a uno solo de aquellos descendientes de parias indios, si se exceptúa al senador Megara, y aun éste sólo tenía, un poco de sangre gitana en las venas: la de su abuela materna.

Se imponía una visita a Vogel, y se dispuso a hacerla, aun cuando no oficialmente. El antiguo contrabandista era muy influyente e incluso manejaba o había manejado importantes resortes en la Administración pública y entre la misma Policía.

Había que ser perfectamente suave con él, so pena de verse enzarzado en un interminable papeleo burocrático. Pero el F.B.I., está autorizado a «casi todas» las cosas.

Tolliver llevaba dos días en Washington activando los trabajos de localización de Varka Malas. Antes de volver a Nueva York, deseaba asegurarse de que nada en absoluto había sido emitido para encontrar al hombre de las greñas grises. Ahora, ya sabía que no había nada más que hacer por aquella parte.

Bajó a la biblioteca, para hablar un momento con su antiguo amigo el inspector Trait, en busca de un rato de tranquilidad. En el enorme edificio, en aquella colmena gigantesca, cientos de hombres y de mujeres trabajaban a ritmo febril en cincuenta, casos o asuntos diferentes. Se veía por todas partes la tranquila, pero segura, mano del hombre que en aquellos momentos reposaba en su despacho, sin moverse tal vez, pero pensando intensamente, mientras sus ojos, quizá, se posasen en la mascarilla de Dillinger, sobre su mesa.

La biblioteca era uno de los sitios más tranquilos. El bibliotecario, Trait, era un descendiente de franceses, bajo y ancho de hombros, con una frente despejada y amplia que hablaba de su inteligencia. Estrechó la mano a Tolliver y le ofreció un cigarrillo.

Se sentaron junto al amplio ventanal, que daba directamente sobre el verdequeante patio, y Tolliver, repentinamente, se volvió hacia el otro.

—Dime todo cuanto sepas acerca de los gitanos, Trait, por lo que más quieras, o me voy a volver loco.

—¿De los gitanos? —preguntó el bibliotecario, sorprendido; pensó un momento, y luego—: ¿Qué ocurre con ellos?

—Nada y mucho. Andamos buscando a un asesino más feroz que una hiena, y tenemos las más vehementes sospechas de que pertenece a esa raza. Vamos dime lo que sepas.

—Bien poco es. Andan errantes por los caminos, unas veces arreglando cacharros de metal y otras alimentándose sobre el terreno. Hay bastantes en toda Europa y, sobre todo, en la Europa Oriental. En España permanecen muchos estacionarios, en el sur. Se sabe que tienen ritos ocultos, aun cuando gran parte de ellos sean cristianos, y un patriarca, o algo parecido, en la ciudad de Turnu-Severin, en Rumania, que es el sitio donde más gitanos hay. ¿Qué más quieres? En realidad, para eso deberías dirigirte a algún

europeo oriental, húngaro, checo o rumano. Una cosa te puedo asegurar. Aquí, en América, no los hay en estado salvaje —agregó, sonriendo.

—Pues estoy listo —dijo melancólicamente, Tolliver—. Tengo que encontrar a ese hombre, si no quiero que siga matando gente de las maneras más extrañas. Hace poco ha muerto un senador por Nueva York...

—Lo sé —dijo Trait—. Ha muerto de una úlcera. No creo que eso os competa a vosotros.

—No; pero estoy casi seguro de que ese gitano ha sido el causante. ¿Cómo? No lo sé; de alguna diabólica manera que hasta ahora se nos escapa. Sólo sé que le hizo polvo el pilono y parte del duodeno, según creo.

Trait lo miró atentamente:

—¿Autopsia? —preguntó.

—Sí, y ¡nada!

El bibliotecario marchó hacia una de las paredes, y movió la escalera que se deslizaba por entre las estanterías, hasta colocarla en cierto punto. Se subió a ella y volvió a bajar con un libro en la mano.

—Mira, escucha esto: se trata de un libro bastante viejo y bastante mal escrito, pero que tiene cosas muy interesantes. Es el relato de un inglés que pasó gran parte de su vida en Turquía, hace veinte o veinticinco años. En él habla de la historia de algunos sultanes y de la manera que tenían de eliminar gente que no les agradaba. Cuenta cómo hacían tirar al Bósforo las favoritas a las mujeres que podían hacerles sombra. Habla de la Roxelana, y habla también (escucha bien esto) de que cierta favorita empleó una vez un «veneno» (así lo llama aquí), para librarse de una doncella que amenazaba con llegar a ocupar un puesto ventajoso en el corazón de un sultán que no cita. Aquel veneno consistía, en polvos de diamante, que «provocaron en la infeliz tales dolores y hemorragias, que murió en menos de dos días».

Tolliver se puso en pie, espantado.

—¿Qué? —vociferó casi.

—Como lo oyes. Luego, por pura vanidad, parece ser, lo confió a una esclava, y ella, a su vez, hizo correr el asunto. Ahí lo tienes, querido. Claro que no creo que en nuestros días vaya alguien a ir

eliminando así a la gente, con lo fácil que resultaría darles un tiro.

Tolliver lo cogió por los hombros y lo sacudió ligeramente.

—Escucha, Trait: si tú no hubieras leído alguna vez ese libro, y a mí no se me hubiera ocurrido descargar mi preocupación contigo hoy, el asesinato de Bryan habría quedado sin resolver, y sus asesinos hubieran podido pasearse tranquilamente por el país para cometer nuevas muertes.

—Hombre, me alegro de haber podido ayudarte. Y te diré otra cosa. Ya que creéis que es un gitano el asesino, ¿por qué no preguntáis al Departamento de Inmigración? No creo que ese hombre haya nacido en Estados Unidos.

Tolliver quedó pensativo un momento.

—Creo que tienes razón de nuevo, querido. El criado del senador Megara, el otro asesinado, dijo que tenía bastante acento, aun cuando hablaba perfectamente el inglés y el serbio.

Estrechó la mano de Trait y se volvió para, salir.

—Ya le diré al viejo la parte que has tenido en esto. De no ser por ti, jamás lo hubiéramos sabido.

Y echó a andar pasillo adelante. Dos puertas más allá transpuso una de cristales esmerilados y se encontró en un corredor. Un par de fornidos muchachos, apostados ante una puerta de madera, lo saludaron. Antes de entrar pidió permiso, que le fue concedido al cabo de un momento.

El hombre que se sentaba tras de la mesa escuchó su relato sin interrumpir una sola vez; pero en las pausas de Tolliver hacia alguna pregunta suelta y, al parecer, sin relación alguna con el asunto. Su cara ancha, de mandíbula cuadrada, y su pelo gris completaban una cabeza de prócer aspecto.

—Pregunte en Despachos del Extranjero —dijo, cuando Tolliver terminó—. Ese hombre no ha podido materializarse del aire. Y si no encuentran nada, envíen radiogramas a Belgrado, Praga, Budapest y Bucarest. Que se acordone la casa de Vogel y que todos los retratos de los sospechosos sean supervisados por la doncella y el criado griego. Este último, sobre todo. A través de su relato, me ha parecido observar que ese hombre no es tonto, aun cuando sí un poco lento. Otra cosa, inspector: haga saber a la Policía Metropolitana que puede dejar ya libre a ese inglés. Ya no hay motivo para sospechar de él.

Clavó sus ojos en la mascarilla de Dillinger, y continuó:

—Esto es todo, inspector. Confió en usted. Es necesario que dentro de un par de días todo lo más ese hombre esté en nuestras manos. De lo contrario, en el Senado me tirarán tinteros y cosas.

Jim Tolliver saludó y salió del despacho. El Departamento de Despachos del Extranjero se ocupa de reunir todas las informaciones radiadas y policíacas del Exterior. La mayor parte de las veces, esas informaciones no son utilizadas, porque no resultan necesarias, pero, en ocasiones, llegan a ser muy interesantes.

Un joven en mangas de camisa recibió a Tolliver en una habitación que formaba parte de un grupo de tres. Las paredes, hasta el techo, se hallaban llenas de legajos y de ficheros. Allí trabajaban varios hombres, ocupados en distribuir recortes de periódicos y hojas escritas a máquina. En un rincón, un aparato de radio con un potente portavoz, y en otro, un teletipo.

—A sus órdenes, inspector —dijo el joven—. Mire: aquí tiene a los traductores. Ellos se encargan de las informaciones radiadas. Aquí nos llegan periódicos de todos los países que los poseen, y asimismo, varios aparatos de radio distribuidos en otras oficinas nos permiten oír todas las emisiones. Puede creer que es difícil que algo relativo a un criminal de otro país nos pase inadvertido. ¿De qué se trata, señor?

—De si se tienen noticias de algún hombre, un europeo que haya... Bueno: que haya llegado a este país y tenga prontuario.

—¿Nombre?

—Lo ignoro. En realidad, nuestra labor es difícil. No sabemos de él sino que se trata de uno perteneciente a la raza de los gitanos. Al menos, tenemos vehementes sospechas de ello. Eso nos lleva a creer que quizá se hayan recibido noticias de los países donde abundan estos hombres. Sí, ya lo sé: es andar un poco a ciegas, pero...

—No tanto como cree, inspector. Esto funciona como una máquina bien engrasada. ¡Kit!

Un hombre alto, también en mangas de camisa, de cabello castaño y ojos azules, se adelantó. Se marcaban fuertes músculos por debajo de la liviana, tela que lo cubría.

—Le presento al agente Kit Kalmar. Es el encargado de nuestra Sección de Checoslovaquia. Tengo entendido que allí hay bastantes gitanos.

Kalmar estrechó la mano de Tolliver y sonrió, mostrando unos dientes perfectos.

—Así es. Mis padres, que se vinieron a América antes de nacer yo, me han hablado de ellos mucho. ¿Qué se trata?

—Procure ayudar al inspector en lo posible. Seguramente tendrá que pedirles informes a los traductores de húngaro, serbio, griego y demás.

Un grupo de muchachos jóvenes los había rodeado. Al oír las palabras del joven, uno de ellos se adelantó:

—Un gitano, ¿verdad? Bueno, inspector: creo que tengo algo para usted. ¿Quiere venir, señor?

Tolliver lo siguió hasta uno de los archives. El joven sacó una carpeta y la abrió.

—Yo me encargo de la sección de Yugoslavia, señor. Hace un par de meses capté una comunicación de Belgrado dando cuenta de la huida de un sujeto, con rumbo desconocido. Había escapado de la Policía serbia, y se ignoraba, su paradero. Échele una ojeada, señor.

Tolliver empezó a leer, y, según lo iba haciendo, su rostro se encendía. Al terminar, estrechó la mano del joven serbio y la del jefe del Departamento.

—Ha sido fácil, sabiendo la manera —dijo, sonriendo—. Bueno, señores: ahora ya sólo queda echarle mano a ese individuo.

La nota hablaba de Varka Maras, y daba su filiación completa. Faltaba una fotografía, pero ésa habría que pedirla a Belgrado, único país comunista que daría con gusto la información.



**En todos los buenos quioscos venden
AVENTURAS DEL F. B. I.**

Los malos quioscos venden malos cuadernos infantiles.

VIII



ELGRADO contestó casi inmediatamente. En plena luna de miel con Washington, la capital roja hizo todo lo posible para complacer a la Oficina Federal de Investigación. Una magnífica y detallada lista de los crímenes y las atrocidades cometidas por Varka Maras, el gitano húngaro, y dos fotografías de él, conseguidas de Bucarest, antes de la ruptura de José Broz con el Cominform. En ellas se veía al médico gitano de frente y de perfil.

Mientras se dirigía en el avión a Nueva York, Tolliver iba estudiando ambas detenidamente.

Vio ante sí un hombre de unos cuarenta o cuarenta y cinco años, de pelo negro y ojos también muy oscuros, de cara delgada y pómulos ligeramente salientes. Si esto era un gitano, pensó, no le

recordaba nada a la plácida serenidad y belleza levantina del senador Megara.

Descendió del avión en el aeródromo de La Guardia y tomó un coche oficial que lo estaba esperando. Al llegar a Center Street aún llegó a tiempo de ver a Johannsen que tascaba el freno ante las invectivas que le lanzaba un Red Caldwell bastante enojado.

—Me alegro de que venga, Tolliver —dijo el teniente, muy amoscado—. Quítame de delante a este energúmeno o le juro que lo vuelvo a meter en la cárcel acusado de desacato a la autoridad.

Tolliver cogió del brazo a Red, que estaba acompañado por Octubre, y lo apartó.

—Quédate callado, idiota, que esto no es Inglaterra. Allí le puedes robar el casco a un guardia, si buenamente puedes más que él, pero aquí no. Y Johannsen es muy capaz de darte una paliza por sí mismo, sin recurrir a la autoridad de que está investido.

—Lo quisiera ver —gritó el otro belicosamente, disponiéndose a quitarse la chaqueta.

Los azules ojos de Johannsen brillaron con escandinava furia, pero una sola frase de Tolliver logró calmar los ánimos:

—Tengo al hombre que mató a tu tío, Octubre. Mejor dicho, tengo su fotografía. Vamos a ver a Andros al momento. Quizá él pueda identificarlo a pesar de que entonces iba disfrazado.

—Yo vi a ese hombre también —dijo Octubre de pronto—. Red, ¿no recuerdas que te hablé de ello la mañana que estuve en tu estudio con Jim? Aquel que me miró en la escalera. Llevaba bigote y cejas grises muy espesas, pero de los ojos me acuerdo perfectamente.

Jim sacó la fotografía de su cartera. La joven echó una sola ojeada a la que estaba de frente y pareció un poco dudosa.

—Sí, quizá pudiese ser él, pero el caso que con tantas cosas como han ocurrido estos días... Pregunta a Andros.

El automóvil policíaco, en el que iban apretujados el teniente, Tolliver y la pareja, llegó a casa del senador Megara en menos de un cuarto de hora. El mismo Andros les abrió la puerta. Parecía igualmente impasible que siempre, pero cualquiera hubiera podido ver que se había quedado muy delgado. Al ver la fotografía de Varka Maras, sus ojos despidieron chispas y cogió la cartulina con ambas manos, como si quisiera conservarla, pero Jim Tolliver se la

quitó dulcemente.

—Éste es el hombre que asesinó a su amo, Andros —dijo—. Y no el señor Caldwell. Tenemos pruebas de ello. ¿Nos avisará si lo vuelve a ver alguna vez?

—No —dijo lacónicamente Andros—. Lo mataré.

No era aquello una amenaza, sino la exposición sencilla y clara de un hecho. Si el pastor epirota volvía a ver a Varka Maras, uno de los dos moriría. Tolliver contempló al griego con un poco de incertidumbre, pero nada más se podía hacer allí. Octubre palmeó la espalda del viejo servidor y salieron de la casa. Mientras subían al automóvil de Tolliver, para dirigirse al estudio de Caldwell, un cupé «De Soto» negro, se puso en marcha suavemente detrás de ellos. El conductor, el chico de confianza de Coria, se volvió hacia los del interior.

—¿Lo sigo, jefe? —preguntó.

—Ni hablar de eso —respondió Varka Maras, que se sentaba al lado del calabrés—. Y tenga usted por norma, cuando vaya yo en el automóvil, de pedirme a mí las órdenes, no a míster Coria. Siga usted por la calle Cincuenta y Dos y aparque el coche ante ese edificio alto. Yo me... Mejor dicho: venga conmigo, míster Coria.

Varka Maras llevaba las mismas cejas y el bigote, pero sus greñas estaban peinadas. Era curioso ver de qué manera le desfiguraba esto. Se había hecho necesario tomar estas precauciones debido a la vigilancia que se estaba ejerciendo sobre la casa de Vogel, vigilancia no por discreta menos eficaz. Claro que míster Smith penetraba en casa de Vogel por la puerta de proveedores y sin sus aditamentos de pelo. Unas gatas oscuras disimulaban perfectamente sus ojos y sus pestañas. Varka Maras era un maestro en el arte de caracterizarse. Ahora, echó a andar por la Sexta Avenida hasta llegar delante de la casa del senador Megara. Coria marchaba a su nivel, dirigiéndole de cuando en cuando miradas asesinas. El médico gitano silbaba afinadamente «Ochi Chornye», y la dulce romanza de Salama parecía tan completamente fuera de lugar en labios de aquel asesino, que los instintos musicales de Coria se sobreexcitaron. Varka Maras se metió de rondón por la puerta del jardín, pero en el umbral se volvió hacia Coria:

—Míster Coria: voy a matar a ese individuo porque no sé lo que la Policía anda buscando. Como él me vio y yo, en un momento de

descuido, le hablé en un idioma que conoce, quizá le fuese fácil localizarme otra vez. Cuando abra la puerta, encañónelo y si se mueve, dispare con el silenciador. No puedo entretenerme en improvisar una bonita y digna muerte.

—«Ojos negros...» —tarareó descuidadamente, y oprimió el zumbador de la puerta. Coria sujetó la pistola con la mano derecha, introducida en el sobaco, y esperó, con los nervios en tensión.

Andros abrió la puerta, y al primero que vio fue a Coria. Abrió la boca para interrogar, cuando se sintió empujado violentamente hacia atrás, trastrabillando. Antes de que pudiera darse cuenta, la puerta se había cerrado y se enfrentaba a dos hombres. Uno de ellos...

Ahogando un rugido, echando espumarajos por la boca, Andros se precipitó sobre el hombre de los cabellos grises, como un león ansioso de sangre. Si Varka hubiese recibido de pleno aquel impacto, hubiese rodado por el suelo, pero se apartó a tiempo, y con el borde de la mano derecha golpeó la nuca del pastor, que se inclinó hacia el suelo como un árbol que se hubiese encontrado con el vendaval. Pero la nuca aquélla hubiera podido soportar con facilidad el peso de un árbol. Como un nuevo Caupolicán, Andros se enderezó de nuevo y atacó, con los ojos echando lumbre.

Nuevamente se apartó Varka Maras, mientras Coria contemplaba la pelea con cierta alegría. No le hubiera disgustado que el gitano llevase la peor parte en aquella pelea, aunque hubiera tenido él luego que asesinar al criado. Pero era tal el modo como odiaba a su impuesto jefe, que deseaba con todo su corazón que se llevase una paliza.

La rodilla derecha de Varka se levantó y entró en violento contacto con el estómago de Andros, al mismo tiempo que la mano izquierda del gitano se dirigía velozmente a los ojos de su enemigo. Una brusca contorsión de la cara del griego le libró de que le vaciaran las órbitas, pero ya no pudo evitar el doblarse de nuevo. Esta vez, el golpe de canto fue dado con una seguridad completa, a placer, como si se hubiese tratado de un conejo.

Andros quedó despatarrado en el suelo, intentando vanamente volverse a incorporar, entre las nubes que poblaban su cerebro. Cayó un par de veces, pero una patada en la oreja, una tremenda patada dada con la puntera del zapato, lo envió derechamente a la

región de los sueños.

Varka Maras se limpió las manos con gesto despreocupado.

—Dispare sobre él con el silenciador, míster Coria —ordenó.

El italiano hubiera disparado sobre cualquier enemigo suyo, estuviera inerme o no. Pero la brutalidad de Varka le había hecho tal impresión en sus tratos con él, que se volvió súbitamente virtuoso. Es decir, fue el contraste lo que le hizo parecer casi virtuoso.

—Ese hombre —empezó a decir— está privado...

Los ojos del gitano despidieron llamas y su cara cobró aquel rictus satánico que con tanto éxito ensayaba entre los que quería aterrorizar.

El resultado era siempre el mismo: la persona que estaba con él retrocedía como si se enfrentase a una serpiente de cascabel.

Lo mismo hizo Coria. Se echó atrás y sacó la pistola. Si aquel individuo quería hacerle «algo» a él, por lo menos sabría defenderse.

—Míster Coria —anunció el otro—: dispare sobre ese animal ahora mismo con el silenciador. No puedo perder más tiempo.

Y Coria, obediente como un niño, obedeció. Obedeció con el odio y el rencor más profundos en el alma, pero ante la mirada del otro no tuvo más remedio que someterse. Se oyó un seco chasquido, como el que hubiera producido un salivazo en el suelo, y Andros se encogió epilépticamente, tocado en el corazón. Pataleó un momento y luego se quedó horriblemente quieto.

—Vamos —ordenó Varka.

Abrió la puerta lentamente, miró a uno y a otro lado, y cuando se cercioró de que no había peligro, salió, seguido de Coria, que se guardaba el arma en la sobaquera. Anduvieron hasta alcanzar la calle Cincuenta y Dos, y allí, parado frente al edificio de la Standard Oil, vieron el «De Soto» negro.

Un momento después corrían en dirección sur por la Quinta Avenida. Varka Maras encendió un delgado cigarrillo y echó el humo a la cara de Coria para llamar la atención del calabrés.

—No se le ocurra volver a desobedecer mis órdenes, míster Coria, o tendré que darle un escarmiento. Creo que a míster Bailey no le gustaría en absoluto enterarse de cómo intentó resistirse a lo que yo mandaba.

Coria apretó los labios y quedó mudo, a despecho de las injuriosas palabras que pugnaban por escapársele. Pero debía aguantar hasta que Toby le dijera lo que había de hacer. Sabía que el «gangster» de Chicago tenía una cabeza mejor organizada que la suya. Y por asociación de ideas pensó si acaso Krak Simple se uniría a ellos cuando supieran lo que tramaban. Como Krak no había visto con sus propios ojos actuar a míster Smith...

—Qué, ¿no responde, míster Coria? Lo celebro. Creo que será mejor que vayamos siempre de acuerdo.

El coche llegó hasta la calle Treinta y Dos, y allí, Varka Maras golpeó el cristal para avisar al chofer. Coria casi tuvo ganas de sonreír. De nada le valdría a aquel maldito Smith fingir que iba a ir a la Pennsylvania. Ahora ya sabían que vivía en una especie de pensión familiar en la calle Veinticinco, muy cerca de la Tercera Avenida. El chofer que los conducía ahora era el mismo que hacía dos días siguiera a Varka hasta su casa.

El gitano se apeó rápidamente y, una vez en el encintado, metió la cabeza por la ventanilla.

—Procure pasarse mañana por Pell Street, míster Coria. Quizá tenga algo para usted.

Y se alejó, camino de la estación. Coria sonrió francamente y le dijo al chofer:

—Ya no nos engaña, ¿eh, Marino? Una noche de estas iremos a buscarlo y le daremos un susto.

No hablaron más hasta que llegaron a la calle Baxter, a la taberna de papá Cagliari. Allí había quedado en verse con Toby. Entró pisando recio y se dirigió a los reservados, después de hacer una amistosa inclinación de cabeza hacia los blancos rizos del dueño, que en aquel momento estaba atendiendo a un parroquiano fortuito.

Un hombre que se hallaba en la tabaquería de enfrente hizo un movimiento de sorpresa al ver apearse al calabrés del coche. Había perdido la pista de Coria un par de horas antes, y estaba temiendo el momento en que tuviera que telefonar su parte al teniente Johannsen. Ahora, llovido del cielo, volvía a presentarse el tipo a quien tenía que perseguir. Esta vez no se le escaparía.

Marcó un número en el teléfono y pidió comunicación con Center Street. Un momento después llegó a sus oídos la cadenciosa

voz del teniente.

—Dispense, teniente —dijo—; pero ese tipo escurrió el bulto hace un par de horas y se largó en un coche. Un «De Soto» negro, descubierto. Espere un poco, jefe; aquí lo tengo —añadió quejumbrosamente cuando un torrente de palabras le indicó bien a las claras lo que su jefe pensaba acerca de él—. Y la matrícula, jefe. Es la de «TX1001A». Esta vez no podrá sacudírseme de encima, se lo juro.

Colgó pensativamente y salió a la calle. Un chiquillo irlandés, bastante harapiento, que jugaba haciendo puches con el barro después de haberlo humedecido, se llevó una sorpresa cuando vio a un hombre dirigirse hacia él y ponerle medio dólar en la mano.

—Corre y búscame un coche, renacuajo —le ordenaron.

El chico partió a la carrera, y a los pocos minutos llegaba subido en el estribo de un «taxi» amarillo. El hombre subió dentro y ordenó al chofer que se alejase unas yardas. Luego le enseñó la chapa.

—Servicio del Departamento —dijo—. Espere hasta que yo le diga. Cuando alguien suba a aquel «De Soto», lo sigue; pero no lo deje escapar.

—Está bueno, patrón. ¿Qué ocurre?

—Lea los periódicos mañana. Así se enterará.

La Policía Metropolitana tiene los brazos largos. En aquel momento, una manzana más allá, había otro hombre con aspecto de contador de alguna casa comercial que telefoneaba a la Jefatura diciendo que Toby Garden no se había movido en toda la tarde de casa de papá Cagliari. Poco a poco, una zarpa se iba cerrando en torno a los principales personajes de míster Bailey. La casa de Vogel, en la Sexta Avenida, era vigilada desde ventanas, portales y comercios, mientras docenas de detectives vestidos de paisano se desojaban buscando a un individuo de mediana estatura, de ojos negros y pelo negro también. Cada uno de ellos llevaba grabada en la memoria la faz del hombre al que buscaba la Policía de diez países.

Y Richard Vogel reía, convulsionándosele la panza, cuando se acordaba de los asesinatos de Varka Maras, su antiguo profesor de la Yanka Puzsta, la escuela de asesinos. Los dos hombres que hubieran podido hacerle daño yacían ahora con varios pies de tierra encima. Y ante sí veía una dorada cadena de garitos, de máquinas

tragaperras y de «protecciones» sin fin. Esta perspectiva bastaba para hacerle feliz. Mientras descorchaba una botella de buen jerez, importado directamente de España, reía, reía...



Pidan los inigualables cuadernos de
AVENTURAS DEL F. B. I.

A
EDITORIAL ROLLÁN
SAN BERNARDO, 68. - MADRID

IX



ROTEGIDO por unos lentes negros y llevando a hombros un saco grande de fuerte papel castaño conteniendo frutas, Varka Maras entró por la puerta trasera de proveedores en casa de Richard Vogel. El detective que desde la casa de enfrente vigilaba aquella entrada, sólo vio a un tipo que podría ser italiano o algo así, que llegaba a entregar la fruta. Tomó nota de la hora de entrada y encendió un cigarrillo. Varka llegó directamente al despacho de Vogel y halló a éste bebiendo jerez, con unas hojas mecanografiadas delante de sí. Invitó a Varka a sentarse y empujó la botella hacia él.

El gitano se sirvió una buena ración y la bebió de un trago. Era ésa una de las pocas debilidades de Varka: los buenos vinos, y odiaba el «*whisky*» y los demás licores.

—Despaché al criado de Megara —dijo—. No sé por qué, Richard, me parece que la Policía anda constantemente detrás de nosotros. Empezaron a hacer preguntas a ese griego idiota, y no tuve más remedio que silenciarlo. ¿Qué hay que hacer ahora?

—Yo también tengo la sospecha de que se me vigila, querido. Por eso, ahora que ya tenemos las cosas a punto, lo mejor es que tú te vayas por una temporada, al oeste. Luego, ya veremos lo que se puede hacer. Mejor es que desaparezca «míster Smith» por algún tiempo.

Varka meditó esta posibilidad.

—Bueno; creo que tienes razón, Richard. Me iré cuando te parezca. Y una cosa: no te olvides que llevo una cuarta parte de los beneficios. No hagas cosas en los libros de contabilidad.

Richard Vogel movió su voluminosa tripa en una gran carcajada.

—¡Oh, no! —aseguró—. No me gustaría encontrarme luego con alguna de tus malditas tretas. Te tengo demasiado miedo para ello, querido Varka. ¿Quién vas a ser?

—Un honrado comerciante en arte, persa o griego; aún no lo puedo decir. Griego, mejor. Iré a...

—Lo mejor es cualquier pueblecito del Centro Oeste. Hay algunos muy tranquilos y los vecinos son siempre atentísimos y deseosos de secundar al Gobierno en su política de buena vecindad. Las señoras te harán tarta de manzana y los hombres te invitarán a subir en su «auto» cuando te vean en la carretera. ¡Ja, ja! —Y de nuevo se le balanceó el vientre, en un chorro de risa.

Varka se puso en pie.

—Tengo dinero bastante para irme a cualquier sitio de éstos. Te haré saber mis señas exactas, y entonces transfieres una buena cantidad de papel hacia allá. No me juegues sucio, Richard.

—Descuida, hombre. Y que sueñes con nuevas y buenas maneras de matar a nuestros enemigos. Adiós, Varka.

El gitano estrechó la gruesa zarpa que se le tendía y dio media vuelta. Al llegar a la puerta se volvió.

—¿Corres peligro tú, Richard?

—No, hombre, no. Ninguno. Si quisieran intervenir en mis asuntos, hasta las piedras se alzarían para corroborar mi inocencia. Tengo muchas cadenas tendidas por todas partes y hay muchas personalidades enredadas en ellas. Vete tranquilo.

Varka salió definitivamente después de agitar el brazo en dirección a su antiguo amigo. Cuando llegó a la puerta trasera miró a todos lados antes de salir con aire indiferente. No le pasó por alto la elevada silueta de aquel desocupado que contemplaba el frontis del Museo de Arte Moderno ni de los que se recostaban indolentes contra la fachada de Santo Tomás. Ni aquellos otros en la esquina de la Sexta Avenida, ofreciéndose fuego para los cigarrillos.

«Si éstos son los hombres del Gobierno —pensó, mientras echaba a andar—, no son tan listos como me han asegurado. Comprendo que Garden y Coria les tengan miedo, porque, después de todo, ellos no son más que un par de pistoleros sin pizca de inteligencia».

La larga blusa azulada, los lentes de vidrios ahumados y la bolsa de papel castaño eran el mejor camuflaje que podría encontrar. Sus negríssimos cabellos lisos se hallaban ahora ligeramente rizados, cosa que había conseguido con una tenacilla eléctrica aquella misma mañana. Nadie lo reconocería. Nadie.

Pasó por delante de los detectives que acordonaban la Sexta Avenida sin que éstos le dirigiesen más que una mirada indiferente. Un poco más allá, Tolliver, que iba a revisar los puestos, casi le rozó al pasar. El teniente Johannsen, en un «auto» patrullero, agazapado en la esquina de la Cincuenta y Tres, no concedió ni una mirada a aquel hortera italiano. Y Varka Maras prosiguió su marcha, mientras una ligera sonrisa crispaba sus delgados labios. La sonrisa del hombre que ha triunfado de sus enemigos, porque es mucho más inteligente que ellos.

Hizo todo el trayecto hasta la calle Veinticinco andando, para no despertar sospechas. No es muy común que un dependiente de frutería tome taxímetros. Entró en su calle por la Cuarta Avenida, mirando los portales de las casas y pensando en el momento en que se vería viviendo en una agradable casita prefabricada allá, en el Centro Oeste, bebiendo buenos vinos españoles, italianos y franceses y correspondiendo atentamente a las sonrisas de las rubias y gordas amas de casa americanas. Y dando golpecitos en la cabeza a los niños cuando pasase por su lado.

¡Ah! A él le gustaban, mucho los niños cuando decidía que debían gustarle, porque ello convenía a sus intereses.

No vio el «Hudson» de afilado morro que esperaba junto al portal de su casa, y si lo hubiera visto, tampoco le hubiera

concedido importancia. Es decir, no lo vio hasta que iba a introducirse bajo la arcada de la pensión. Entonces volvió la cabeza y vio una cosa larga, tubular, que asomaba por una de las ventanillas. Una cosa que parecía una serpiente desenroscada. Pero así como una serpiente ha de acercarse para morder, una pistola ametralladora puede enviar la muerte desde lejos. Y el tubo le apuntaba directamente a él.

—Suba, míster Smith —le ordenaron.

Una rabia inmensa, quizá la mayor de toda su vida, subió como una oleada desde el abdomen de Varka Maras hasta su garganta, hasta el punto de que casi la mascó. Ahora que estaba a salvo de la Policía, ¿qué diablos querían esos imbéciles de Coria y Garden? Haría un escarmiento con ellos... Les haría...

—Suba —ordenó nuevamente Coria—. Suba o disparamos aquí mismo.

Varka Maras se acercó al estribo y puso un pie en él. Las ventanas laterales del «Hudson» estaban provistas de cortinillas y solamente una de éstas se hallaba corrida: aquélla por la que asomaba el cañón de la «mitra».

—¡Váyanse de aquí, imbéciles! —Silabeó con un sonido de fricción arrastrada, como el que podría producir una víbora—. ¡Váyanse! ¿No saben que la Policía anda detrás de nosotros?

—Suba, asesino —volvió a ordenar el «virtuoso» Coria—. Suba, y no intente ninguna de sus tretas, porque muere como una rata, «porco, jettatore maladetto».

Había en el coche seis hombres: Coria, Garden y cuatro de sus gorilas. Uno de éstos, un irlandés de pelo de llamas y fuerzas de toro, cogió a Varka Maras por un hombro y lo metió dentro del automóvil de un empujón. El gitano quedó contorsionado en el suelo del vehículo, mientras éste se ponía en marcha rápida y silenciosamente. Otro coche lo siguió a una distancia de unas cincuenta yardas. Era el resto de las dos bandas reunidas que abandonaban Nueva York.

—No nos fue difícil reconocerlo, a pesar de que no llevaba su disfraz, míster Smith —dijo Toby Garden, encendiendo un cigarrillo y contemplando al postrado Varka, que en aquel momento intentaba trabajosamente tomar una postura un poco más cómoda. Hay algo en usted que intentó ocultar al hallarse tan cerca de su

casa: la manera de andar. El resto fue pura adivinanza, pero parece que di en el clavo. Quítale las gafas, Mike.

El irlandés le quitó las gafas de un papirotazo, y los ojos del médico gitano relucieron en la semioscuridad del coche cerrado. Reflejaban un odio tan violento que casi se palpaba.

—Efectivamente, míster Smith —prosiguió Toby—. No me había equivocado. Anda usted como si siempre estuviera a punto de caer sobre alguien para hacerle «cosas». Y eso le perdió. No piense que nos va a engañar con ese cuento de que la Policía nos vigila. Pero, para evitar que el F.B.I., se mezcle en nuestros asuntos, nos largamos de Nueva York... con usted. Tenemos ganas de hacerle pasar unos buenos ratos como los que usted nos hizo pasar a nosotros, y sobre todo a mi querido amigo Coria. Sí, creo que nos divertiremos con usted... antes de despacharlo.

—La Policía nos sigue a todos —dijo serenamente Varka, los ojos brillantes, dispuesto a aprovechar el menor resquicio para hacerse dueño de la situación. Por ejemplo, el puñal que llevaba en una funda de la manga.

—Empezad con él, Mike y Nick —ordenó salvajemente Coria, en cuyas pupilas se veía el odio hacia Varka Maras—. Las matracas.

Dos porras de acero enfundadas en caucho se levantaron al mismo tiempo y cayeron con fuerza sobre la cabeza del gitano, que perdió el equilibrio y cayó al suelo. No salió ni una queja de sus labios, mientras el castigo, dado por hombres que manejaban bien los rompecabezas, proseguía tenaz e inhumano, golpeándole en los lugares más sensibles, pero no con tanta fuerza como para que perdiera el conocimiento.

Varka cerró los ojos, y así, tendido en el suelo del coche, fue contando los golpes, hasta que sintió que sus sentidos se diluían y que los músculos se le resquebrajaban.

Por fin, Mike, el irlandés, y Nick, uno de los italianos de Coria, se incorporaron, sudorosos y jadeantes.

—Duro el pájaro, jefe —dijo el irlandés, limpiándose el sudor—. ¿Seguimos?

—Dejadlo ahora un rato, para que no pierda el conocimiento.

—¿Tienes bastante, perro? —preguntó Coria, inclinándose sobre el caído.

Varka Maras no contestó ni abrió siquiera los ojos. Se estaba

reconcentrando, acumulando todo su odio hasta que pudiera darle una válvula de escape.

De pronto, Garden miró por la ventanilla trasera, levantando un poco la cortina.

—Alguien está siguiendo al segundo coche —dijo, con voz levemente alterada.

Acababan de desembocar en el Bowery por la Tercera Avenida, y continuaban por la amplia pista en busca de la calle Grand, que les conduciría al túnel Holland. En efecto, un coche negro, cerrado, se mantenía pegajosamente unido al coche donde viajaba el resto de la cuadrilla.

—¡Más marcha! —ordenó Coria, dirigiéndose al conductor.

Éste maniobró con ligereza entre el tráfico, pero siempre procurando no contravenir las luces rojas, porque aquello echaría encima de ellos a unos cuantos patrulleros en «motos».

—¡Más marcha! —siguió ordenando el pistolero italiano cuando abandonaron Grand Street y embocaron Canal.

Llegaron a la entrada del túnel, y habían perdido de vista al segundo coche y al que lo seguía. Lo que no sabían ellos es que en aquel momento la radio del patrullero negro que les pisaba los zancajos estaba emitiendo un mensaje con borbotones que se ensanchaban circularmente en el aire. El mensaje era éste:

«Coche de Tobías Garden, “Hudson” rojo cereza, matrícula 2T102X, estacionado en la calle Veinticinco, recogió a un hombre mediana estatura, pelo negro. El “Hudson” se dirige hacia el sur de la isla. Lo seguimos. Instrucciones».

Y poco más allá:

«Ha torcido hacia el oeste por Grand. Creemos que se dirige hacia el túnel de Holland. Avisen Policía Nueva Jersey».

La zarpa se cerraba cada vez más. Más de una docena de coches patrulleros emprendieron la marcha, convergiendo hacia el Holland. En uno de ellos, Jim Tolliver y el teniente Johannsen se sentaban juntos, escuchando las noticias que les iba dando el operador con

los auriculares en la cabeza.

El «Hudson» color cereza llegó a la embocadura del túnel y una mano sacó el dinero para el pago de tránsito por la ventanilla. El empleado lo recogió, refunfuñando algo sobre «los que tenían demasiada prisa», y luego se volvió al próximo vehículo.

Una milla de túnel, alumbrado por potentes bombillas, recorrió el «auto» antes de emerger ya en el Estado vecino en menos de dos minutos.

Toby Garden echó una mirada hacia atrás, pero no había rastro de los perseguidores. Lo que él no sabía era que en la esquina de Newark Avenue, un silencioso coche oscuro emprendió la persecución del rojo cereza y que un motorista esperaba tranquilamente a que llegasen los policías de Nueva York. Normalmente, la Policía de un Estado es la encargada de perseguir a los maleantes cuando estos cruzan la divisoria, pero ya la radio había anunciado que el coche perseguido lo era por agentes del Gobierno.

Pasaron Harrison a velocidad moderada, pero allí, el pie del conductor pudo apretar el acelerador al entrar en la carretera Veinticuatro. De vez en vez, Toby se volvía para comprobar si eran perseguidos. Aparentemente, no, hasta ahora. Con un suspiro se recostó en el asiento, contemplando el caído cuerpo de Varka Maras. El gitano aún no había abierto los ojos.

—¡Derechos a Madison, Marino! —ordenó al chofer.

En las afueras de esta última ciudad, muy cerca del parque Florham, había una pequeña casita de campo que ya había utilizado el «gangster» de Chicago cuando, años atrás, vivió en Jersey. Aquel lugar, bastante escondido, sería la última etapa antes de emprender el viaje a la capital de Illinois. Y allí sería donde se desembarazasen de míster Smith. Luego, en Chicago, la furia de Bailey no podría llegar hasta ellos, bien protegidos por las cuadrillas de camaradas en aquella ciudad. Pero antes tenían que ajustar cuentas con aquel montón de carne atormentada que durante más de un mes los tuvo en un puño.

El coche cogió un camino vecinal rodeado de árboles copudos que daban sombra a una hierba de color esmeralda, y por fin se detuvo ante un porche colonial. Los hombres bajaron rápidamente, y mientras dos de ellos encerraban el coche en un garaje

disimulado, otros dos se dedicaron a quitar las rodadas del automóvil, para evitar dejar una clara pista. Operaban tranquilamente, sin nervios, mientras esperaban que llegase el segundo coche. Acerca de éste, Toby Garden tenía algunas dudas. Bien pudiera haber caído en manos de la Policía, aun cuando estaba casi seguro de que ésta no tenía nada contra ellos, por el momento al menos.

Toby y Coria cogieron al gitano cada uno por un brazo y lo metieron dentro de la casa. Un momento después lo sentaban en una silla. Coria sacó una porra de su bolsillo y se puso a jugar con ella.

—Bueno, maldito —dijole con voz ronca—. Vas a pagar ahora todas tus amenazas, aun cuando sea la última cosa que haga en mi vida. Y no pienso que sea así, ¿comprendes?

Varka Maras abrió los ojos y se le quedó mirando con expresión extraña, pero no dijo nada. La porra se balanceó sobre su cabeza y chocó contra el parietal con sordo golpe de pella. El gitano se bamboleó, y hubiera caído al suelo a no ser porque Toby lo cogió por las solapas. Un nuevo golpe vino a hacerle recobrar el equilibrio.

No hay peor cosa para martirizar a un hombre que golpearle en la cabeza con esas matracas recubiertas de goma o de cuero. Creería uno que está volviéndose loco, y más si esos golpes se suceden cronometradamente. Pero Varka Maras no pensaba en absoluto en volverse loco. Era la primera vez que le trataban así, y sólo deseaba vengarse, aunque para ello tuviera que jugarse la vida. Ni siquiera los alemanes, cuyos métodos de castigo son bastante desagradables, se habían comportado con él de semejante manera. Y ahora era la ocasión. Sabía que estaban los tres solos en la habitación y que si esperaba demasiado pronto vendrían todos aquellos gorilas, y entonces no podría ya hacer nada.

Su mano derecha se encogió hasta meterse casi dentro de la manga de la chaqueta. Cuando salió, justamente en el momento en que el italiano le aporreaba en el cuello sin demasiada fuerza, sólo la justa para que el dolor fuera intenso, estaba armada con un fino y agudísimo puñal, una obra maestra del arte albanés. A un hombre como él, acostumbrado a aquella clase de armas, no le fue difícil elegir el sitio exacto donde debía golpear. El error de Coria y de

Garden fue precisamente menospreciar a un individuo como aquél, porque ellos eran dos y él estaba desarmado.

La daga se hundió en el costado de Toby, hendiendo la carne como si hubiese sido simple gelatina y taladrándole el hígado con su lengua de acero. Garden lanzó un extraño quejido, dejó caer su matraca y se llevó ambas manos a la herida.

Varka Maras no esperó. Todo dependía de la rapidez con que actuara, y aunque tenía la cabeza dolorida, hasta sentir que se le licuaba el cerebro, se puso en pie y se enfrentó a Coria.

El italiano, muy asombrado, aunque no atemorizado, levantó su brazo para asestarle un golpe con todas sus fuerzas, pero no llegó a ejecutar el movimiento. Su brazo se vio cogido como por unas tenazas de acero y sintió que se le rompía. Para evitarlo saltó hacia delante y se vio impulsado con violencia en esa palanca del «*jiu-jitsu*» que o casca el brazo o levanta en vilo a hombres mucho más fuertes que el que hace la llave.

Coria cayó contra el suelo, donde quedó un momento atontado porque había parado el golpe con los hombros y el cuello. Varka Maras corrió a la puerta, pasó el cerrojo y volvió de nuevo sobre sus enemigos.

Había conseguido librarse en menos de diez segundos de dos hombres más altos y fuertes que él sólo con su habilidad. Y ahora se preparaba para hacerles pagar sus sufrimientos de antes.

Toby Garden, en el suelo, se esforzaba por ponerse a gatas, pero caía cada vez que lo intentaba, mientras lanzaba ahogados estertores mezclados con gáñidos suspirantes. Coria, en cambio, en aquel momento se llevaba la mano a la sobaquera para sacar su pistola.

No llegó a terminar el movimiento. Varka Maras cayó sobre él y el puñal le rozó en la espalda sin demasiada fuerza, produciéndole sólo un pinchazo. Pero los efectos fueron horribles. Coria lanzó un agudo alarido y sus manos pendieron instantáneamente hacia abajo, mientras las rodillas se le doblaban. Continuó gritando ferozmente, abriendo mucho la boca, herido en los centros nerviosos. Varka sonrió con crueldad y golpeó de nuevo. Esta vez, las piernas, como las de un niño de pocos meses al que se intenta poner en pie y dejarlo solo, cayeron flácidas, y el italiano se encontró tendido en el suelo, sin poderse valer de sus miembros. Varka le sacó la pistola de

la sobaquera y giró sobre sí mismo en el momento en que los secuaces de Coria y de Garden empezaban a empujar la puerta para abrirse paso.

La pistola, una «Lugger», cada uno de cuyos disparos era semejante a una coz, retumbó una, dos veces, tres, contra los paneles de la puerta. Al ruido de los disparos se mezclaban los estertores de Toby, que pugnaba por contener la sangre que le salía del costado, y los taladrones alaridos del italiano, cuyos ojos se revolvían enloquecidos en las órbitas al sentir las punzadas de los atormentados nervios. Y Varka Maras sonreía.

Hubo gritos fuera y ruido de una o dos caídas. Varka se echó a un lado, y varias balas pasaron por su derecha para introducirse inofensivamente en la pared, arrancando trozos de madera y yeso. Un nuevo disparo suyo debió de dar en el blanco, pero ya la cerradura volaba de dos impactos dirigidos a quema ropa.

Y un nuevo elemento vino a fundir en uno solo todos aquellos ruidos. Las sirenas de las «motos» y de los «autos» patrulleros que se acercaban velozmente. Varka Maras dejó de sonreír y se dirigió casi a gatas hacia la ventana.

No había salvación. Innumerables uniformes azules pululaban por el bosque, acercándose lentamente a la casa. Trajes de paisano y un extraño artefacto montado sobre un coche. Un altavoz que empezó a salmodiar instantáneamente:

—Todos los de la casa —gangueó, con parásitos metálicos adheridos a la voz—. Ríndanse todos, o abriremos fuego dentro de dos minutos. ¡Ríndanse! ¡Coria, Garden, ríndanse inmediatamente! No hagan el juego a ese asesino que está con ustedes.

Varka disparó sobre la puerta, en la que había aparecido por un momento la mano de uno de los secuaces del italiano. Pero ya no le quedaban más municiones. Con gesto de terror naciente fue acercándose a la puerta, a gatas, inaudibles sus movimientos a causa de los gritos y disparos.

Quedaban dos cuadrilleros vivos, ya que los otros dos habían caído bajo las balas de Varka. Pero quizá alguno de ellos estuviese ya herido. En ese caso...

—Por última vez —canturreó el altavoz—. ¿Se rinden?

Sólo los atroces aullidos de Coria y los estertores de Toby contestaron.

Varka había llegado a la puerta. Una mano, armada con una pistola, apareció en el umbral casi a su lado, y el gitano, chasqueando los dientes, clavó en ella su zarpa, dando un violento tirón. Mike, el «gangster» irlandés, entró en la habitación dando traspiés, y su entrada coincidió con el principio del tiroteo.

Dos docenas de ametralladoras portátiles y veinte potentes rifles dispararon a la vez, con un bordoneo como el que hubieran podido hacer cientos de gigantescas abejas. La casa, de madera prefabricada, casi pareció moverse al impacto de las balas, que iban descoyuntando maderas, rompiendo ensambladuras y sacando las ventanas de sus marcos. Mike, alcanzado por una ráfaga de ametralladora, se puso rígido, y Varka lo soltó. Al otro lado de la puerta, también cayó el único pistolero que quedaba, y penetró, arrastrándose en la agonía, en busca de un refugio más seguro. Pero murió antes de lograrlo.

De bruces en el suelo, Varka trataba de hurtar su cuerpo a la lluvia de balas que continuó aún durante cinco minutos. Su anterior expresión de crueldad y su bravuconería habían desaparecido por completo de su rostro. La rapidez de los acontecimientos, el ataque de sus compañeros de latrocinios y el cerco de las audaces fuerzas del F.B.I., habían infiltrado en su cerebro encanallado la certidumbre de que su final llegaba. Agrandados sus ojos por el pánico, sintiendo reseco el paladar, temblándole los pulsos, buscaba inútilmente una forma de escape, y no la hallaba. El sudor comenzó a inundarle la rufianesca faz y unas tenazas de hielo empezaron a paralizarle su negro corazón. Varka Maras comenzaba a saber lo que era el miedo a la muerte, y por su memoria desfilaron los gritos y las súplicas de sus víctimas. El asesino había perdido todos sus arrestos bajo los proyectiles disparados desde el exterior por los agentes especiales.

Apareciendo a flor su cobardía, la de todos los asesinos, quiso deslizarse como un reptil, para salir de aquel infierno que le hacía expiar parcialmente sus muchos y graves pecados. Ya no era el hombre de inteligencia fría, sino el desesperado que va ciego hacia la muerte confundiénola con la vida. De sus labios se escapaba una baba repugnante y unos gritos inarticulados, de fiera acorralada.

Al abrir la puerta, un proyectil le cortó en seco su intento de cruzar el umbral. El impacto lo recibió en el hombro derecho,

corriéndole la bala a lo largo del cuerpo hasta salirle por la cadera del mismo lado. Y allí quedó exánime, respirando fatigosamente, crispadas sus facciones en una mueca infame, de pavor inmenso.

Silencio. Coria había sido alcanzado por una de las últimas balas y había perdido la facultad de gañir.

—¿Os rendís?

Silencio.

Lentamente, el hormiguero de uniformes azules fue aproximándose a la casa, temeroso de una emboscada, escondiéndose tras los troncos de los árboles y camuflándose en los arbustos.

Silencio.

Jim Tolliver, el teniente Johannsen y otros dos agentes de uniforme llegaron al porche y saltaron dentro de él con las ametralladoras en la mano.

Silencio.

Un torrente de hombres penetró de pronto, como uno solo, en las habitaciones, esparciéndose por ellas como una marea. Jim y Johannsen llegaron los primeros a aquélla en que se habían desarrollado los últimos sucesos.

Silencio.

Jim se inclinó sobre los cuerpos uno a uno. Coria, con los ojos muy abiertos, movía la boca como un reloj, como si estuviese pidiendo algo. Quizá, que acabasen con sus sufrimientos. El médico del F.B.I., se inclinó sobre él.

—No quisiera morir como este hombre —dijo cuando vio la herida de la espalda, de la que apenas salía un leve chorlito de sangre—. Morirá dentro de poco, pero creo que puedo aliviarle con un poco de morfina. ¡Pobre diablo!

—Así que éste es Varka Maras —dijo Tolliver, arrodillándose junto al cuerpo yacente del gitano—. ¡Respira aún! Acérquese, doctor. Está malherido, pero...

Tras examinar el médico a Varka, cuyos párpados comenzaban a entreabrirse, brillando en sus pupilas el miedo espantoso que sufría, manifestó:

—Si lo transportamos ahora mismo al hospital, un buen cirujano lo salvará.

—Lo salvará para sentarlo después en la silla eléctrica, castigo

que merece, igual que todos los de su calaña. Sávelo, doctor. Ha de purgar sus crímenes, ha de pagar la cuenta que tiene pendiente con la Justicia humana, para escarmiento de asesinos y criminales — dijo Jim.

Y diligentemente y en volandas, Varka Maras fue sacado de la casa y transportado a gran velocidad al hospital más próximo.

Los bisturíes operarían en su carne, restituyéndole la vida, mas, después, escucharía su sentencia de muerte en el banquillo de los acusados, y luego, cuando las correas de la silla fatal le sujetasen brazos y piernas, y la corriente de alta tensión lo devolvería a la muerte, contraídas sus innobles facciones por el terror al Más Allá, donde la verdadera Justicia le aguardaba inexorable, sumiéndole en los abismos horrorosos de los infiernos.

Ningún otro final espera a los seres que cometen la equivocación de profesar el Mal: una muerte espantosa en la tierra y el castigo de su alma en los cielos.





ALF MANZ

El autor que todos recuerdan por sus grandes creaciones novelescas y su estilo peculiar: humano, intenso y dramático, ha puesto toda su arte en

La Maffia

La misteriosa y criminal organización siciliana, con ramificaciones en el mundo entero, sus «vendettas» implacables e inexorables, sin piedad y sin reparar en sacrificios; aparece desnuda, retratada magistralmente con todo su horror por

ALF MANZ

cuyo nombre es garantía total de éxito.

La Maffia

será otra obra cumbre de la

Colección F. B. I.

